

LIBROS DE TEXTO PARA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Lingüística Diacrónica

Antología de textos y actividades



2006



Lidia Raquel MIRANDA

[2006] LIBROS DE TEXTO PARA ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Lingüística Diacrónica

Antología de textos
y actividades

Lidia Raquel MIRANDA

Lingüística diacrónica : antología de textos y actividades - 1a ed. -
Santa Rosa : Univ. Nacional de La Pampa, 2007.

180 p. ; 15x21 cm.

ISBN 978-950-863-087-2

1. Linguística .
CDD 410

Fecha de catalogación: 02/01/2007

LIBRO DE TEXTO PARA **ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS**

Lingüística Diacrónica

Lidia Raquel MIRANDA

Diciembre de 2006, Santa Rosa, La Pampa

Diseño y Diagramación: DCV Gabriela Hernández (EdUNLPam)

Impreso en Argentina

ISBN-10: 950-863-087-6

ISBN-13: 978-950-863-087-2

Cumplido con lo que marca la ley 11.723

EdUNLPam - Año 2006

Cnel. Gil 353 PB - CP L6300DUG

SANTA ROSA - La Pampa - Argentina

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA

Rector: Lic. Sergio D. Maluendres

Vice-Rector: Ing. Jorge L. Amigone

EdUNLPam

Presidente: Luis A. Díaz

Director de Editorial: Rodolfo D. Rodríguez

Consejo Editor de EdUNLPam

Dr. Edgardo D. Cerqueira - Ing. Javier Macchi - Mgr.

Alicia Sáenz - Ing. Héctor Gómez - M. V. Laura Jorgelina

Cavagión - Ing. Mgr. Griselda Cistac - Mgr. Sonia Suárez

Cepeda - Dr. José Camiña - Prof. Edith Alvarellos de Lell



Agradecimientos

Quiero expresar mi especial reconocimiento a mis maestras y amigas, las profesoras Edit García de Grégoire y Dora Delia Battistón, por su invaluable estímulo y generosidad, colaboración que constituye la base de este texto.

Edit, luego de su reciente jubilación como profesora de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa, me obsequió muchos de los libros de su propia biblioteca y materiales de cátedra (apuntes, fichas, diseños de trabajos prácticos), utilizados por ella mientras estuvo a cargo de la cátedra Historia de la Lengua y, luego, Lingüística Diacrónica.

Dora me facilitó no sólo la bibliografía específica con que cuenta el Instituto de Estudios Clásicos que dirige, sino que también me cedió en “custodia transitoria” la mayoría de los materiales de cátedra que fueron de la profesora Ana Delia Gatica de De Athayde, docente que durante mucho tiempo estuvo a cargo de las cátedras Filología Hispánica y Gramática Histórica de la Facultad de Ciencias Humanas, y que pertenecen en la actualidad al fondo bibliográfico de dicho Instituto.

Agradezco también a la Dra. Ana Fernández Garay, que gentilmente me ha proporcionado bibliografía específica y actualizada.



	página
Agradecimientos	5
Índice	7
Prólogo	9
Capítulo I: El cambio lingüístico: noción fundamental para la lingüística diacrónica	13
Antología de textos	31
Texto I	31
Texto II	32
Texto III	33
Texto IV	35
Texto V	36
Texto VI	37
Actividades	38
Referencias bibliográficas	38
Capítulo II: Las aproximaciones al problema del cambio lingüístico: breve panorama histórico	39
Antología de textos	53
Texto I	53
Texto II	55
Texto III	61
Actividades	68
Referencias bibliográficas	69
Capítulo III: Los métodos de estudio diacrónico	71

Antología de textos	79
Texto I	79
Texto II	81
Texto III	82
Texto IV	83
Actividades	84
Referencias bibliográficas	85
Capítulo IV: Los parentescos lingüísticos y la familia in-	
doeuropea	87
Antología de textos	116
Texto I	116
Texto II	117
Texto III	143
Actividades	144
Referencias bibliográficas	144
Capítulo V: Del latín a las lenguas romances	145
Antología de textos	154
Texto I	154
Texto II	155
Texto III	163
Actividades	175
Referencias bibliográficas	176
Bibliografía general	177



Prólogo

La cátedra de Lingüística Diacrónica que se dicta en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de la Pampa en el Profesorado y la Licenciatura en Letras a partir de la Aprobación del Plan de Estudio 1998 abarca las áreas temáticas que, en planes anteriores, correspondían a Historia de la Lengua, Gramática Histórica y Filología Hispánica.

La acotación del área que tiene que ver con la lengua en su estudio diacrónico a una sola materia de duración cuatrimestral supone, tanto para los estudiantes que la cursan como para los docentes que la dictan, el intento de contener un cúmulo de conocimientos ampliamente desarrollados durante milenios —si ubicamos las preocupaciones por el origen, la evolución y las características de las lenguas ya entre los pensadores de la antigüedad— en poco tiempo.

Ese desafío implica la selección de la bibliografía obligatoria en función de su representatividad y relevancia para los estudios de la lingüística histórica y la centralización de los intereses en la lengua española a partir de su vulgarización como lengua romance hasta nuestros días, tanto en la península Ibérica como en sus manifestaciones en la América hispanohablante, limitación que

no entraña una desvalorización de la evolución del latín luego del período clásico sino que intenta remediar una cuestión de orden didáctico. Además de ello, otras asignaturas del plan de estudio se encargan de abordar algunos de los contenidos para aligerar de ciertos temas al programa de Lingüística Diacrónica: por ejemplo, las nociones generales de filología se dan en Literatura Latina Clásica, lo que atañe a la filología hispánica y la transmisión de textos de tradición oral y manuscrita se da en Literatura Española I, y ciertas cuestiones relativas a la etimología se resuelven en Latín y/o Griego.

A pesar de todas esas estrategias que reducen el número de contenidos, tratando de afectar lo menos posible la calidad y cantidad de la enseñanza, la asignatura Lingüística Diacrónica tiene la responsabilidad de desarrollar muchos temas. A eso se suma la afortunada circunstancia de que tanto la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de La Pampa como la biblioteca del Instituto de Estudios Clásicos de la Facultad de Ciencias Humanas cuentan con un patrimonio bibliográfico sumamente importante, tanto en lo que se refiere a volúmenes de relevancia en la tradición erudita hispánica como a trabajos de investigación y estudio locales o regionales.

Por ello, los caminos de materialización de un texto destinado a los estudiantes de esta asignatura podrían haber sido varios, pero muchos de ellos inviables. La realización de una síntesis de todos los aportes en el área hubiera sido un trabajo ciclópeo y, posiblemente, resultaría un trabajo inútil, dado que —como decíamos— nuestros estudiantes tienen la posibilidad de acudir a la mayoría

de las fuentes críticas, teóricas e históricas en las bibliotecas de nuestra institución. La redacción de una historia de la lengua española con fines pedagógicos resentiría la profundidad y crítica de los distintos temas en procura de abarcar tan largo período. En ambos casos, la ejecución de tamañas obras implicaría la dedicación exclusiva de su autor, durante mucho tiempo, a la preparación y edición de los, sin duda, voluminosos textos.

Ante este panorama, la pregunta que motivó la redacción de este libro fue qué texto era posible ofrecer a nuestros estudiantes, que pudiera resultarles beneficioso y favoreciera sus consultas de bibliografía específica y que, a la vez, contribuyera a que los docentes pudieran organizar mejor o más fácilmente el dictado de una cátedra como la de Lingüística Diacrónica.

Asimismo, el texto debía enmarcarse en los objetivos generales y específicos previstos en el programa de la asignatura y, por tanto, tender a:

- promover los estudios de la lengua en relación con el contexto histórico-cultural que le dio origen y en el que evoluciona;
- incentivar los estudios de corte filológico-textual, enriquecidos con los aportes de la sociolingüística, la pragmática y la lingüística del texto;
- incorporar elementos teórico-críticos instrumentales para el análisis de los fenómenos lingüísticos de cualquier época;
- incorporar metodologías de estudio de los fenómenos lingüísticos relacionadas con la perspectiva diacrónica y
- reconocer el valor documental del texto escrito,

incluido el literario, como complemento del método etnográfico para el estudio sincrónico y diacrónico de los fenómenos lingüísticos.

La respuesta es esta antología que recoge fragmentos de textos relativos a algunas de las problemáticas más salientes de la materia y que propone, cuando es pertinente, algunas actividades para que los estudiantes completen su aproximación a los temas. El texto se organiza en cinco (5) capítulos, todos ellos enfocados en torno del problema del cambio lingüístico, base de todos los temas estudiados en Lingüística Diacrónica, con sus correspondientes referencias bibliográficas y actividades de aplicación y, por último, se cierra el volumen con un listado de bibliografía de consulta general.

Si bien este texto que ofrezco es un modesto aporte, sobre todo en comparación con la vasta producción científica existente, estimo que será de utilidad para los estudiantes locales en cuanto los proveerá de una mirada de conjunto a ciertas problemáticas centrales de la asignatura –muchas veces consideradas de modo muy general en procura de dedicar mayor tiempo al estudio del español de América y de la Argentina, particularmente– y les permitirá un contacto inicial con la bibliografía específica del área disciplinar.

Capítulo I **1**

El cambio lingüístico:
noción fundamental para la lin-
güística diacrónica

Cuando nos referimos a la lingüística diacrónica como disciplina de estudio, debemos tener en cuenta que su campo de incumbencia involucra dos tendencias del conocimiento que son, como afirma Rojas (1996: 9), las que le dan su identidad: la historia y la lingüística.

El estudio que se realiza en la actualidad desde estas perspectivas no se reduce a una mera historia de las lenguas sino que implica, básicamente, la observación y análisis del cambio lingüístico en la evolución de una lengua —en nuestro caso, el español— desde sus orígenes hasta el presente a partir de la premisa de Coseriu (1978) de que la lengua se “está haciendo” en forma constante bajo el peso del contexto sociocultural, geográfico y psicológico predominante de cada momento.

Y que son precisamente los actos lingüísticos que se han sucedido con continuidad en el tiempo, los que han hecho posible la comunicación del hombre de hoy con sus antepasados, gracias a la posibilidad de transmitir mensajes a receptores, muchas veces desconocidos, que tuvieron siempre los hablantes de cualquier época.

En consecuencia, la composición de esta disciplina no resulta tan sencilla, pues recibe en su seno a varias disciplinas más: sociología, etnografía, filosofía, sicología, literatura, ciencias de la comunicación y, entre otras,

por la *filología hispánica* o *española*, la *gramática histórica* y la *lingüística románica*, las que todavía guardan espacios independientes en los programas de varias universidades del mundo. (Rojas 1996: 10)

En la actualidad se asiste a un fuerte impulso del estudio y la investigación diacrónicos, pues los científicos del lenguaje han arribado a la conclusión de que la lingüística requiere de una base histórica sólida para evitar el abstraccionismo al que podría llegar en caso contrario. Es por esta razón que la lingüística diacrónica ha adquirido mayor prestigio en los últimos tiempos y atiende el hecho histórico en el marco de las concepciones científicas actuales, aunque sin desconocer las propuestas y perspectivas de las escuelas de siglos anteriores.

Es así que la disciplina no sólo se ocupa de las estructuras de la lengua como sistemas constituidos históricamente por signos sino que también enfoca la interacción concreta que se realiza en contextos sociohistóricos que cambian o han ido cambiando a través del tiempo.

Desde este punto de vista, el cambio lingüístico representa, sin lugar a dudas, el aspecto central a partir del cual se debe presentar el estudio diacrónico de una lengua. En efecto,

[...] si los actos lingüísticos están estrechamente ligados a la historia, ellos evolucionarán conjuntamente con la sociedad, que en cada oportunidad enunciativa impone distintas alternativas, las cuales son aceptadas o no, conforme a lo que se haya aceptado previamente en la comunidad. (Rojas: 40)

Por ello, el planteo inicial de este texto se ubica en

el fundamental aporte de *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico* (1978) de Eugenio Coseriu, que trataremos de reseñar a continuación.

El estudio del desarrollo de las lenguas presenta implícitamente el problema general del cambio lingüístico, el que, según Coseriu, “encierra una aporía fundamental” (1978: 11). En efecto, el planteo de la cuestión en términos causales (¿por qué cambian las lenguas?) supone una perspectiva errónea pues insta en la base del interrogante la noción de imperturbabilidad de las lenguas como premisa esencial, es decir que presupone a la lengua como un organismo autónomo e independiente de los hablantes, y no como un sistema constituido sobre la base de actos lingüísticos concretos.

El origen histórico de las numerosas concepciones de la lengua como sistema estático se encuentra en la afirmación de Ferdinand de Saussure de que el sistema de la lengua es en sí mismo inmutable.

Sin embargo, Coseriu, frente a tal afirmación, en *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico* (1978), se propone demostrar que:

- a) el cambio lingüístico es incorrectamente percibido a partir de una identificación entre la lengua y su proyección sincrónica;
- b) el problema del cambio lingüístico no debe ni puede plantearse en términos causales;
- c) se atribuyen al objeto de estudio las exigencias de la investigación; por ello
- d) la antinomia sincronía-diacronía corresponde al plano de la investigación (la lingüística) y no al objeto de estudio (la lengua);

e) tal antinomia es susceptible de ser superada; aunque

f) la concepción saussureana y las de ella derivadas adolecen de fallas fundamentales que les impide superar sus contradicciones internas;

g) no existe contradicción entre “sistema” e “historicidad” sino que “la historicidad de la lengua implica su sistematicidad” (14), y

h) en el plano de la investigación, “la antinomia sincronía-diacronía sólo puede superarse en y por la historia” (14).

Coseriu coincide con Saussure en que toda lengua puede ser estudiada desde una perspectiva sincrónica –al considerarla en un momento determinado de su desarrollo, sin tener en cuenta el factor tiempo– o diacrónica –al considerar los hechos en su desarrollo histórico–, aunque advierte que, dado el carácter parcialmente innovador de los actos lingüísticos, en la realidad sólo existe la diacronía, o sea el desarrollo de la lengua, y el aspecto sincrónico sólo resulta una necesaria abstracción científica para estudiar de qué modo funciona una lengua y los rasgos que permanecen inmutables a lo largo de un proceso que se da entre dos estados más o menos alejados en el tiempo. La gramática, por ejemplo, corresponde a lo sincrónico, en cuanto que se encarga de la descripción del sistema de una lengua. Sin embargo, la historia de la lengua y la gramática histórica sólo pueden estudiarse desde el plano diacrónico, que a su vez se apoya en sincronías sucesivas pues, de lo contrario, no es posible estudiar el perenne movimiento de una lengua.

Dice Saussure que “lo sincrónico puede compararse con la proyección de un cuerpo sobre un plano, que depende directamente del cuerpo proyectado, y, sin embargo, es cosa diferente, es cosa aparte”. Y en seguida agrega que la misma relación se da “entre realidad histórica y un estado de lengua”, lo cual sólo puede significar que lo “sincrónico” o “estado de lengua” no es, para Saussure, la realidad histórica del estado de lengua, sino su proyección sobre la pantalla estática del investigador. La lengua real puede concebirse satisfactoriamente como “una institución en equilibrio no estático sino dinámico” y a la que sólo por exigencia de estudio “se imagina como detenida”. Pero no podemos imaginarla al mismo tiempo como detenida y no detenida. Una cosa es decir que “Sistema y Movimiento se condicionan recíprocamente”, acerca de lo cual no cabe duda, y otra es señalar que la descripción del *sistema* y la descripción del (*sistema en*) *movimiento* se colocan necesariamente en dos perspectivas distintas: no se trata aquí de la realidad de la lengua, sino de la *actitud del investigador*. Lo que es independiente de la diacronía es la *descripción sincrónica*, no el *estado de lengua* real, que es siempre “resultado” de otro anterior y, para el propio Saussure, es “producto de factores históricos”. (Coseriu 1978: 17-18).

Al partir de la consideración de la lengua como abstracta, es decir como entidad que no cambia, suele pensarse el cambio lingüístico como procedente de factores externos. La lengua abstracta (no real) es por definición estática; por ello, esa perspectiva implica que se plantee el cambio lingüístico en términos causales. Pero, según Coseriu, la lengua es sistema y lo es sólo para cumplir una función, o sea que la lengua cambia para seguir funcionando como tal. Es a la vez forma y potencia. De ahí que sea necesario colocarse en el plano del habla y

tomarlo como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje para poder comprender el mecanismo del cambio lingüístico. La lengua es un hecho social, pero no extraindividual sino interindividual, pues trasciende al individuo pero no le es exterior. El hablar es una actividad universal que se realiza por individuos particulares, que son miembros de comunidades históricas, de modo que puede considerarse en sentido universal, particular e histórico.

El hablar *kata dínamin* es el *saber hablar*, en el cual pueden distinguirse un escalón universal, otro particular, y otro histórico: este último es, precisamente, la “lengua” como *acervo idiomático*, o sea, como *saber hablar según la tradición de una comunidad*. El hablar *kata enérgeian* es, en lo universal, el *hablar* simplemente: la actividad lingüística concreta, considerada en general; en lo particular, es el *discurso* (el acto o la serie de actos) de tal individuo en tal oportunidad; y en lo histórico es la *lengua concreta*, o sea, un *modo de hablar* peculiar de una comunidad, que se comprueba en la actividad lingüística como aspecto esencial de la misma. (45-46)

Entre las estructuras que componen la lengua, Co-seriu distingue lo que es simplemente normal o común (la norma) y lo que es oposicional o funcional (el sistema). La norma es, en cierto sentido, más amplia que el sistema ya que contiene un número mayor de rasgos; pero, desde otra perspectiva, es más estrecha dado que representa una selección dentro de las posibilidades de realización admitidas por el sistema.

Tal selección presenta variaciones “externas” (por ej.,

sociales o regionales) e “internas” (combinatorias y distributivas). Por consiguiente, la *norma* de una lengua representa su equilibrio “externo” (social, regional), entre las varias realizaciones permitidas por el sistema [...], y, al mismo tiempo, su equilibrio “interno”, entre las variantes combinatorias y de distribución (que son “invariantes normales”) y entre varios modos sistemáticos isofuncionales [...]. La norma como equilibrio del sistema puede llamarse *norma funcional*. (54-55).

Así, pues, una lengua funcional sería “un sistema de oposiciones funcionales y realizaciones normales, o mejor *sistema y norma*” (55). El sistema reúne las posibilidades, las coordenadas que indican los caminos abiertos y los cerrados de un hablar comprensible en una comunidad; la norma reúne el conjunto de realizaciones obligadas, consagradas social y culturalmente: no corresponde estrictamente a lo que es posible decir sino a lo que ya ha sido dicho y tradicionalmente se dice en la comunidad en cuestión.

Coseriu distingue también la lengua funcional de la lengua histórica o idioma, ya que ésta constituye un archisistema que comprende varios sistemas funcionales (ya sean regionales, sociales o culturales).

Para cada sujeto hablante la lengua es un saber hablar, sobre cuya base crea su expresión que, en cuanto coincide con las de otros hablantes, integra la lengua comprobada en el hablar. El hablante adquiere el saber lingüístico de otros hablantes. Dicho saber es cultura, o sea que la lengua, además de reflejar el saber cultural, es en sí misma cultura. En cuanto saber común de varios hablantes, la lengua es interindividual o social y en cuanto

saber tradicional es histórica. Por ello este punto de vista puede adoptarse sin entrar en contradicción con el de la lengua sincrónica pues “desde el punto de vista histórico (*no diacrónico*), la lengua sincrónica es un sistema *actual* de tradiciones lingüísticas antiguas y recientes” (61).

El problema del cambio lingüístico, sostiene Coseriu, se encuentra al alcance de todo hablante pues pertenece a la experiencia corriente acerca del lenguaje: el “lenguaje no es algo hecho de una vez, sino algo que se hace, mejor dicho, un perpetuo hacer” (65).

A partir de todas las explicaciones previas, y que hemos tratado de sintetizar en los párrafos precedentes, Coseriu distingue tres problemas diferentes relacionados con el cambio lingüístico:

- a) el problema racional del cambio (¿por qué cambian las lenguas?);
- b) el problema general de los cambios (¿en qué condiciones suelen ocurrir cambios en las lenguas?); y
- c) el problema histórico del cambio (problemas históricamente concretos).

El problema general del cambio lingüístico pertenece a la esfera de la lingüística general: puede entenderse como una generalización de ciertos problemas históricos (o sea del tercer tipo). El problema racional es el problema teórico sobre la mutabilidad de las lenguas; en su parte teórica depende del conocimiento de los hechos, pues toda teoría es teoría de la experiencia, o sea de lo real. Uno de los errores que más ha cometido la lingüística, que procede de considerar las lenguas como cosas y de la confusión de las ciencias del hombre con las ciencias de la naturaleza, es el de querer reducir los problemas teó-

ricos (racionales) a problemas generales. En este caso, el error consiste en creer que el problema de la mutabilidad de las lenguas se resuelve encontrando la causa o todas las supuestas causas de los muchos cambios lingüísticos particulares.

Al abordar el tema de la racionalidad del cambio, Coseriu parte, precisamente, de la seguridad de que lengua cambia porque no está hecha sino que se hace continuamente por la actividad lingüística, cambia porque se habla: porque sólo existe como técnica y modalidad del hablar. El hablar es actividad creadora, libre y finalista, y es siempre nueva, en cuanto se determina por una finalidad expresiva individual, actual e inédita. Por ello, el cambio lingüístico tiene su origen en el diálogo: en el paso de modos del hablar de un interlocutor al saber del otro.

En los casos en que lo hablado por el hablante se aleja de los modelos existentes en la lengua nos hallamos ante una “innovación”, cuya aceptación por parte del oyente como modelo para ulteriores expresiones implica una “adopción”.

El *cambio lingüístico* (“cambio en la lengua”) es la difusión o generalización de una innovación, o sea, necesariamente, una serie de adopciones sucesivas. Es decir que, en último análisis, todo cambio es originariamente una *adopción*.

Ahora bien, la adopción es un acto esencialmente distinto de la innovación. La innovación, en cuanto determinada por las circunstancias y finalidades del acto lingüístico, es un “hecho de habla” en el sentido más estricto de este término. Pertenece a la utilización de la lengua. La adopción, en cambio –siendo adquisición

de una forma nueva, de una variante, de un modo de seleccionar, en vista de actos futuros–, es constitución de un “hecho de lengua”, transformación de una experiencia en “saber”: pertenece al aprender la lengua, a su “rehacerse” por medio de la actividad lingüística. La innovación es superación de la lengua: la adopción es la adecuación de la lengua como *dinamis* (saber lingüístico) a su propia superación. Además, la innovación puede hasta tener “causas” físicas (como desviación de la libertad debida a la necesidad física), mientras que la adopción –en cuanto adquisición, modificación o sustitución de un modelo lingüístico, de una posibilidad de expresión– es un acto exclusivamente mental y, por consiguiente, sólo puede tener determinaciones finales: culturales, estéticas o funcionales. (Coseriu: 79-80)

Es posible, entonces, resumir que, para comprender el cambio lingüístico y su racionalidad, se debe considerar la lengua en su existir concreto, puesto que el cambio no es un simple accidente sino que pertenece a la esencia misma de lo lingüístico: *“el cambio lingüístico no es sino la manifestación de la creatividad del lenguaje en la historia de la lenguas”* (Coseriu: 108).

En cuanto al problema general de los cambios, vale decir el que se plantea luego de haber reconocido que la modificación es inherente al modo de existir de la lengua, es un problema empírico o un problema de “explicación histórica generalizada” (112). Esta perspectiva trata de establecer los modos generales de los cambios y las circunstancias o condiciones que los determinan.

[...] puesto que la lengua se hace por la libertad lingüística de los hablantes, ese mismo problema, planteado desde el punto de vista del hablar, consiste en establecer

las condiciones en las que la libertad lingüística suele renovar la lengua, y, planteado desde el punto de vista de la lengua constituida, consiste en establecer de qué manera la lengua se adapta a las necesidades expresivas de los hablantes, o sea, cómo y en cuáles condiciones lo creado por la libertad expresiva se acepta y se difunde, es decir, se inserta en la tradición lingüística y se vuelve a su vez tradición. [...] esas “razones” no son *causas* [...] sino condiciones, circunstancias o determinaciones dentro de las que actúa la libertad lingüística de los hablantes. Tales determinaciones no *provocan* sino que sólo condicionan los cambios, y pueden contribuir a acelerar o también a detener lo que, con un término impropio, se llama “evolución” de las lenguas. (112-113)

Frente a la denominación de factores externos e internos con que se suele denominar a los factores condicionantes de los cambios, Coseriu prefiere referirse a factores sistemáticos y extrasistemáticos, distinguiendo en ambos casos los factores permanentes y los ocasionales: sería sistemático todo aquello que pertenece a las oposiciones funcionales y a las realizaciones normales de una lengua; y extrasistemático todo aquello que se refiere a la variedad del saber lingüístico en una comunidad hablante y al grado de este saber, o sea, al vigor de una tradición lingüística.

Estos dos grupos de factores pertenecen a la misma lengua, aunque no en el mismo sentido, lo cual implica la conclusión de que los factores de cambio (las condiciones o determinaciones, no las causas) yacen en la lengua misma. Se desprende de lo antedicho que las condiciones del cambio lingüístico son culturales y funcionales y pueden comprobarse en cualquier estado de lengua (115-116).

Los cambios hallan su determinación positiva y negativa en las condiciones del saber interindividual, es decir en su capacidad para corresponder a las necesidades expresivas de los hablantes. Por otra parte, la lengua es un conjunto de modelos sistemáticos y sólo puede renovarse sistemáticamente.

Además, al ser el cambio intrínseco al modo de existir de la lengua, en todo momento nos hallamos frente a cambios en acto. Por ello, los cambios se reflejan también en los estados de lengua aunque desde la perspectiva sincrónica no pueden comprobarse como tales.

Desde el punto de vista cultural, la variedad regional o social del saber lingüístico dentro de los límites de la misma lengua histórica y la debilidad del mismo saber, en épocas de decadencia cultural o en los grupos sociales de cultura reducida, son condiciones favorables al cambio. En lo que se refiere a condiciones de relativa estabilidad, se pueden señalar la homogeneidad y seguridad del saber lingüístico y, en general, la adhesión de una determinada comunidad hablante a su propia tradición lingüística.

Un sistema lingüístico, ya realizado en formas tradicionales, es por su misma naturaleza un sistema imperfecto, en el sentido de inacabado. Los sistemas que se deslindan en la sincronía son a veces sistemas equilibrados y otras veces sistemas deteriorados o perturbados, o bien hay que reconocer que todo sistema lingüístico se halla siempre en equilibrio precario. El equilibrio de un sistema se vuelve aún más precario si se consideran las variantes de realización y las realizaciones normales. Además, gran parte de las oposiciones posibles en el sis-

tema funcional quedan inutilizadas. Aquí nos encontramos con el problema del grado de funcionalidad de las oposiciones distintivas, debido a que en la realidad de la lengua se comprueban amplias diferencias de rendimiento funcional¹, por ello algunas puedan desaparecer. A veces el rendimiento funcional de una oposición es sólo aparente, aunque esto no implica que una oposición de escasa funcionalidad deba necesariamente desaparecer.

La posibilidad de “arreglar” en la lengua los deterioros producidos por el cambio se debe a que en ella conviven durante largo tiempo lo viejo y lo nuevo, no sólo de manera extensiva sino también intensiva. La interdependencia dinámica —es decir, la solidaridad— de los elementos constitutivos de todo sistema lingüístico² se relaciona con sus contradicciones internas, que es otra condición permanente de inestabilidad de las lenguas, pues supone que todo cambio es o puede ser motivo de otros cambios correlativos. Al establecerse un elemento funcional nuevo, se favorece la constitución de otros elementos análogos y viceversa, y la desaparición de un elemento funcional debilita a los demás elementos del mismo tipo.

Entre las condiciones generales del cambio, Cose-riu considera también la no-coincidencia cultural y funcional entre sistema y norma de una lengua, en tanto existe un perpetuo desajuste entre el conocimiento del sistema y el conocimiento de la norma. El último implica

¹ Por ejemplo, hay oposiciones que son más importantes que otras.

² Esa interdependencia puede entenderse como solidaridad entre los elementos de cada uno de los sistemas parciales que se deslindan en la descripción de las lenguas: el fónico, el gramatical y el léxico.

un grado mayor de cultura, pues supone un conocimiento tradicional. Este tipo de desajuste conlleva dos consecuencias de orden general: a) las creaciones sistemáticas serán particularmente numerosas y tendrán amplia posibilidad de difundirse en épocas de debilidad de la tradición y decadencia cultural o en comunidades de cultura lingüística reducida; y b) ciertas lenguas están destinadas a cambiar más que otras en circunstancias culturales favorables al cambio, pues en ellas predomina el sistema sobre la norma, lo funcionalmente posible sobre lo tradicionalmente realizado.

Los factores sistemáticos y culturales funcionan con respecto al cambio como seleccionadores de las innovaciones, como condiciones y límites de la libertad lingüística en su tarea de hacer y rehacer la lengua. De las innumerables innovaciones que se comprueban en el hablar, sólo algunas se adoptan y se difunden porque sólo algunas responden a posibilidades y necesidades del sistema funcional o encuentran condiciones favorables en el estado del saber lingüístico interindividual. Un cambio lingüístico empieza y se desarrolla siempre como desplazamiento de una norma. Como la lengua es un sistema de funciones, se modifica en sus puntos débiles, cuando el sistema mismo no responde eficazmente a las necesidades expresivas de los hablantes, pero las modificaciones necesarias hallan su límite en la seguridad de la tradición. De esta manera los mismos factores sistemáticos y extrasistemáticos son condiciones de cambio y de resistencia al cambio.

En lo que se refiere al cambio lingüístico como problema histórico, Coseriu afirma que ha habido teorías de todo tipo para tratar de explicarlo (naturalistas, fisio-

lógicas, étnicas, etc.). También alude a otro tipo de explicaciones como la teoría del mínimo esfuerzo, la de la analogía y la de la economía de la expresión. Pero, en síntesis, advierte que, en conjunto, dichas teorías, más que identificar las razones del cambio lingüístico, comprueban su mecanismo y las condiciones en las que se da, es decir que señalan cómo y cuándo se produce o puede producirse.

Para Coseriu, los cambios lingüísticos solo pueden explicarse en términos funcionales y culturales, es decir a través de las explicaciones que no son de tipo causal. El equívoco, a la hora de abordar el tema, radica en la confusión entre el problema de la mutabilidad de las lenguas y el de los cambios considerados genéricamente. Se plantea de antemano que tiene que haber causas, y se las busca afanosamente. Incluso se piensa que el cambio tiene una sola causa genérica. Se piensa que siendo uno el efecto (el cambio) también debería ser una la causa. También se confunde el nivel genérico con el nivel histórico, y los cambios lingüísticos como hechos históricos particulares no pueden explicarse sólo universal y genéricamente sino que deben ser explicados en su particularidad. El causalismo se halla en constante peligro de suponer que las causas (en realidad, las razones del cambio) podrían ser naturales o físicas.

En relación con las tres actitudes causalistas típicas –la animosa, la prudente y la conciliadora³– Coseriu

³ Animosa sería la actitud de quienes creen haber hallado las causas externas de los cambios lingüísticos o su causa principal o única; prudente sería la que admite que las causas del cambio son desconocidas o no se conocen por ahora y conciliadora sería la de los que creen que algunas causas ya se conocen y otras se desconocen por el momento.

estima que todas son erróneas, en tanto la motivación de los cambios lingüísticos no pertenece al plano de la necesidad ni de la casualidad objetiva o natural sino al plano de la finalidad, de la causalidad subjetiva o libre. En este sentido, ningún agente externo puede actuar sobre la lengua sin pasar por la libertad y la inteligencia de los hablantes. Los puntos débiles del sistema no son causas del cambio, sino problemas con los que la libertad lingüística se enfrenta y que tiene que resolver en su fase creadora del instrumento mismo. El cambio lingüístico tiene, por lo tanto, una causa eficiente que es la libertad lingüística y una razón que es la finalidad expresiva y comunicativa de los hablantes: la indagación debe preguntarse para qué ocurrió tal cambio y no por qué.

Según Coseriu, la lengua es siempre sincrónica, en el sentido de que su funcionamiento es sincrónico, lo que no significa que no debería cambiar sino que, al contrario, justifica que cambie continuamente para seguir funcionando. El sistema es en sí inmutable, en el sentido de que no tiene en sí mismo la causa del cambio: el sistema no evoluciona sino que se hace por los hablantes de acuerdo con sus necesidades expresivas.

Por ello, la lengua cambia sin cesar pero, paradójicamente, ese cambio no la destruye ni la afecta como tal. En efecto, a diferencia de lo que ocurre en el mundo natural, el cambio en la lengua no significa alteración o deterioro sino reconstrucción, renovación del sistema y asegura su continuidad y su funcionamiento. La lengua se hace mediante el cambio y muere como tal cuando deja de cambiar.

Antología de textos

El cambio es un aspecto del estudio de una lengua que preocupa de diversas maneras a los estudiosos desde hace más de doscientos años, cuando empezó a esbozarse la lingüística —o, incluso, antes—. Los enfoques para abordarlo han sido muchos y, en algunas oportunidades, opuestos, de acuerdo a las épocas y los ángulos desde donde se lo ha considerado. Ofrecemos a continuación algunos fragmentos, de autores de distintos momentos históricos, que se centran en el problema del cambio lingüístico.

Texto I

DANTE, *Paráiso*, XXVI, 124-138, ed. crítica de G. Petrocchi.

La lengua ch'io parlai fu tutta sienta
 innanzi che al'ovra inconsumabile
 fosse la gente di Nembròt attenta:
 Ché nullo effetto mai razionabile,
 per lo piacer uman che rinnovella
 seguendo il cielo, sempre fu durabile.
 Opera naturales è ch'uom favella;
 ma così o cosí, natura lascia
 poi fare a voi secondo che v'abella.
 Pria ch'i' scendessi all'infernale ambascia,
 I s'appellava in terra il sommo bene
 onde vien la letizia che mi fascia:
 E *El* si chiamò poi: e ciò conviene,
 ché l'uso d'i mortali è come fronda
 in ramo, che sen va e altra vene.

Traducción castellana de Ángel Crespo, Barcelona:
Seix Barral, 1977

La lengua que yo hablaba ya no cuenta
desde antes de que a la obra inconmensurable
la gente de Nemrod se hallara atenta;
porque ningún efecto razonable,
dado que el gusto humano se transforma
siguiendo al cielo, fue siempre durable.
Con la naturaleza se conforma
que hable el hombre, mas déjale natura
que hable a su gusto de una u otra forma.
Antes que fuese a la infernal tortura,
I se llamaba en tierra el bien que tiene
ardiendo de alegría a mi envoltura;
y *El* se llamó después: y así conviene,
porque el uso mortal fronda es fecunda
en la rama, que vase y otra viene⁴.

Texto II

LEHMANN, Winfred (1969). *Introducción a la lingüística histórica*. Madrid: Gredos: 11; 14; 295; 303-304.

Las lenguas están en continuo cambio y ello aparece en su mayor evidencia cuando leemos textos que datan de hace algunos siglos. [...]

En lingüística histórica estudiamos las diferencias exis-

⁴ El texto está tomado de Eco 1994, quien a propósito explica: “Adán dice [en estos versos] que, aunque nacidas de una natural disposición a la palabra, las lenguas después se diferencian, crecen y cambian por iniciativa humana, hasta tal punto que incluso el hebreo que se hablaba antes de la construcción de la torre [de Babel] ya no era el mismo que el que él había hablado en el paraíso terrenal (donde llamaba ‘I’ a Dios, mientras que después fue llamado ‘Él’) “ (Eco 1994: 50).

tentes, a lo largo del tiempo, entre dos momentos de la misma lengua. Al investigar dicha lengua, hallamos también diferencias entre dos o más puntos del espacio en que se habla. [...]

El estudio de las variaciones de una lengua entre un lugar y otro es muy importante para la lingüística histórica, pues los cambios pueden iniciarse en las lenguas cuando los hablantes de una adoptan elementos de otra o cuando los hablantes de un dialecto toman formas de otro. [...]

Cuando nos ocupamos de los distintos cambios de una lengua (sean de sonido, de forma o de significado), se nos impone sin querer la impresión de que las entidades lingüísticas sufren en cada momento transformaciones de un solo tipo. No caemos en la cuenta de que, a la vez que se producen los cambios fonéticos, pueden estar dándose también los morfológicos y los semánticos, y que, asimismo, pueden estar introduciéndose importaciones. Más aún: no nos percatamos de que ninguno de estos cambios pueden dejar de tener relación con los otros. [...]

Así, pues, la lingüística histórica nos lleva, retrocediendo en el pasado y a través de un camino que sabemos más largo, al proceso de evolución del lenguaje humano desde sus primeros orígenes. Topamos aquí con una cuestión que animó a los historiadores lingüistas del pasado a emprender largos y arduos análisis, pero hoy está demostrado que el origen del lenguaje es cosa demasiado compleja y lejana, por lo cual es preferible dejarlo fuera del ámbito de la lingüística histórica, como materia perteneciente al estudio del hombre primitivo.

Texto III

GIMENO MENÉNDEZ, FRANCISCO (1990). *Dialectología y Sociolingüísticas españolas*. Universidad de Alicante: 86-88.

El lenguaje —como afirmó G. de Humboldt— es *actividad* y no *producto*. La actividad lingüística es creadora, libre y finalista. La *competencia comunicativa* del hablante no sólo genera un conjunto infinito de discursos adecuados a las normas sociales de su comunidad, sino que además posee la capacidad creativa de modificarlos. Si la lengua se explica como proceso continuo y derivado inevitable de la interacción lingüística, se ofrecerá al hablante a través de un sistema técnico abierto para realizar su libertad expresiva.

Desde este punto de vista, el hablar mismo —que se constituye como lengua— sería el principio del cambio (y de la lengua). Y el problema de la racionalidad del cambio lingüístico se resolvería en una característica esencial y necesaria de la lengua: la lengua cambia justamente porque no está hecha sino que se hace constantemente por la actividad lingüística en un marco de permanencia y continuidad histórica, al mismo tiempo que asegura su funcionamiento. [...]

La lingüística histórica estudia las transformaciones de las diversas lenguas a lo largo del tiempo, es decir, elabora la comprensión y explicación de la propia naturaleza del cambio lingüístico que ocurre en el tiempo. Para ello compara los diversos estados de una misma lengua o de lenguas emparentadas, con objeto de descubrir las transformaciones sufridas y reconstruir —siempre que sea posible— las etapas anteriores no atestiguadas. Y analiza los diversos factores que comprenden y explican los cambios lingüísticos y las variaciones debidas al contacto multilingüe y multilectal.

La lingüística histórica no se limita, pues, al estudio de la historia de una o varias lenguas emparentadas, sino que indaga más bien en la naturaleza —proceso y resultado— del cambio lingüístico. De este modo, se busca un modelo que represente y explique el cambio lingüístico de una forma universal. El desarrollo de los procesos generales e históricos del cambio lingüístico

debe determinarse a través de la posibilidad (o no) de su cambio, y –dentro de una serie de posibles cambios– de la mayor o menor probabilidad. Por consiguiente, el propósito último de dicha lingüística es la descripción y explicación de los universales lingüísticos del cambio.

Texto IV

ROJAS, Elena M. (1996). *Interacción y cambio en la lengua española. Guía para su estudio*. San Miguel de Tucumán: INSIL: 39.

Me arriesgo a opinar que el estudio de la evolución histórica de una lengua como el español debería, por no decir terminantemente “debe” ser abordado a partir de algunas consideraciones de cómo se lleva a cabo el acto lingüístico unipersonal y en situación interactiva.

Deben evaluarse las características que lo identifican como tal: los factores que influyen para dar lugar a las innumerables posibilidades de realización que implica; y, por sobre todo, a averiguar cómo se da esta constante en la historia de la lengua española, al imponerse, irrefutable, la condición lingüística por excelencia de ser medio de comunicación. Ya que, como lo reiteramos en este trabajo, la historia está formada por una sucesión interminable de actos lingüísticos de distinto tipo que se reformulan constantemente, ellos pasan a componer el eje elemental de esta disciplina cuando entramos a analizar el problema del cambio.

Así nuestra concepción de la lengua se aleja del punto de vista naturalista que atendía el método histórico-comparativo; del de la geografía lingüística que emplea el positivista-inductivo y del idealismo que parte de la intuición, de lo individual como aspiración de lo espiritual. En esta línea se destacó especialmente Vossler,

cuya concepción viene de G. B. Vico, W. von Humboldt y B. Croce. Sus propuestas tuvieron gran repercusión en el siglo XX.

Texto V

BUTRAGUEÑO, Pedro Martín (2001). "Contacto de dialectos y cambio lingüístico", ponencia presentada en el *II Congreso Internacional de la Lengua*. Valladolid. Consultado en su versión *on-line*: http://cvc.cervantes.es/obref/congresos/valladolid/ponencias/unidad_diversidad_del_espagnol/1_la_norma_hispanica/martin_p.htm

El contacto entre dialectos es una de las motivaciones más importantes en el desarrollo de cambios lingüísticos. Se ha llegado a proponer que todos los cambios se deben al contacto entre variedades (Kerswill 1996, p. 179). A fin de cuentas, de ningún cambio fónico se ha demostrado que surja realmente por generación espontánea (Milroy 1999, p. 24). La idea de que el contacto desempeña una función importante en la historia y la dialectología del español es central en el reciente libro de Penny (2000), en parte apoyado en las ideas de Milroy y Milroy (1985) sobre el papel de las redes sociales en la innovación y difusión lingüística. La ventaja de estudiar materiales sociolingüísticos contemporáneos es que el acceso a los datos es, en principio, ilimitado. Las inferencias a partir de los hechos históricos son interesantes, pero cernidas por naturaleza, pues obligan a suponer que las cosas debieron ocurrir de tal o cual manera, sin que muchas veces haya un registro empírico indudable. La exploración de las hipótesis sobre el papel del contacto lingüístico en el mecanismo más general de los cambios puede ser mucho más detallada cuando se parte de materiales actuales. Si conseguimos entender mejor lo que ocurre hoy día, es posible que tengamos ideas más claras acerca de lo que pudo ocurrir en el pasado (*cf.* Labor 1996, pp. 41-69).

Texto VI

BEGUÉ BAYONA, Samuel (2001). “Morfosintaxis y cambio lingüístico”. *Aljama 13. Estudios Lingüísticos y Literarios*. (Septiembre: 43-51): 48.

Creemos que la trilogía lengua, norma y habla es insuficiente para comprender el cambio lingüístico, y parece necesario escindir los conceptos de norma y habla. Para la escisión del habla acudiremos al concepto de registro. Cada registro, a nuestro modo de ver, es regido por una norma diferente, pues si existiese una norma común para todos los registros que contemplase los distintos usos se equipararía al concepto de lengua que sí engloba las distintas normas. De tal manera que para cada uno de los registros el hablante posee su norma específica y criterios sociales son los que establecen el registro que utiliza en cada momento. El número de registros que posee cada hablante es proporcional a su grado de cultura, no creemos que pueda darse el caso de hablantes que no posean más de un registro pues siempre habrá un momento en que quieran hablar “bien” y otros en los que no les preocupe su forma de expresarse. La distinción entre la expresión escrita más cuidada y precisa, y la expresión oral más espontánea y expresiva completan la casuística de los registros más elevados.

La elección de los determinados registros viene condicionada por los usos sociales, en algunos momentos el hablante quiere ser reconocido socialmente y usa el registro prestigiado, no obstante, las interferencias entre los distintos registros manejados por un mismo hablante son inevitables (estas interferencias actuarán en la parte más expuesta de la lengua).

Aún así estas interferencias entre los distintos registros no explican las transformaciones globales y traumáti-

cas para el sistema. Estos cambios profundos y relativamente rápidos se pueden explicar no por una interferencia sino por una sustitución completa de la norma de prestigio.

Actividades

1. Luego de leer con atención los textos anteriores, analizar cómo caracteriza cada autor el cambio lingüístico y/o la lingüística diacrónica.

2. ¿Cuál/es de esas posturas coincide, ya sea entera o parcialmente, con la perspectiva de Coseriu acerca del problema del cambio lingüístico? ¿Cuáles son los aspectos que determinan esa coincidencia?

Referencias bibliográficas

- COSERIU, Eugenio (1978) *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Madrid: Gredos.
- ECO, UMBERTO (1994). *La búsqueda de la lengua perfecta*. Barcelona: Crítica.
- ROJAS, Elena M. (1996). *Interacción y cambio en la lengua española. Guía para su estudio*. San Miguel de Tucumán: INSIL.

Capítulo II

Las aproximaciones al problema del cambio lingüístico:

breve panorama histórico

Como muchas veces se ha afirmado, los griegos fueron los primeros pensadores conscientes de sí mismos. El descubrimiento del hombre ha sido su mayor aporte a la tradición intelectual de Occidente. Tanto en el arte y la literatura, en lo religioso, en la filosofía como en la ciencia, la preocupación fundamental de la civilización griega estuvo dada por la figura del hombre, su alma, su razón y su distinción como parte de la naturaleza.

Aproximadamente a mediados del siglo V a. C., Atenas se convirtió en el centro cultural del mundo, debido, en gran parte, a su organización política y al desarrollo económico que favorecieron el desarrollo de las artes, la literatura, la cultura y, sobre todo, la filosofía. En ese momento, las preocupaciones que podríamos denominar lingüísticas se encontraban enmarcadas en la Filosofía. El arte de la oratoria y la declamación se cultivaban cuidadosamente, lo que redundó en la importancia cada vez mayor que se le atribuía al desarrollo del idioma. La actividad filosófica tenía entonces dos direcciones fundamentales, la cosmología y la antropología, y las teorías lingüísticas de la época reflejaban ambas vertientes. Ello explica la aparición de lo que se conoce como polémica entre naturalistas y convencionalistas, controversia que

revela las inquietudes de los antiguos acerca del cambio lingüístico y las características de las lenguas.

Para los naturalistas la lengua era parte de la naturaleza humana, aunque su perfección original había sido corroída por el uso; para ellos había una conexión natural entre el sonido y el significado. Los convencionalistas, sin embargo, consideraban que las palabras eran designadas por convencionalismos, acuerdos o leyes y que la lengua había sido creada por el hombre como resultado de un proceso social. (Estrada Moliné y García Benítez 2001: 3)

Platón fue el más destacado filósofo idealista y naturalista de la Grecia antigua y el primer griego que dedicó su obra a la discusión de problemas lingüísticos. Hizo que, por primera vez, la lengua se convirtiera en el objeto de estudio en la obra filosófico-literaria *Cratilo* (Bernabé 1998). Demócrito, por su parte, es el representante principal de los materialistas y convencionalistas de la época, quien estableció evidencias tales como la polisemia y la homonimia para sustentar sus teorías convencionalistas en relación con el lenguaje.

En el período conocido como helenístico, el debate entre naturalistas y convencionalistas estimuló el interés de los estudiosos en la clasificación de las relaciones entre las palabras, que favoreció el desarrollo de las dos corrientes filosóficas fundamentales, la idealista y la materialista, que se concretaron en las lingüísticas analogista y anomalista, respectivamente.

Para los analogistas la lengua era un proceso sistemático y regular, es decir, consideraban que el proceso de

formación de las palabras estaba condicionado por regularidades inherentes al propio proceso. Los anomalistas, por su parte, se refirieron a los muchos ejemplos en que no existe regularidad en la formación de las palabras sin negar las evidentes regularidades ya existentes. Las escuelas de pensamiento que representan ambas posiciones eran los llamados Alejandrinos y los Estoicos (300 a.n.e.), los cuales eran analogistas y anomalistas respectivamente.

Los Estoicos estaban interesados en los problemas filológicos del origen de la lengua y en la Lógica (retórica y dialéctica). Introdujeron el término etimología y establecieron distinciones entre las voces activa y pasiva, el verbo transitivo e intransitivo, etc. Su figura principal está representada por Zenón. Los Alejandrinos, por su parte, realizaron también significativos aportes al desarrollo de la Lingüística, entre ellos el enfoque formal y especialmente morfológico que condujo a la independencia de la Gramática. Surge entonces la Filología del estudio de las concepciones y tradiciones culturales y literarias. La lingüística se independiza de la filosofía y se estudia dentro de la filología. No obstante siempre conservará la influencia filosófica en el tratamiento y enfoque de su estudio. (Estrada Moliné y García Benítez: 4)

El mundo romano fue el heredero de la cultura griega y sustentó, en términos generales, el mismo tipo de erudición. Los romanos creían que las teorías lingüísticas de los griegos eran universales y eternas, por lo que la controversia entre las posiciones filosóficas se mantuvo, pero ellas tomaron el nombre de realistas y nominalistas en el terreno lingüístico.

Durante la Edad Media, la investigación lingüística fue representada por los filósofos especulativos que

consideraban la lengua como un reflejo de la realidad y continuaron los estudios iniciados por los griegos para encontrar formas en las que las palabras o signos se relacionaran con las cosas que significaban. Estos filósofos de la escuela de pensamiento especulativo o escolástico no solo compartían la visión “platónica” de que la lengua era un fenómeno divino, agraciado y natural, sino que además sostenían las presunciones relacionadas con el carácter universal de las categorías gramaticales del griego y el latín. Ellos consideraban que las lenguas clásicas eran los únicos modelos correctos para el análisis de las lenguas (Estrada Moliné y García Benítez 2001).

Según explica Eco (1994), el primer texto en el que el mundo medieval cristiano aborda de modo orgánico el problema de la diversidad de lenguas es *De vulgari eloquentia* de Dante Alighieri, escrito probablemente entre 1303 y 1305. El texto parte de la constatación de que existe una pluralidad de lenguas vulgares y que el vulgar, en su calidad de lengua natural, se opone al latín como modelo de gramática universal pero artificial¹.

Haciendo gala de un conocimiento de lingüística comparada excepcional para su época, Dante muestra cómo las distintas lenguas nacidas a partir de la confusión se han multiplicado de manera ternaria, primeramente siguiendo una división entre las distintas zonas del mundo, después en el interior del área que hoy llamamos románica, diferenciándose entre lengua de *oc*, lengua

¹ El *De vulgari eloquentia* de Dante, si bien es una apología de la lengua vulgar, está escrito en latín: como poeta, Dante escribía en vulgar, pero como pensador, nutrido de la filosofía escolástica, utilizaba el latín, lengua común de la filosofía, la política y el derecho internacional de la época.

de *oil* y lengua del *sì*. Esta última se ha fragmentado en una pluralidad de dialectos que a veces, como por ejemplo en Bolonia, varían según las zonas de la ciudad. Esto sucede porque el hombre es un animal inestable y cambiante en sus costumbres, hábitos y lenguaje, tanto en el tiempo como en el espacio. (Eco: 40)

Dante afirma enfáticamente que el vulgar es más noble que el latín porque es la lengua que utiliza el mundo entero (de su momento), aunque se revele como dividida en diferentes palabras y pronunciaciones.

En cuanto al problema del cambio lingüístico, que es el que nos interesa aquí, Dante tiene claro el concepto de que, mientras la facultad del lenguaje es permanente e inmutable para todos los hombres, las lenguas naturales son históricamente mutables, es decir, son capaces de crecer con el devenir del tiempo y susceptibles de enriquecerse independientemente de la voluntad de cada uno de los hablantes (Eco: 43).

En el Renacimiento, los eruditos comenzaron a preocuparse por el estudio de las lenguas vernáculas de Europa y así se extendió a ellas la concepción clásica del griego y el latín.

El siglo XVII estuvo influido por la filosofía cartesiana, cuyo rasgo fundamental era el dualismo (alma y cuerpo), que se refleja en el estudio de la gramática.

En el siglo XVIII, se desarrollaron las ciencias naturales y ello favoreció la aparición de métodos y análisis históricos en la investigación lingüística y, por lo tanto, un rechazo bastante generalizado a los preceptos eminentemente idealistas de la teoría cartesiana.

En los comienzos del siglo XIX, la enseñanza de

las lenguas continuaba centrada en el griego y el latín, concebidas como lenguas muertas, mediante métodos de traducción y reglas gramaticales. Se desarrollaron los estudios histórico-comparativos que condujeron a la identificación de las principales familias de lenguas del mundo (indoeuropeas y semitas), es decir, grupos de lenguas genéticamente relacionadas entre sí a partir de una lengua madre.

Los estudios lingüísticos de tipo histórico-comparativo mostraron que las lenguas no son resultado de una dotación natural y divina sino de un constante proceso de evolución y cambio. Estos estudios se enriquecieron a partir de los postulados de, en primer lugar, Marx y Engels y del etnógrafo norteamericano Lewis Henry Morgan y, luego, del naturalista inglés Charles Darwin.

“Toda lingüística histórica es metodológicamente comparativa”, afirma Gimeno Menéndez (1990: 88). En efecto, la lingüística del siglo XIX se dirigía principalmente a la reconstrucción de protolenguas mediante la comparación de lenguas emparentadas, de manera tal que el término ‘comparativo’ adquirió el sentido de ‘reconstrucción’. En la actualidad, dicho término se utiliza en un sentido más amplio y general y se refiere a un método propio que permite descubrir las reglas de la estructura de los sistemas lingüísticos y su evolución.

La dialectología y la sociolingüística utilizan un método comparativo, en cuanto que describen las variedades geográficas y sociales de las lenguas y, por consiguiente, las relaciones entre geolectos, sociolectos y registros. Es más, el método comparativo está también en la base del estructuralismo, y es esencial para el reconocimien-

to de las estructuras, ya que sólo se conoce por diferencias. Dentro de las lenguas, las nociones de continuo y discontinuo no provienen solamente de las diferentes maneras de observar la realidad, sino que además se basan en la realidad misma. Y el método comparativo obliga al contraste de datos discontinuos, a fin de llegar a la constitución de la historia de un hecho, que es continuo por naturaleza. (Gimeno Menéndez: 89)

La lingüística histórico-comparada de la primera mitad del siglo XIX resultó posible gracias a variados motivos. El principal de ellos fue el descubrimiento, entre 1786 y 1816, de que el sánscrito estaba emparentado genéticamente con el griego y el latín, que dio lugar a un intenso estudio comparado de éstas y otras lenguas cuyo resultado fueron la clasificación y examen de la historia de las formas lingüísticas, el estudio de la distribución de los miembros de la familia indoeuropea y los intentos por reconstruir la lengua común.

Ahora bien, si Rask representaba el recién descubierto método comparativo, J. Grimm puede ser considerado el verdadero fundador del método histórico, así como precursor inmediato de la dialectología. Y no se contentó con la pura compilación de correspondencias, sino que dedujo de ellas un resultado histórico, la *mutación fonética germánica*, denominada posteriormente “ley de Grimm”. Pronto el modelo era imitado, y F. Diez publicaba la obra en la que nacía la lingüística románica en el sentido estrictamente científico de la palabra. (Gimeno Menéndez: 93)

En la segunda mitad del siglo XIX, las ciencias naturales habían tomado un impulso considerable y ejer-

cían gran influencia sobre todos los campos de la actividad intelectual, influencia a la que la lingüística tampoco pudo escapar: de ahí el hecho de que se haya concentrado en esa época en los aspectos físicos y biológicos del lenguaje, a partir de una consideración de tipo fisiológico del sonido que lo veía como fenómeno físico sometido, por lo tanto, a leyes fijas e inmutables. Es en esta perspectiva que surgen dos teorías naturalistas de la lingüística: el modelo explicativo del parentesco de lenguas a través del árbol genealógico que se ramifica en sucesivas biparticiones y el modelo de las ondas.

Dicha hipótesis [modelo de las ondas] postulaba la difusión de las innovaciones lingüísticas desde un foco cultural o punto central y constataba la convergencia o divergencia lingüística en función del espacio geográfico, sin tener en cuenta la relación genética de las lenguas implicadas. Aunque la importancia de la obra de Schmidt no consiste en ofrecer esa alternativa, ya que la idea de onda no se desarrolla completamente y también se recurre a la imagen del plano inclinado, la formulación de que los cambios lingüísticos se propagarían de manera similar a como se expanden las ondas que irradian desde diversos centros y que —a menudo— se entrecruzan unas con otras, tiene gran importancia en el posterior origen y desarrollo de la geografía lingüística. (Gimeno Menéndez: 94)

En lo que se refiere a la escuela lingüística francesa, Antoine Meillet fue el máximo representante de la concepción sociológica, para la cual la lengua es un hecho social y, como tal, evoluciona en función de factores humanos, sociales e histórico-geográficos. “El cambio

obedece [en este sentido] a ciertas reglas generales que determinan las condiciones universales de toda lengua, y está ligado a unos hechos de civilización y al estado de las sociedades usuarias de dichas lenguas” (Gimeno Menéndez: 98).

Luego de siglos de descriptivismo lingüístico, desde Grecia a Port Royal, el siglo XIX supuso el despertar de la conciencia histórica. En efecto, la lingüística buscó la explicación de las lenguas en sus orígenes y desarrollos, dejando a un lado las descripciones lógico-gramaticales que hasta entonces habían imperado. La lingüística histórica y la neogramática están en la base de la formación de la perspectiva diacrónica que, como tal, surgiría en la escuela de Ginebra.

El fenómeno de la novedad lingüística, considerado como la aparición dentro de una lengua de elementos no pre-existentes, se engloba en la categoría superior del cambio. Es el cambio, la modificación, lo que provoca, sobre el eje temporal, la aparición y desaparición de los rasgos lingüísticos, lo cual puede presumiblemente dar razón de la conformación real de una lengua en un momento determinado. Se disciernen entonces con suma claridad dos metodologías diferentes pero emparentadas: la explicación mediante la descripción de un sistema real y la explicación mediante la descripción de su formación. La ruptura epistemológica que esta separación produjo llegó a ser interpretada como la división de la lingüística en dos ciencias inconexas, al menos hasta la superación estructuralista del hiato. (Martínez 1995: 1)

El gran teórico del modelo neogramático fue Hermann Paul. Para él, toda explicación de los fenómenos

lingüísticos debía ser necesariamente histórica. La lingüística, en su calidad de ciencia histórica, era también social, pero las lenguas no se identificarían con los grupos sociales ni con las naciones que las hablan, dado que el lenguaje reflejaba el alma individual. El cambio lingüístico tenía lugar, para esta concepción, en la lengua individual o idiolecto, como parte de la discontinuidad de la transmisión del lenguaje en el relevo generacional de padres a hijos. “Los dialectos se concebirían como grupos de idiolectos (fonológicamente) idénticos, y el cambio lingüístico dentro del dialecto sería sencillamente la visión colectiva del cambio individual en paralelo” (Gimeno Menéndez: 97).

Como afirma Martínez (1995), el cultivo de la lingüística histórica, que se remonta, como hemos visto, a mediados del siglo XIX, conoció desde los comienzos del estructuralismo una época de fecundos desarrollos que afectaron tanto al fenómeno del cambio como a sus problemas metodológicos. Las propuestas de los neogramáticos, los diferentes enfoques estructuralistas y ciertas implicaciones de las gramáticas generativas deberían complementarse para intentar un seguimiento de esta cuestión. Por eso el autor señala las principales vías de desarrollo de las que el paradigma saussureano ha sido objeto en la perspectiva estructural, que además de haber ejercido una influencia decisiva sobre la semiótica literaria ha sido fundamental para comprender fenómenos inherentes al cambio, como la pareja recurrente de tradición e innovación.

Para los neogramáticos lo real, lo científico, lo objetivo, era la lengua en su devenir, en su realidad cam-

biante e histórica. En cambio, en la teoría saussureana se considera que sólo lo sincrónico tiene una existencia concreta real, mientras que los aspectos evolutivos, accesibles sólo al investigador, ofrecen un elevado grado de abstracción.

El desarrollo teórico que la diacronía saussureana conoció en la escuela de Praga se centró especialmente en la reivindicación de su carácter sistemático y en el debilitamiento de la fuerte antinomia sincronía/diacronía. La obra de Saussure se había detenido en la construcción de una lingüística sincrónica, caracterizada como la única susceptible de reconocer sistemáticamente sus elementos, frente a la neogramática que consideraba sólo lo histórico como científico. La primera operación de lo que luego sería el Círculo de Praga fue constatar que también lo diacrónico debe ser sistemático.

Frente al floreciente desarrollo del paradigma diacrónico observado por la escuela de Praga, las ulteriores reelaboraciones de la herencia saussureana se dirigen con absoluta prioridad bien al asentamiento exclusivo de la sincronía, bien a una superación de la dicotomía crónica. La trayectoria de Hjelmslev, por ejemplo, muestra cómo el espíritu de la escuela de Copenhague se sitúa en la línea de quienes pretendieron llevar la dicotomía saussureana a su máxima polarización, atribuyendo carácter científico sólo a la perspectiva sincrónica (Martínez: 6)

La apretada síntesis de los párrafos anteriores demuestra que plantear la problemática inherente al cambio lingüístico en forma breve no resulta para nada una tarea sencilla. Sin embargo, el sucinto e incompleto pa-

norama esbozado nos permite tomar conciencia de que el problema del cambio lingüístico ha permanecido siempre en la base de las reflexiones lingüísticas y ha recibido diferente atención y explicación en las distintas épocas y por parte de cada escuela de pensamiento.

En la actualidad, la problemática sigue vigente y existen renovados intentos metodológicos por aproximarse a ella. Por ejemplo, Houdebine afirma:

El estudio lingüístico que tiende a ser descriptivo y explicativo, incluso predictivo, se consagra a extraer la estructura que constituye una lengua y a descubrir en ella las jerarquías y las tendencias evolutivas.

Porque la sincronía es inestable, jerarquizada; es pura abstracción metodológica haberla llamado estática; en cambio, puede ser vista como una coexistencia de usos diversos cuyo peso desigual en la sincronía influencia de diferente manera la evolución.

Este abordaje exige una metodología y una conceptualización apropiadas: la lengua ya no es concebida como “el sistema en el que todo se sostiene” sino como una coexistencia de estructuraciones estables e inestables, “firmes” y “débiles” en la cual se enfrentan residuos diacrónicos y tendencias innovadoras; en otras palabras, como un “espesor sincrónico” de estratos interrelacionados y más o menos móviles. Todo esto es, más o menos, percibido por los hablantes; es decir, experimentado y a veces comentado por los hablantes. Determinados usos pueden, en efecto, estar desacreditados; otros apreciados y por ende favorecidos por los sujetos. Esto, de manera más o menos consciente, con muchos o pocos comentarios y efectos. Estos fenómenos, psicosociolingüísticos, en cierta forma, actúan en la sincronía, desestabilizando tal o cual zona de la estructura, acelerando o retardando tal tendencia lingüística, re-

forzando su peso o debilitándolo; y de este modo, el del grupo de hablantes que los utilizan, sin que sepamos aún con precisión cuáles son dominantes o cuáles impulsan el movimiento evolutivo.

Los elementos de reflexión que acabamos de presentar son aquellos que retiene el descriptor que quiere alcanzar la “realidad lingüística”, descubrir su funcionamiento sincrónico, su espesor y su dinámica y comprender los factores que los causan y sus interacciones. Esto sobre todos los planos: internos —o debidos a la economía interna del sistema— o externos, es decir, sociales en sentido amplio, incluso psicosociolingüísticos, incluyendo las racionalizaciones o proyecciones de los hablantes sobre la lengua y sus usos; dicho de otro modo, sus representaciones o su imaginario lingüístico. (Houdebine 1985: 1)

Antología de textos

Texto I

MOUNIN, Georges (1976). *Claves para la lingüística*. Barcelona: Anagrama: 23-25.

El descubrimiento del sánscrito, entre 1786 y 1816, representa el gran giro con relación a esta larga reflexión [lingüística] desordenada. El contacto entre Europa y la India hace aparecer, con evidencia cegadora, el parentesco del latín, del griego, del sánscrito, de las lenguas germánicas, eslavas y célticas. Así queda roto el hechizo de las lenguas madres de origen teológico o filosófico. Para la reflexión referente a las lenguas se ofrece un nuevo punto de apoyo, pero destinado todavía, al principio, a la resolución del mismo problema: el del origen del lenguaje.

Bopp, cuya pequeña obra sobre el sistema de las conjugaciones indo-europeas abre, en 1816, una nueva era lingüística, está todavía impulsado por la idea de que va a poder “observar el lenguaje en su eclosión y en su desarrollo”. La diferencia con sus predecesores –que es revolucionaria– consiste en que trata de remontarse hasta este origen y esta evolución mediante métodos puramente lingüísticos en principio, y no metafísicos. Efectivamente, el descubrimiento del sánscrito se conjuga con la moda del comparatismo: entonces se toman de las ciencias naturales los principios y los métodos que acaban de proporcionar los resultados asombrosos de Cuvier en paleontología comparada. Es la época de la gramática comparada.

Así pues, durante medio siglo, se aplica el modelo biológico al lenguaje, a ultranza: las lenguas serían organismos vivos que nacen, crecen y mueren. Como todos los organismos vivos, conocerían una hora de perfección breve al final de su adolescencia: antes de la escritura. A partir del momento en que se escriben, ¡estarían condenadas a la senilidad! Meillet también lo ha observado: Bopp ha encontrado la gramática comparada mientras buscaba el origen de las lenguas indoeuropeas, como Cristóbal Colón encontró América al buscar la ruta de las Indias.

Pero estos métodos y estos principios contenían una posibilidad de desarrollo. La gramática comparada, para establecer un parentesco, no tenía en cuenta la época histórica de los estados de lenguas puestos en relación: [...]. No obstante, para la gramática comparada de las lenguas germánicas, por ejemplo, elaborada por Grimm, se disponía de textos escalonados desde el siglo V al XIX, para la de las lenguas romances elaborada por Diez, de textos que se extendían a lo largo de dos milenios y medio. No sólo la comparación hacía entonces más fácil la demostración de los parentescos, sino que

la cadena ininterrumpida de los textos incitaba a desplazar el centro de interés de las investigaciones: más allá de los parentescos establecidos, hacia el estudio de las leyes que gobernaban el paso de un estado dado de lengua al siguiente. La gramática comparada se convertía en realidad en el estudio de la evolución continua de las lenguas: la lingüística histórica.

Esta transformación alcanza su cumplimiento en los años 1876-1886, con la escuela de los neo-gramáticos. La fonética es entonces reina, ella explica la casi totalidad de los cambios lingüísticos. Para lo demás, se dirigen a la ciencia que asciende al cielo del conocimiento: la psicología. Pero es la historia, convertida en ciencia piloto del pensamiento del siglo, la que sigue permaneciendo en el centro de la teoría lingüística. Se destruyen alegremente las antiguas metáforas naturalistas y vitalistas del período precedente. La lengua no es un organismo biológico, es una institución humana. La lingüística no pertenece a las ciencias naturales, sino que “como los demás productos de la civilización humana [...] es una ciencia histórica”. Tal es la primera frase del gran tratado de lingüística de Hermann Paul en 1880.

Finalmente, vino Saussure...

Texto II

CHAMORRO G., Faustino (1987). “Jacob Grimm y su trascendental coyuntura”. *Revista Acta Académica*. N° 1. Universidad Autónoma de Centro América (febrero): 42-44.

Durante más de dos milenios de nuestra historia, la lingüística de hoy fue construyéndose con bases rudimentarias, sí, pero firmes, de persistencia ciclópea y durade-

ra. Antes de mil ochocientos, en el largo camino de más de dos milenios, recorrido por los estudios filológicos y del lenguaje, que en los tiempos modernos alcanzarían la categoría de ciencia, quedaron sentados hitos trascendentales: la Gramática del griego Dionisio de Tracia (*tejné grammatiké*) en el siglo II a.C., cristalización de los comentarios filológicos de sus antecesores, sobre los textos griegos; el latino Varrón en el siglo I, heredero e incrementador de la obra del tracio Dionisio; Prisciano en el siglo V de nuestra Era, quien con su Gramática de dieciocho libros y cerca de mil páginas, es el erudito que recoge la descripción sistematizada de los estudios lingüísticos latinos y de la literatura clásica. Después, durante los finales del siglo XII, el siglo XIII y parte del XIV, dentro del marco de la filosofía escolástica, dan un considerable aporte los *modistae* o gramáticos especulativos, cuyas teorías casi desconocidas en nuestros tiempos, llevan el nombre de *modi significandi*. De ahí *modistae*. El Renacimiento, largo período en el que sin duda se incuba la mayor parte de los rasgos que caracterizan el período contemporáneo, se presenta como un Jano bifronte: por una parte mira hacia atrás, redescubriendo y valorando el mundo clásico greorromano en los manuscritos de los textos que traían los sabios griegos al salir huyendo hacia occidente, cuando en 1453 cae Constantinopla, último resto del Imperio Romano; por otra parte este renacer tiende su mirada a un futuro sugestivo y sugerente por la posibilidad de expansión que se le ofrece a toda Europa a partir de los viajes de Marco Polo al lejano y legendario Oriente, y por el arribo de Cristóbal Colón a un mundo nuevo en 1492. En cuanto a lingüística se refiere, en este efervescente período, el conocimiento de las gramáticas y de las lenguas árabe y hebrea, así como el de las orientales y americanas, se convierte en un fermento de renovación. Dante con su *De Vulgare Eloquentia* (1303), co-

mienza a despertar la conciencia de la importancia de las lenguas nacionales con ciertos apuntes de estudio comparativista. El francés Petrus Ramus (Pierre Ramée, 1515-1572), propugna la enseñanza humanística de las lenguas clásicas a través y directamente sobre las literaturas, contra la trayectoria del aristotelismo escolástico. Así mismo resalta la importancia de observar a los hablantes nativos para el estudio de las lenguas vernáculas, por lo que ha sido considerado precursor del estructuralismo moderno. Se suceden Escalígero, con su notable *De Causis Linguae Latinae*; el español Sánchez de las Brozas (El Brocense) con su estimable obra *Minerva seu de Causis Linguae Latinae*. (Pasamos por alto las gramáticas de lengua vernácula al estilo o corte de la Nebrijense, que copian las categorías gramaticales de la grecorromana, para describir las lenguas romances con el objetivo del didactismo medieval de la lengua latina; propósito muy alejado del prístino servicio filológico del y para el cual fue formándose la venerable gramática de los griegos). En fin, que en este período abundan, entre los continuadores escolásticos medievales y la persistencia de la gramática tradicional convertida en preceptiva de las lenguas romances, los Galileos, los Copérnicos y Keplers del estudio del lenguaje, con una actitud científica dispuesta a enfrentarse al modelo aristotélico escolástico medieval, poniendo por escudo los datos concretos de sus estudios, y a remodelar con los mismos las teorías existentes: eran frutos del empirismo de Bacon. Pero también el movimiento racionalista dio su cosecha en el campo de la lengua con las publicaciones de las gramáticas filosóficas o razonadas portroyalistas, hijas del innatismo cartesiano, y no ya de la concepción aristotélica, que llegarán a cubrir gran parte del siglo XVII y se extenderán hasta el XVIII. Wilhelm von Leibniz, con su disertación sobre el origen de las lenguas en 1710, orienta a la lingüística

hacia el empirismo con tendencia comparativa, que llegaría a ser una de las características sobresalientes del siglo XIX. Pero un hecho bien concreto marca el hito inicial de la lingüística científica contemporánea, exactamente en 1786, cuando sir William Jones leyó su famosa ponencia en la Real Sociedad Asiática en Calcuta, en la que establece sin mínima duda el parentesco del sánscrito, lengua clásica de la India, con el latín, el griego y las lenguas germánicas. El siguiente fragmento recoge y muestra lo trascendental del manifiesto: “El sánscrito, sin tener en cuenta su antigüedad, posee una estructura maravillosa, más perfecta que el griego, más copioso que el latín y más delicado y refinado que ninguno de los dos; y sin embargo, con ambos guarda tan gran afinidad, ya en las raíces verbales ya en sus formas gramaticales, que no es posible que se haya producido por accidente; es tan fuerte esta afinidad, que cualquier filólogo que examine el sánscrito, el griego y el latín, pensará que los tres han nacido de una fuente común que quizás no exista ya. Hay una razón parecida, aunque no de tanta fuerza, para suponer que tanto el gótico como el celta tuvieron el mismo origen sánscrito”. A partir de este acontecimiento se acentúa y extiende el estudio del sánscrito por Europa, sobre todo en Francia y Alemania, a lo que contribuyeron grandemente los hermanos Schlegel (Augusto y Federico); sobre todo este último con su obra *Sobre la Lengua y Sabiduría de los Indúes* (1808). La comparación del sánscrito con las lenguas europeas, forjó la primera etapa del desarrollo sistemático de la Lingüística histórica y comparada. En los últimos años del siglo XVIII las tendencias filosóficas empiristas, con Bacon, Locke, Berkeley, Hume, y los racionalistas conducidos por el innatismo cartesiano, que con sus debates cubrieron los siglos XVI, XVII y XVIII, confluyen juntas con los filósofos y sabios que se movían dentro del Romanticismo. Las fuerzas del

nacionalismo europeo reafirman el carácter individual de las lenguas de cada nación, elevando a la mayor potencia el presupuesto de Herder, de que sólo se podría entender plenamente el pensamiento y la literatura popular de un pueblo, estudiando su propia lengua. Está preparado pues, y en marcha, el acontecimiento filológico alemán del siglo XIX, que hará expresar un tanto exageradamente a Benfey, que los primeros trabajos de Lingüística y filología oriental, habían sido realizados por “las más resplandecientes estrellas del cielo intelectual alemán”, y que el conjunto de hombres sobresalientes en el progreso de esta rama del saber, eran casi con exclusividad hijos de la patria. Los hermanos Schlegel ya citados inician decidida y frontalmente el ataque contra el neoclasicismo frío, imitador y canónico, convirtiéndose en los propulsores del pensamiento romántico y en pioneros iconoclastas de los modelos, prevalecientes aún, del siglo XVIII; tanto de los literarios como de los gramaticales. El alemán Franz Bopp (1791-1867), dice Meillet, “ha encontrado la Gramática Comparada cuando trataba de explicar el indoeuropeo (estudiando el sánscrito con el griego, latín, persa y germano), así como Cristóbal Colón descubrió América cuando buscaba el camino de la India”. Posteriormente Schleicher afina lo conseguido por Bopp, mediante un tratamiento naturalista; su formación científica y el naturalismo de la época influyeron en su manera de abordar las tareas lingüísticas. Obligado y merecido resulta, antes de hablar de la trascendental obra lingüística de Grimm, dar lo que le pertenece al danés Ramus Kristian Rask (1787- 1832). Algunos tanteos comparativistas, como ya hemos visto, habían precedido a Ramus Kristian Rask, cuando éste estableció que muchas palabras del germánico, comparadas con los componentes del latín y el griego, habían cambiado las “letras” de tal forma, que se podían fijar ciertas “reglas”. [...] Es pues

Rask el representante del método comparativo recién descubierto. Sin embargo el sabio alemán Jacobo Grimm puede tomarse, y así lo acreditan la mayoría de los tratados de historia de la lingüística, como el verdadero sistematizador del método comparativo y el fundador del método histórico. Las observaciones de Rask fueron recogidas por Grimm, quien las sistematiza y desarrolla en la segunda edición del primer tomo de su *Gramática Alemana* (1822). En esta publicación, monumento inicial y duradero para la germanística y la lingüística general, consigue ofrecer un impresionante sistema que serviría en lo sucesivo de sólida base metodológica para ir descubriendo las relaciones existentes entre la lengua germánica y los dialectos indoeuropeos, dejando establecido así el método comparativo, al mismo tiempo que asienta sólidas bases para el método histórico. Porque Jacobo Grimm no se detuvo solamente en las apreciaciones de parentesco entre las lenguas, sino que formula, con carácter evolutivo y de cambio, estas correspondencias regulares que emergen del método comparativo. Considera que la correspondencia descubierta entre las consonantes oclusivas (/p/ /t/ /k/), las sonoras (/b/ /d/ /g/) y las aspiradas (/f/ /z/ /ʃ/) de las lenguas germánicas y las de otros idiomas europeos, supone, de hecho, la existencia de un corrimiento o mutación fonética. Grimm, convencido de las ideas de Herder en cuanto a la relación existente entre nación y lengua y la interrelación cuasi simultánea de pensamiento y lenguaje, las aplicó a la dimensión histórica. Este fenómeno indicador de mutabilidad, lo designó Grimm con el término *Lautverschiebung*, que se ha solido traducir por mutación o rotación consonántica; sus contemporáneos lo denominaron *Grimm's law* o *Loi de Grimm*, Ley de Grimm. [...]

En 1848 publica su *Historia de la lengua alemana*, donde resulta patente que con el método comparativo se

imbricaba el método histórico elaborado por él. La limitación del área lingüística en que se mueven tanto su *Gramática alemana* como la *Historia de la lengua alemana*, es decir, ceñido a las lenguas góticas antiguas y modernas, le proporcionó a su investigación más posibilidades de penetración, ganando en profundidad lo que perdía en extensión; por eso dejó a los indoeuropeístas rezagados, resultando ser, por tanto, el padre de la germanística histórico comparada. Esta rama de la Ciencia del Lenguaje, portará extraordinario influjo a las gramáticas históricas comparadas indoeuropeístas, romanistas, eslavistas, etc.

Texto III

LÓPEZ MARTÍNEZ, María Isabel y Eulalia HERNÁNDEZ SÁNCHEZ (2002). “Proyección diacrónica del *Curso de Lingüística General* “. *Tonos Digital. Revista electrónica de estudios filológicos*. N^o 4 (noviembre). Universidad de Murcia.

Ferdinand de Saussure ha sido considerado como el padre y fundador de la lingüística moderna y, como tal, su pensamiento, contenido en el *Curso de Lingüística General*, se ha proyectado, ineludiblemente, desde su publicación hasta la actualidad.

El gran mérito del maestro ginebrino reside en el hecho de haber sido el primer científico que delimitó el objeto de estudio de la lingüística: *la lengua*. El punto de partida de su teoría se encuentra en la distinción entre *lenguaje*, *lengua* y *habla*. No obstante, se va a centrar en el estudio de la lengua considerada, desde el punto de vista de su organización interna, como un sistema de signos, rompiendo así con la concepción decimonónica. Pero estos signos no existen en sí, sino solamente

en virtud de su oposición a otras unidades del mismo rango. Nada existe en la lengua sino oposiciones, de donde deduce que “la lengua es una forma y no una substancia” y aquí reside la piedra angular de toda su teoría. Las unidades lingüísticas, pues, se presentan como unidades puramente relacionables. La lengua así concebida se asemeja a algunos otros sistemas de signos y constituye con ellos el objeto de una teoría general a la que incluso se atrevió a denominar *semiología*. Como otras disciplinas semióticas, constituye una teoría formal que examina objetos ideales cuya existencia no se infiere inmediatamente de los hechos observables. Por esto Saussure comparaba la lingüística a las matemáticas; según Godel, Saussure había observado ya en 1894 que las relaciones fundamentales entre las unidades de la lengua pueden expresarse regularmente con la ayuda de fórmulas matemáticas.

La teoría innovadora de Saussure sería asimilada por la lingüística posterior que iba a ver en la lengua la configuración de un entramado universal en el que cada unidad particular funcionaría de una manera determinada. Por ello, después de Saussure, los lingüistas se verán en la obligación de, tras una reflexión personal y profunda, continuar la investigación iniciada por el maestro; aunque, si bien es verdad, algunos no querían admitir explícitamente la base de su investigación, en todas sus teorías siempre subyace, de alguna manera, la presencia del maestro ginebrino. Por lo tanto, se tratará ahora de ampliar, perfeccionar e, incluso, terminar el legado que, con tan buena fortuna, habían recibido. Concretamente, la escuela de Praga (bajo la dirección de Troubetzkoy y Jakobson), la escuela de Copenhague (con la *glosemática* de Hjelmslev) y, en menor grado, la escuela americana (con Bloomfield), van a asimilar, de alguna manera, el estructuralismo saussureano. Las tres coincidirán en unos postulados que, indudablemente, había

marcado Saussure: la distinción *lengua/habla*, *sincronía/diacronía*, *relaciones sintagmáticas/relaciones asociativas*.

Hjelmslev funda su glosemática en la idea saussureana de que la lengua es forma y no sustancia. Para él la forma de cada uno de los planos que configuran el signo constituirá el ámbito de lo puramente lingüístico y será la *prueba de la conmutación* la encargada de diferenciar las variantes y las invariantes; la lengua será un sistema de invariantes. Los praguenses, por su parte, van a distinguir los dos planos del signo lingüístico, pero, a diferencia de éstos, van a tener en cuenta en el análisis descriptivo de la lengua las sustancias del plano de la expresión (fonética) y del plano del contenido (semántica).

Por otro lado, la dicotomía saussureana *lengua/habla* la transforma Hjelmslev en *esquema* (la lengua como forma pura), *norma* (la lengua como forma material) y *uso* (conjunto de hábitos); al *habla* saussureana, la denomina 'acto'. La escuela de Praga comparte, así mismo, esta oposición, aunque no se inclina a subrayar la autonomía de la lengua; de la misma manera, al concebirla como sistema funcional, va a romper las barreras que para los ginebrinos existían entre *sincronía* y *diacronía*:

“No se pueden poner barreras infranqueables entre los métodos sincrónico y diacrónico, como hace la escuela de Ginebra... El estudio diacrónico no sólo no excluye en absoluto las nociones de sistema y de función sino que, por el contrario, de no tener en cuenta tales nociones resulta incompleto. Por otro lado, la descripción sincrónica tampoco puede excluir la noción de evolución, ya que incluso en un corte considerado sincrónicamente existe la conciencia del estado en formación” (Trnka, B. y otros (1972): *El Círculo de Praga*).

Y siguiendo de nuevo al resto de las escuelas estructuralistas, se interesan los praguenses esencialmente por las *oposiciones*, las *relaciones* y las *funciones* de los elemen-

tos en el sistema; en definitiva, tendrán en cuenta las *relaciones sintagmáticas* y las *paradigmáticas*.

La escuela lingüística americana viene representada en sus orígenes por Sapir y Bloomfield. El primero, presenta su marco teórico sin haber recibido la influencia directa de Saussure pero, a pesar de ello, su punto de partida está muy cercano a las concepciones del maestro ginebrino, pues, como él, Sapir distingue en la lengua un sistema físico y un sistema ideal y considera precisamente a este último como “el principio real y más importante en la vida de la lengua”. De este principio se deriva la conocida hipótesis de la *relatividad lingüística* de Sapir y Whorf que ya no encuentra equivalencia en la teoría de Saussure.

El segundo, Leonard Bloomfield, tiene una vinculación más estrecha con el estructuralismo saussureano o, con palabras de Jakobson, es “Uno de los primeros apreciadores y partidario sin reservas del *Cours*”; en efecto en la reseña que, en 1924, hace del *Curso de Lingüística General* aprueba la dicotomía *lengua/ habla* y señala que con ella Saussure nos había dado la base teórica para una ciencia del habla: “he has given us the theoretical basis for a science of human speech” [“él nos ha dado las bases teóricas para una ciencia del habla humana”²]. Posteriormente en su obra *Language*, manual del estructuralismo americano por excelencia, se propone como fin la elaboración de un sistema único, constructivo y coherente de los conceptos propios de la descripción sincrónica de una lengua; al igual que Saussure trata de extraer del complejo conjunto de fenómenos comprendidos bajo el término ‘lengua’ un objeto que sea propiamente lingüístico. En su opinión, el objeto de la lingüística está constituido no por los significados y los sonidos en sí mismos sino por “la asociación de sonidos

² La traducción es mía.

determinados a un sentido determinado”. Los sonidos interesan a la lingüística en cuanto que permiten diferenciar las significaciones; los rasgos esenciales de los sonidos, es decir, los fonemas de una lengua, son aquellos que conllevan una diferencia de sentido. La lingüística se interesará, pues, no por la significación concreta de la forma y de la palabra que, según Bloomfield “no puede ser analizada en el marco de nuestra ciencia”, sino por la diferencia entre los sentidos de dos formas o de dos palabras. Este principio es totalmente equivalente al de la *conmutación* de Hjelmslev y ha sido aceptado por numerosos lingüistas americanos.

Igualmente, muy cercano al concepto saussureano de ‘sintagma’ encontramos el concepto bloomfieldeano de ‘constituyente inmediato’; concepto que ha determinado durante muchos años la orientación de las investigaciones sintácticas formales, al mismo tiempo que ha sido utilizado con éxito en numerosas gramáticas automáticas y en los modelos matemáticos de la lengua.

Todas estas escuelas que han recibido de manera directa las enseñanzas de Saussure, han construido sus teorías de descripción lingüística basándose, en gran medida, en principios metodológicos comunes: simplicidad, exhaustividad, coherencia, objetividad, carácter formal, etc., siendo esto lo que, fundamentalmente, nos permite aducir que, si bien sus doctrinas son variedades del estructuralismo, sus intereses, sus concepciones sobre las tareas de la lingüística, la terminología empleada y los procedimientos concretos del estudio de la lengua son diferentes, aunque se complementan.

En la segunda mitad del siglo XX se produce el triunfo de la otra escuela más importante de la ciencia del lenguaje, la llamada *gramática generativa* introducida por Noam Chomsky. Sin embargo, esta nueva manera de enfocar metodológicamente los estudios lingüísticos no se podría concebir sin F. de Saussure. En efecto, esta

gramática, al igual que la estructural, estudia la lengua sincrónicamente, y, como ella, la considera su objeto de estudio. Parte Chomsky de una distinción fundamental entre ‘competencia’ y ‘actuación’, estableciendo desde el primer momento que el objeto de la lingüística será la ‘competencia’:

“Lo que concierne primariamente a la teoría lingüística es un hablante-oyente ideal, en una comunidad lingüística del todo homogénea, que sabe su lengua perfectamente y al que no afectan condiciones sin valor gramatical, como son limitaciones de memoria, distracciones, cambios del centro de atención e interés y errores (característicos o fortuitos) al aplicar su conocimiento de la lengua al uso real” (Chomsky 1975: *Aspectos de una teoría de la sintaxis*).

Es evidente el paralelismo que existe entre ambos conceptos y la dicotomía saussureana *lengua* y *habla*, el propio Chomsky así lo refleja:

“La distinción que aquí señalo [*competencia* y *actuación*] está relacionada con la distinción *langue/parole* de Saussure, pero es preciso rechazar su concepto de ‘*langue*’ como mero inventario sistemático de unidades y más bien volver a la concepción de Humboldt de la competencia subyacente como un sistema de procesos generativos”.

Ahora bien, una reflexión sobre estas palabras nos lleva a defender el supuesto de que Chomsky ha interpretado superficialmente la teoría del lingüista ginebrino, pues, en realidad, Saussure a lo largo del *Curso* presenta reiterativamente su concepto de *lengua* como sistema, criticando, incluso, a quienes de sus palabras pudieran deducir que la lengua es una mera nomenclatura:

“Tenemos, en primer lugar, la concepción superficial del gran público que no ve en la lengua más que una nomenclatura, lo cual suprime toda investigación sobre su naturaleza verdadera... Para ciertas personas, la len-

gua, reducida a su principio esencial, es una nomenclatura, esto es, una lista de términos que corresponden a otras tantas cosas”.

Pero no solamente la influencia de Saussure se manifiesta en la consideración de un mismo objeto de estudio sino que las mismas relaciones sintagmáticas constituyen la base de las reglas transformacionales, ya que dichas reglas se apoyan en conexiones sintagmáticas.

Llegados aquí, disentimos del esquema de influencias presentado por S. Serrano en *La lingüística: su historia y su desarrollo* (1983) puesto que, para nosotras, la presencia de Saussure en América es directa, no sólo en el caso de Bloomfield, que conocía perfectamente el *Curso*, sino también pensamos que Chomsky tuvo en sus manos el *Curso de Lingüística General*.

Pero en el siglo XX la lingüística estructural y la lingüística generativa no son las únicas metodologías que hacen del lenguaje su objeto de estudio. El interés de los científicos se centra en otros aspectos relacionados con el uso que se hace del lenguaje en la vida diaria; ellos, precisamente, desarrollarán la *lingüística del habla* cuyas puertas Saussure dejó abiertas, de la misma manera que dejó esbozado el esquema de una *lingüística geográfica* y de una *lingüística diacrónica*. Por otro lado, su precisa delimitación del objeto de estudio de nuestra disciplina ha permitido, posteriormente, que la lingüística se integre al dominio de otras ciencias, dando lugar de esta manera a disciplinas híbridas tales como, entre otras, la sociolingüística, la psicolingüística,...

Ciertamente, y tras esta proyección diacrónica del *Curso de Lingüística General*, es evidente que buena parte de la ciencia lingüística actual encuentra sus orígenes en Saussure, no sólo por sus hallazgos sino por su nueva forma de afrontar los estudios lingüísticos; por esa nueva mirada que ha sido seguida y aplicada por muchas escuelas y lingüistas desde entonces hasta ahora,

porque, si bien algunas corrientes más recientes de la lingüística suponen una superación de las teorías saussureanas, es cierto que nada hubiera sido de ellas sin el camino y las nuevas ventanas que abrió el *Curso*. En definitiva, toda la lingüística del siglo XX ha tenido éxito porque desde Saussure, el gran revolucionario de los estudios lingüísticos, hasta la actualidad no ha habido ningún lingüista serio que no haya leído el *Curso* y lo haya tomado como punto de partida para, de alguna manera, partiendo de él superarlo o modificarlo, pero nunca ignorarlo.

Actividades

1. Averiguar y explicar en qué consiste la ley de Grimm.

2. Investigar de qué modo influyó en las perspectivas de la lingüística histórica del siglo XIX el “giro saussuriano” (lengua como institución social, oposición entre sincronía y diacronía, noción de sistema, problema de la naturaleza del signo).

3. E. Coseriu, en particular en *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico* (1978), ha edificado una importante parte de su teoría no solamente a partir de las influencias de Aristóteles, de Humboldt y de Hegel, sino también en relación con Saussure y Chomsky: “[...] estos dos autores, que han marcado profundamente la lingüística contemporánea, tienen para él una importancia particular. Ha efectuado, efectivamente, una formidable inversión de valores, que ubicará su propio pensamiento en otra tradición, aquella, no menos ilustre,

de Aristóteles, de Hegel y de Humbolt (Laplace 1994: 97)³. Sin embargo, la “inversión de valores” respecto de la lingüística saussureana plantea cierto problema y prolonga el de la noción misma de herencia saussureana⁴. En este sentido, la obra de Coseriu debe ser leída como una crítica al *Curso de Lingüística General*. Completar la aproximación al tema con la lectura de *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico* y del *Curso de Lingüística General* para advertir las puntualizaciones que Coseriu hace respecto de las perspectivas de Saussure en cuanto a la concepción de sistema y a la dicotomía sincronía-diacronía.

Referencias bibliográficas

- BERNABÉ, Alberto (1998). “Lingüística antes de la lingüística. La génesis de la indagación sobre el lenguaje en la Grecia antigua”. *Revista Española de Lingüística*. 28, 2: 307-331.
- ECO, UMBERTO (1994). *La búsqueda de la lengua perfecta*. Barcelona: Crítica.
- ESTRADA MOLINÉ, Alba T. y Vicente GARCÍA BENÍTEZ (2001). “Idioma y globalización: ¿un nuevo término para un viejo fenómeno? *Revista Humanidades Médicas* 2001; 1 (1) (consultado en su versión *online*).
- GIMENO MENÉNDEZ, Francisco (1990). *Dialectología y So-*

³ La traducción es mía.

⁴ Esta noción es en sí misma problemática en cuanto implica posicionarse en las corrientes post-saussureanas o en las corrientes post-*Curso de Lingüística General*.

- ciolingüísticas españolas*. Universidad de Alicante.
- HOUEBINE, Anne-Marie (1985). “Para una lingüística sincrónica dinámica”. *La linguistique*, N° 21, Paris. (Traducción de María Belén Carpio).
- LAPLACE, Colette (1994). *Théorie du langage et théorie de la traduction. Les concepts-clefs de trois auteurs: Kade (Leipzig), Coseriu (Tübingen), Sleskovitch (Paris)*. Paris: Didier Érudition.
- LEHMANN, Winfred (1969). *Introducción a la lingüística histórica*. Madrid: Gredos.
- MARTÍNEZ, Alfredo (1995). “El problema del cambio, desde la diacronía al sistemismo”. *Biblioteca Virtual Cervantes. Signa 2, Publicación periódica de la Asociación Española de Semiótica*.

Capítulo III **3**

Los métodos de estudio diacrónicos

En cuanto a los métodos empleados tradicionalmente por la lingüística histórica para la recolección y análisis de los materiales de estudio, Lehmann, en *Introducción a la lingüística histórica* (1969), explica en detalle los siguientes: el uso de los testimonios escritos, el método comparativo, el método de reconstrucción interna, la léxico-estadística y la geografía dialectal.

En primer lugar destaca el uso de los testimonios escritos pues, muchas veces, los materiales de estudio de la lingüística diacrónica no son accesibles sino a través de testimonios escritos, es decir a través de textos. Para su acertada interpretación, el lingüista debe conocer el sistema de escritura usado (según la época a la que corresponda el texto) y las transcripciones convencionales.

En cuando al método comparativo, indica que es el procedimiento más usado para determinar los esquemas estructurales más antiguos de una lengua, incluso en cuanto a formas más tempranas que las documentadas. El uso del método comparativo permite contrastar formas de dos o más lenguas emparentadas con objeto de establecer su relación exacta.

Este método es llamado también de reconstrucción externa porque consiste, como dijimos, en la com-

paración de lenguas emparentadas para extraer la mayor información posible sobre la etapa común a todas ellas.

Es el más eficaz de los métodos de la prehistoria lingüística. Si el parentesco no es seguro, la aplicación del método comparativo permite, algunas veces, confirmarlo. No sólo sirve para dar una imagen de la lengua antecesora sino también para revelar el grado de parentesco.

Para aplicar el método comparativo es necesario partir de una hipótesis previa que es potencialmente falsa: suponer que las lenguas distintas que se comparan no sólo se remontan a única lengua antecesora, sino a una lengua libre de variación dialectal.

Siempre que se comparan dos formas de habla –ya se trate de dos dialectos de una misma lengua, de dos lenguas emparentadas o, incluso, de dos lenguas cualesquiera escogidas al azar– se encuentran algunas palabras similares en sonido y significado. Esta doble similitud puede deberse a algunas de las siguientes causas:

a) casualidad;

b) préstamo (una de ellas es préstamo de la otra o ambas de una tercera); y

c) herencia directa en las dos formas de habla de una forma de habla más antigua que fue su antecesora común (formas derivadas de otra común a ambas). En este último caso, las formas se denominan cognados.

El método comparativo trabaja ante todo con cognados. Con frecuencia no es posible al comienzo saber con certeza si algunas palabras son cognados o no; los sucesivos pasos del método comparativo ayudan a determinarlo. Cuando se trata de dialectos de una misma lengua resulta extremadamente difícil distinguir entre cognados

y préstamos o semejanzas accidentales. Por esta razón el método comparativo sólo es aplicable a lenguas distintas.

El método de reconstrucción interna se basa en la existencia de los cambios fonéticos, sin recurrir para nada a las clases morfológicas.

Cuando se aplicó el método comparativo al germánico, el griego y el sánscrito, se observó que los datos no explicaban cuál de las lenguas comparadas reflejaba mejor la situación de la lengua madre. Las dos últimas, sin embargo, mostraron que en ciertos contextos fónicos habían comenzado a desviarse de la distinción que el resto de las lenguas indoeuropeas analizadas realizaba entre aspiradas y oclusivas. Fue ante esta eventualidad que los investigadores observaron ciertas recurrencias que se daban y podían ser explicadas mediante una reconstrucción interna.

Se trata, pues, de seguir estos pasos: cuando los fonemas aparecen en determinados alomorfos de un morfema, hay que ver si las bases de la restricción no son los fonemas aledaños y de ahí extraer la situación primitiva. Dicho de otra manera, el método de reconstrucción interna se aplica sobre una lengua en una etapa determinada de su desarrollo. En la información que se obtiene de su descripción es posible encontrar rastros que permitan inferir hechos anteriores de la lengua analizada.

En el *Curso de Lingüística Moderna* (1971), Hockett ilustra este método con algunas aplicaciones al potowátomi, al alemán y al español. Tomamos de allí algunos casos con que ejemplifica el autor la reconstrucción interna del español antiguo.

En el español actual hay una serie de verbos irre-

gulares que sufren alternancia vocálica pero otros que aparentan una conformación semejante no sufren esta variación. Este hecho en particular despierta en el investigador cierta sospecha: el origen de este comportamiento diferente puede obedecer a una configuración también distinta en un estado del español anterior. La deducción histórica que se desprende de esta situación es bien clara: los fonemas /e/ y /o/ que aparecían tanto en posición átona como tónica (y que no diptongaban) tenían distinto origen que los fonemas /e/ y /o/ que sólo se daban en posición átona en los verbos como /ferir/. En los textos españoles más antiguos, los sonidos que interpretamos como /ie/ y /ue/ tenían grafías vacilantes, de lo que se infiere que por aquella época la diptongación era relativamente reciente y que el cambio debió de producirse en una etapa inmediatamente anterior a la difusión de los primeros documentos.

Con el método de reconstrucción interna se obtienen resultados de valor desigual. En general, la reconstrucción que se hace de la evolución de los verbos es correcta, pero sólo en líneas generales, porque con mucha frecuencia la analogía (por semejanza con otras formas) fue más fuerte y triunfó sobre la tendencia generalizada de la ley fonética.

Tanto el método comparativo como el de reconstrucción interna se aplican a un material entresacado del habla con el objeto de puntualizar las relaciones lingüísticas y de reconstruir fases pretéritas de una lengua. Ambos métodos se apoyan en el conocimiento de que las lenguas cambian. Pero, como afirma Lehmann (141), además de cambiar, las lenguas sufren pérdidas, como en

el caso del vocabulario¹. La atención prestada a la pérdida de elementos léxicos se debe al procedimiento ideado para fijar la proporción del vocabulario perdido y el porcentaje del conservado, con intención de calcular la cronología de las relaciones lingüísticas, procedimiento que se denomina gloto-cronología. En sentido más amplio, se conoce como léxico-estadística al estudio estadístico del vocabulario con fines históricos.

El método de la gloto-cronología trabaja sobre varios supuestos básicos:

1) cierto vocabulario se conserva mejor que otro. Este vocabulario puede denominarse “básico”;

2) el índice de conservación del vocabulario básico es constante.

3) el índice de desaparición es aproximadamente el mismo en todas las lenguas. Entonces, si se determina el porcentaje de términos emparentados dentro del vocabulario básico de dos lenguas hermanas, es posible calcular la duración del tiempo que ellas han estado separadas.

El estudio de las diversas hablas que se dan dentro de una lengua es llamado geografía dialectal o dialectología. Dicho estudio permite conocer mejor las comunidades de hablantes y la distribución de los rasgos lingüísticos. Partiendo de los hallazgos de la geografía dialectal en las comunidades lingüísticas contemporáneas, se ha intentado explicar también la situación lingüística de tiempos pasados, como es el caso de la comunidad protoindoeuropea.

¹ Las reducciones de vocabulario ocurren a la par de los cambios culturales. Los términos desaparecen juntamente con la práctica.

La geografía lingüística intenta extraer conclusiones históricas a partir de la distribución geográfica de formas y usos lingüísticos, ya se trate del único tipo de datos que se poseen, ya se lo considere en conjunción con datos de otro tipo. En el sentido que nos interesa aquí, la geografía lingüística es una geografía interna de las lenguas: no se ocupa de las fronteras entre lenguas sino de la extensión y distribución espacial de fenómenos particulares, y, dentro de las lenguas, las áreas ocupadas por dichos fenómenos (Hjelmslev 1971: 111).

Antes de que pueda intentarse obtener alguna conclusión, es preciso recoger y organizar la información geográfica. El procedimiento habitual en la preparación de un atlas lingüístico es el siguiente:

1) se lleva a cabo el reconocimiento preliminar de una región con el fin de formarse alguna idea sobre la manera en que el uso varía de subregión en subregión y en que esas variaciones de uso fragmentan la zona;

2) se preparan luego dos esquemas básicos. Uno es la lista de los lugares geográficos en los que se procederá a verificar el uso con mayores detalles. El otro es una lista de tópicos que se verificarán en cada lugar, lista que adquiere luego la forma de cuestionario;

3) investigadores de campo recorren la región buscando informantes adecuados y completando el cuestionario; y

4) una vez obtenidos los datos, se trazan mapas que muestren la distribución de los distintos usos.

Los tópicos que se seleccionan para la investigación son de varias clases: a) la palabra o frase que se usa habitualmente para expresar un determinado significa-

do; b) los significados que tiene, en el caso de que se la conozca, una determinada palabra; y c) la identidad o no identidad fonológica de dos formas.

Las conclusiones que es legítimo extraer a partir, exclusivamente, de la distribución geográfica son marcadamente limitadas. Rinde el máximo sólo en condiciones especiales (por ejemplo, en casos de población sedentaria de antiguo arraigo) y cuando se la usa en conjunto con los datos documentados. El carácter concreto y específico de la geografía lingüística es su mayor virtud; las vastas generalizaciones que no se basan sobre hechos concretos de escala reducida son estériles. En este aspecto la geografía lingüística ha hecho hasta ahora su mayor contribución.

Antología de textos

Texto I

HOCKETT, Charles (1971). *Curso de Lingüística Moderna*. Buenos Aires: EUDEBA: 443-444.

Los documentos españoles más antiguos que se conservan datan de mediados del siglo X. Desde entonces hasta hoy es posible basar el estudio histórico del español en la interpretación de documentos. Para un milenio antes contamos con los testimonios escritos de la lengua antecesora del español, conocida principalmente a través de la variedad que recibe el nombre de latín clásico. Pero existe una laguna de diez siglos en la documentación y si queremos llenarla de algún modo nos vemos precisados a recurrir a otros métodos. Dichos métodos resultan imprescindibles desde el primer

momento cuando lo que se investiga es la historia de lenguas como las bantú de África o las algonquinas de América del Norte (y cientos de otras lenguas), cuyos hablantes recién conocieron la escritura en ocasión de sus primeros contactos con los europeos; para nuestro objeto, pues, sus documentos escritos más antiguos —cuando los tienen— son prácticamente contemporáneos.

En la búsqueda de una perspectiva temporal más profunda que la que ofrece la documentación directa se utilizan diversas técnicas relacionadas entre sí: *reconstrucción interna*; *geografía lingüística*; *reconstrucción externa o método comparativo y glotocronología*. Estas técnicas se pueden considerar en conjunto como los métodos de la *prehistoria lingüística*. La palabra “prehistoria” está usada aquí en su acepción corriente, vale decir, con referencia a épocas pasadas de las que no hay testimonios escritos; en contraste, pues, con los períodos que constituyen la *historia documentada*. La reconstrucción interna y el método comparativo son métodos consagrados desde hace tiempo, pero la cuidadosa codificación del primero data sólo de unos pocos años. La geografía lingüística no siempre es aplicable y sirve más como un correctivo de los resultados logrados con los otros dos métodos que como enfoque independiente. La glotocronología es muy reciente y aunque representa una gran promesa no ofrece todavía garantías suficientes. No duplica, en ningún sentido, los resultados de los otros sino que intenta, a partir de ellos, lograr una cronología más precisa que la que éstos pueden ofrecer.

Cuando faltan los testimonios escritos, esos métodos indirectos son el único medio con que contamos para obtener alguna información de carácter histórico. Pero nada nos impide usarlos también en los casos en que existen testimonios escritos y hay dos buenas razones por las que es conveniente esa duplicación. La primera

es que ello permite controlar la validez de los métodos indirectos. Se aplica el método comparativo a las lenguas romances, por ejemplo, y se reconstruye su antecesor común; se compara luego ese sistema, obtenido indirectamente, con los testimonios escritos del latín que han llegado hasta nosotros: la conformidad es tanta que cobramos fe en los resultados del método comparativo también para los casos en los cuales la compulsión directa no es posible. Pero hay también otra razón, y es que en los documentos escritos no se encuentra todo. Resulta posible muchas veces fijar la imagen confusa de una lengua, que obtenemos a partir sólo de los documentos, sumándoles los resultados de los métodos indirectos.

Texto II

GIMENO MENÉNDEZ, Francisco (1990). *Dialectología y Sociolingüísticas españolas*. Universidad de Alicante: 252-254.

Ya hace algunos años que el funcionalismo diacrónico ha debido reaccionar contra las explicaciones causales simplistas, que no toman en consideración la compleja realidad del proceso histórico de la evolución lingüística. Además, el funcionalismo diacrónico ha reincorporado todas las contribuciones temporales y espaciales de los métodos anteriores, con el objeto de convertirse en la única lingüística histórica posible.

Recientemente, la sociolingüística histórica ha abierto nuevas posibilidades al conocimiento de la dinámica social y contextual del desarrollo de los procesos históricos del cambio lingüístico. La covariación sistemática de los datos lingüísticos y los factores lingüísticos y sociales, a partir del tratamiento probabilístico de un

paradigma cuantitativo, constituye la pieza clave para una recta comprensión y explicación del proceso general e histórico del cambio lingüístico. La sociolingüística histórica ofrece una alternativa a la lingüística histórica. Es más, hoy cabe hablar de una dialectología y una sociolingüística históricas. La primera se abrió a partir de la combinación de la investigación archivístico-paleográfica con el análisis dialectológico, por obra de R. Menéndez Pidal, aunque el primer paso fue dado por J. Jud. La sociolingüística histórica se ha desarrollado con la reconstrucción de la lengua del pasado dentro del contexto social de una comunidad de habla, a partir de las investigaciones empíricas sobre el cambio lingüístico en curso, criollización y sustitución lingüística.

La fuente última del estudio sistemático de la variación en los textos históricos no es tanto una disciplina sustantiva, como un método de aproximación y selección a los datos empíricos del corpus documental. El principio de heterogeneidad ordenada de la lengua ha sido reconocido por muchos estudiosos, pero para aplicarlo se requiere una teoría lúcida y consecuente que incorpore la variación inherente en la estructura lingüística y un método para descubrir la estructura de esa variación. Aunque ambos (teoría y método) se han desarrollado conscientemente en las pasadas décadas, encontramos unos clarividentes indicios histórico-dialectales en algunas contribuciones de la llamada “Escuela de Madrid” del “Centro de Estudios Históricos”, particularmente en R. Menéndez Pidal y algunos de sus discípulos (T. Navarro Tomás, A. Alonso, D. Alonso, R. Lapesa, M. Alvar, A. M. Badia,...).

Texto III

MORENO CABRERA, Juan Carlos (1997). “Sobre algunos problemas actuales de la lingüística histórico-

comparativa”. *Revista Española de Lingüística*, 27, I (enero-julio: 77-105): 78-79.

Nuestro propósito en este artículo es poner de manifiesto que la lingüística histórico-comparativa es una disciplina totalmente actual que, lejos de estar estancada, presenta todas las características que configuran las diversas corrientes de la ciencia contemporánea del lenguaje. [...]

Lo que se descubrió en el siglo XIX no fue sólo la existencia de una serie de lenguas de la India emparentadas con la mayoría de las lenguas europeas, sino un método científico de análisis lingüístico [el método comparativo] cuya aplicabilidad trasciende con mucho el grupo de lenguas al que en principio se aplicó y cuyo carácter heurístico lo convierte en una de las conquistas fundamentales de la lingüística contemporánea.

Texto IV

MARTÍNEZ MARÍN, Juan (2001). “El español de América en la obra de Amado Alonso” en PASTOR CESTEROS, Susana y Ventura SALAZAR GARCÍA (eds.) *Estudios de Lingüística*. N° 15 (Universidad de Alicante: 1-27): 10-11.

Por otro lado, en este hecho de ideas y métodos de A. Alonso respecto a sus estudios sobre el español de América, hay que destacar otra particularidad: nuestro autor realiza sus trabajos practicando el método que había aprendido en Madrid con Menéndez Pidal, en el que la historia lingüística (en el fondo A, Alonso lo que pretende es explicar la formación del español de América) exige poner en relación la lengua con factores que

influyen en su historia y conformación:

“Mi intento es el de hallar relaciones entre los fenómenos de la lengua y las condiciones históricas, sociales, etc. de las comunidades que las han cumplido, estando siempre sobre aviso de las limitaciones y sin atribuirles más participación que la que la historia, la geografía, la lingüística enseñan; en suma, tomando esas relaciones no como carriles de imposición, sino como hilos probables de urdimbre total” (A. Alonso, *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*).

En otras ocasiones, sin embargo, A. Alonso se pone para explicar los fenómenos en una línea claramente lingüística —de lingüística histórica, diríamos hoy—, cuando, de un lado, fija su punto de mira en los procesos internos de desarrollo de la lengua y, de otro, en el conjunto de la lengua: [...].

Actividades

1. Observar, a modo de ejemplo, la siguiente correspondencia:

español antiguo	francés antiguo	Italiano antiguo	rumano antiguo	
/manozo/	/manóil/	/manókio/	/menúnkiw/	manejo
/már/	/maer/	/mare/	/mare/	mar
/miel/	/miél/	/miéle/	/muere/	miel
/muerte/	/mort/	/mórte/	/mwárte/	muerte

2. Puntualizar cuáles son las ventajas y las limitaciones del método comparativo.

3. Observar ahora cómo la serie /r/ puede aparecer combinándose con /p/:

/prádo/ /praeO/ /práto/ /prát/

4. ¿En qué se diferencian el método comparativo y el método de reconstrucción interna?

5. Averiguar qué palabras suelen componer las listas usadas en los estudios glotocronológicos. ¿A qué campos semánticos corresponden?

Referencias bibliográficas

- HJELMSLEV, Louis (1971). *El lenguaje*. Madrid: Gredos.
HOCKETT, Charles (1971). *Curso de Lingüística Moderna*. Buenos Aires: EUDEBA.
LEHMANN, Winfred (1969). *Introducción a la lingüística histórica*. Madrid: Gredos.

4

Capítulo IV

Los parentescos lingüísticos y la familia indoeuropea

Según Hjelmslev (1971), al describir una lengua se trata, por un lado, de analizar dicha lengua en partes que tengan una función recíproca, es decir como una totalidad aislada, en procura de dar cuenta de las funciones que existen entre sus partes; por otro lado, se incorpora esa lengua en una totalidad mayor, es decir que se la concibe como una parte de un grupo de lenguas. Se da, entonces, el nombre de parentesco lingüístico “a las relaciones entre las lenguas que pertenecen a un mismo grupo lingüístico, o, en otros términos, a las funciones que establecen un grupo lingüístico” (Hjelmslev 1971: 14). Existen dos clases diferentes de parentesco lingüístico: a) el parentesco lingüístico genético (que existe entre lenguas pertenecientes a la misma familia lingüística y que indica su origen común); y b) el parentesco lingüístico tipológico (que existe entre lenguas pertenecientes al mismo tipo lingüístico: no indica origen común sino que se funda en una concordancia estructural condicionada por las posibilidades generales del lenguaje).

En el marco de la primera perspectiva mencionada —el parentesco lingüístico genético—, sabido es que nuestra propia lengua pertenece a la familia del indoeuropeo, así denominada porque comprende lenguas habladas tanto en la India como en Europa.

[...] esta familia es, entre todas las familias lingüísticas, aquella sobre la que más han trabajado los estudiosos; además, es aquella cuyo desarrollo puede seguirse en un período más largo, unos tres mil quinientos años; finalmente, es la que tiene más amplia extensión geográfica: cerca de millar y medio de millones de hombres, aproximadamente la mitad de la población de la tierra, hablan lenguas indoeuropeas. (Hjelmslev: 15)

A través de la ejemplificación, considerando varias lenguas, Hjelmslev realiza una observación que puede generalizarse:

[...] allí donde exista un parentesco genético entre unas lenguas, existe una función elemental entre sus sistemas. La relación considerada se vuelve a encontrar en todas las familias lingüísticas, próximas o lejanas, amplias o limitadas. Cuando se ha podido comprobar un parentesco genético entre las lenguas de los indios de América, se ha hecho siguiendo este mismo método. Cuando, yendo más lejos, se prueba o se trata de probar un parentesco entre el indoeuropeo y otras lenguas, es esta misma función elemental la que se trata de demostrar. Y se emplea asimismo la función elemental para demostrar relaciones más estrechas en el interior de las subfamilias. En efecto, una gran familia lingüística como la familia indoeuropea se descompone en subfamilias, para las cuales se pueden establecer funciones elementales específicas y consignar las fórmulas comunes correspondientes. En otros términos, existen familias lingüísticas en el interior de familias lingüísticas, es decir, grados de parentesco lingüístico. (Hjelmslev: 29)

En los últimos 200 años, los lingüistas han estado

reconstruyendo, cada vez con mayor seguridad, el vocabulario y la sintaxis del protoindoeuropeo. Según Gamkrelidze e Ivanov (1990), el protolenguaje se originó hace más de 6000 años en la parte oriental de Anatolia y algunas de las lenguas hijas debieron de irse diferenciando en el curso de migraciones que las llevaron primero hacia el Este y luego hacia el Oeste.

La reconstrucción de lenguas arcaicas procede, como la biología molecular, procurando encontrar correspondencias gramaticales, sintácticas, léxicas y de pronunciación entre los idiomas conocidos, con miras a reconstruir sus predecesores inmediatos y, en última instancia, la lengua originaria¹.

Ofrecemos a continuación un detalle de las diversas lenguas de la familia indoeuropea.

Familia lingüística indoeuropea		
Grupos modernos	Lenguas antiguas	Lenguas modernas
Indo-iranio	India: sánscrito	Neo-indio, nepalí, bengalí
	Irán: persa antiguo	Persa moderno, kurdo, afgano
Griego	Griego clásico	Griego moderno

¹ Las lenguas vivas permiten la comparación directa de unas con otras; las lenguas muertas que han sobrevivido a través de testimonios escritos pueden, generalmente, ser vocalizadas por inferencia a partir de datos lingüísticos internos; pero las lenguas muertas que nunca fueron escritas sólo pueden reconstruirse mediante comparaciones entre sus descendientes y remontándose hacia el pasado con la atención puesta en las leyes que rigen los cambios fonológicos, dado que los sonidos son más estables, con el transcurso del tiempo, que los significados.

Itálico	Latín	Lenguas románicas: castellano, catalán, gallego- portugués, francés, provenzal, italiano, sardo, rumano, retorrromano.
	Oscó	
	Umbro	
Germánico	Nórdico: antiguo nórdico	Sueco, danés, noruego, islandés
	Occidental insular: anglosajón	Inglés
	Occidental continental: alto alemán, bajo alemán	Alemán, holandés
Eslavo	Eslavo antiguo	Ruso, polaco, búlgaro, checo, eslovaco, esloveno, serbocroata
Báltico	Antiguo báltico	Lituano, letón
Céltico	Gaélico	Irlandés, escocés
	Britónico	Galés, bretón
Anatolio	Hitita	

Armenio. Los armenios aparecen citados ya en el siglo XIII a. C. en fuentes asirias. Florecieron entre los siglos IX y VIII a. C. y decayeron durante los dos siglos siguientes, a causa de las invasiones cimerias y escitas. En el año 114 d. C. Trajano anexó Armenia al Imperio, pero Adriano la abandonó a continuación.

El siglo V d. C. fue la edad de oro de las letras armenias. Su lengua, el armenio clásico, se conservó casi sin alteración hasta el siglo XIX y aún hoy se utiliza en la iglesia de rito armenio. A partir del siglo XIX surgen dos variedades dialectales, una en la Armenia sometida por los zares, otra en Constantinopla. Es una lengua que,

con respecto a otras familias indoeuropeas, ha sufrido profundas alteraciones, debido fundamentalmente a que sustituyó el acento libre indoeuropeo por otro fijo, de gran intensidad, en la penúltima sílaba de cada palabra, lo cual provocó la debilitación y la pérdida de la última.

Celta. Arqueólogos y lingüistas sitúan la patria ancestral de los celtas entre el SE de Alemania, el E de Francia y parte de Suiza. En el momento de su máxima expansión (siglos V-II a.C.), ocupaban Francia, Bélgica, Austria, Hungría, Suiza, N de Italia, gran parte de España, de las Islas Británicas, de Alemania, las Repúblicas Checa y Eslovaca e incluso zonas de Ucrania. El celta continental es mal conocido. Queda documentación del galo, del celtibérico y del lepóntico (N de Italia). El celta insular aparece dividido en dos variedades dialectales, el gaélico (Irlanda) y el britónico (Gran Bretaña).

Los siguientes rasgos sólo se dan juntos en el celta:

1. *p desaparece en posición inicial e intervocálica.
2. l, r vocalizan en li, ri.
3. guh y gh > g, b.
4. o > /a/ y /u/.
5. e > i.
6. Genitivo temático en -od, y en -i.
7. Sonoras aspiradas y sonoras se confunden en sonoras.
8. o/a aparecen diferenciadas.
9. Pasiva en -r.

Frigio. Los frigios, de los que se habla ya en el siglo XII a. C., se asentaron en el Asia Menor, pero proce-

dían con toda seguridad de los Balcanes. En el momento de su mayor apogeo (siglo VIII a. C.) ocuparon casi toda la mitad occidental de Turquía. En el siglo VI pasaron a formar parte del Imperio Persa y después se integraron parte en Pérgamo, parte en Galatia. Se conoce el frigio gracias a unas glosas de fuentes griegas, a los antropónimos y a unas 200 inscripciones:

1. Las sonantes vocalizan en a.
2. Las sonoras aparecen como sordas y las aspiradas como sonoras.
3. Presenta aumento verbal.
4. Diferencia claramente entre aoristo y perfecto.

No se sabe cuándo desapareció, pero a partir del siglo IV d. C. ya no hay inscripciones en esta lengua.

Ligur. El nombre de este pueblo ha perdurado hasta nuestros días en la Liguria italiana. A esta gente perteneció toda la Costa Azul y la Riviera. De su lengua sólo conocemos unas cuantas glosas, parte de ellas consideradas indoeuropeas; topónimos y antropónimos. Tal vez el ligur fue el resultado histórico de uno de los dialectos indoeuropeos de la antigua Europa. Fuese cual fuese su filiación, lo cierto es que los ligures sufrieron una fuerte presión de los celtas y ya en el año 14 a.C. fueron sometidos por Augusto.

Tocario. A finales del siglo XIX se encontraron en el Turkestán oriental diversos manuscritos datables entre los siglos V-X d. C., escritos en diferentes lenguas: chino, mongol, sánscrito y otras dos desconocidas. Los alemanes Sieg y Siegling consiguieron establecer su carácter

indoeuropeo y distinguieron dos dialectos, uno propio de la ciudad de Turfán y otro de la de Kucha. A estos dos dialectos se los ha denominado tocario A y tocario B. El descubrimiento de estas dos lenguas, y posteriormente el del hetita, ha desbaratado la tesis de que las lenguas indoeuropeas occidentales (hasta el E balcánico) son lenguas *centum* y las orientales (desde el E balcánico) *satem*². Y es que tocario y hetita, siendo lenguas asiáticas, son del tipo *centum*. Otras características del tocario:

1. Pasiva en -r.
2. Subjuntivo en -a.
3. Confusión de los tres tipos de consonantes oclusivas indoeuropeas en el tipo sordo.

Ilirio. La Iliria histórica estaba situada a orillas del

² Uno de los criterios para el estudio de las lenguas en Europa fue la división entre las lenguas *centum* y *satem*, en referencia al sonido *k* que caracteriza diferentes lenguas. La palabra ‘cien’ en proto-indoeuropeo *kmtom*, lleva el sonido *k* en latín *centum*, irlandés *cét*, griego *hekatón*, gótico *hund* (de *kunt*), pero cambia a una sibilante (sonido *s*) en indico *sata*, iranio *satem*, lituano *simtas*, etc. De manera que las lenguas indoeuropeas occidentales se caracterizaban por ser *centum* y las orientales por ser *satem*, según el cuadro que sigue:

Grupo occidental (<i>centum</i>)	Grupo oriental (<i>satem</i>)
germánico	báltico
véneto	eslavo
ilirio	albanés
celta	tracio
itálico	frigio
griego	armenio
	iranio
	índico

Pues bien, para asombro de los investigadores las palabras tocarias para ‘cien’ (en tocario A *kānt* y en B *kante*) mostraban inequívocamente ser lenguas *centum*, rompiendo los presupuestos que hasta ese momento se habían contemplado, pues el tocario debería haber sido *satem* y no *centum*.

Adriático en territorios que actualmente corresponden a Croacia, Bosnia y Albania. Por el N se extendía hasta el golfo de Venecia y por el S hasta Macedonia y el Epiro. No se sabe cuándo dejó de hablarse el ilirio. Pero, a juzgar por San Jerónimo, que era ilirio, sobrevivió a la romanización, puesto que se hablaba aún a finales del siglo IV y a principios del V d.C. En el siglo VII los eslavos penetraron en los Balcanes y eslavizaron la antigua Iliria. Debíó de ser entonces cuando se perdió la lengua, aunque si el albanés es descendiente del ilirio, cuestión muy debatida, esas bravas gentes habrían salvado su lengua. El material ilírico garantiza la condición indoeuropea de su lengua, pero no permite una caracterización precisa. Entre los puntos más probables están la aparición de las aspiradas sonoras como sonoras y la confusión de /â/ y /ô/ en /a/ en ambos lados del Adriático. En cambio, no se deja establecer con claridad el carácter *centum/satem*, ya que se encuentran en la Península Balcánica ejemplos en ambos sentidos, si bien el material *centum* pertenece básicamente al conjunto onomástico noroccidental. En mesapio las cosas tampoco están demasiado claras. Recientemente M. M. Radulescu ha intentado incluir el ilirio en un amplio grupo dialectal del que formarían parte el tracio, el báltico, el daco-misio y, en forma menos estrecha, también el germánico y el eslavo. En resumen, hay que descartar del conjunto ilirio al véneto y considerarlo dentro del grupo itálico: presenta a/ô diferenciadas y un tratamiento fricativo sordo de las aspiradas. En cambio, aunque falte material de Iliria, parece verosímil el carácter ilirio del mesapio.

Germánico. Son muchos los estudiosos que coinciden en que los germanos son el resultado de la indoeuropeización del S de Escandinavia y Dinamarca entre el 3000 y el 2500 a. C. Descenderían al centro de Europa, según indican los contactos con las familias celta e itálica, en el II milenio. Las siguientes características son comunes en las lenguas germánicas:

1. Transformación del acento indoeuropeo libre en otro fuertemente intensivo en sílaba inicial: *fáder (*pater* -gr.-, *pita*,-scr.-).
2. Las consonantes oclusivas sufren en germánico un rotacismo exclusivo, que sólo encuentra paralelos en armenio y pelásgico.
3. Desarrollo de /u/ ante todas las sonantes.
4. Creación de una declinación débil para el adjetivo.
5. Creación de un pretérito débil frente a otro, heredado, fuerte.

Piteas (siglo IV a. C.) proporciona la primera noticia sobre la tribu de los teutones. Más tarde, Julio César y Tácito hablan de los germanos; y en el siglo VI d. C. Jordanes escribe una historia de los godos y Gregorio de Tours otra de los francos. El primer documento escrito de una lengua germánica es una inscripción en alfabeto etrusco, tal vez del siglo III a. C.; a partir del siglo II d. C. aparecen escritos en Escandinavia; y la Biblia de los godos data de dos siglos más tarde. A Schleicher pertenece la clasificación tradicional, aunque no la primera, de las lenguas germánicas:

I. Germánico nórdico: conservamos unas 150 inscripciones datables entre los siglos II d. C. y IX en la len-

gua que se suele denominar antiguo nórdico rúnico (por su alfabeto de origen desconocido: runa = “misterio”), protonórdico o protoescandinavo. En la época de los vikingos (800-1050) se produjeron numerosas innovaciones que dieron lugar a la lengua que ellos mismos llamaron dansk tunga (“danés”) y nosotros antiguo nórdico, nórdico común o escandinavo común. Conservamos unas 4000 inscripciones. El primer manuscrito islandés antiguo data del 1150. El noruego sería actualmente una variante dialectal del danés.

II. Germánico oriental: la lengua antigua que mejor conocemos de este grupo (de las otras tribus sólo conocemos algunos nombres) es el gótico: nombres propios, glosas, textos epigráficos, préstamos a las lenguas románicas (albergar, arrear, banda, yelmo, espuela, etc.) y textos religiosos, entre los que destaca la Biblia traducida por Ulfilas (nació en el año 311). De esta lengua sobrevive un pequeño léxico del siglo XVI o XVII (gótico de Crimea).

III. Germánico occidental: comprende las lenguas más habladas de la actualidad. Incluye todas las variedades de las poblaciones emigradas de Dinamarca y Escandinavia. Tácito los dividía en Ingaevones (Mar del Norte), Istaevones (Rin-Wesser) y Herminones (Elba).

A. A los Ingaevones pertenecen las tribus de frisones, anglos, sajones y jutos. En frisón hay testimonios desde el siglo XIII y actualmente es lengua reconocida en Holanda. En sajón antiguo conservamos escritos a partir del siglo IX: su máximo exponente literario es el *Poema de Heliand*. Los anglos emigraron en masa desde el curso medio del Elba a las Islas Británicas en el siglo

V. De su lengua no ha quedado ningún resto en el continente, como tampoco de la de los jutos. Pero la lengua de los germanos emigrados a Inglaterra, inglés antiguo, presenta testimonios escritos ya en el siglo VII: la forma más común es el sajón, aunque de los anglos heredamos obras literarias tan importantes como el *Poema de Beowulf*. Con la conquista normanda se abrió una etapa de influencia francesa en los dialectos de Inglaterra, a la que se suman las huellas del latín, como lengua de la Iglesia y de la cultura, y las del danés. Hacia los siglos XIV-XV comenzó a cristalizar sobre ese complejo de sustratos e influencias lo que hoy conocemos como inglés.

B. Todos los dialectos de los herminones fueron absorbidos por poblaciones romanizadas o por otras tribus germánicas.

C. Tras la caída del Imperio Romano se creó bajo los Carolingios y los Merovingios una entidad que englobó a todos los germanos asentados en el continente: francos, alamanes, bávaros, turingios y sajones. De sus interferencias lingüísticas surgió un conjunto que dio lugar a dos variedades dialectales:

a) el alto alemán (Sur) al que afecta la segunda rotación consonántica. Existe documentación escrita desde el siglo VIII a. C., sobre todo de tipo religiosa. A esta tradición lingüística pertenece el alemán actual; y b) el bajo alemán (Norte): ha dado lugar al holandés, que en Bélgica se denomina flamenco. Sus primeros documentos son del siglo XII. La interacción de todas estas variedades de germánico ha propiciado que el sajón se haya convertido en esta zona en un dialecto más de tipo bajo alemán, hablado aún hoy en su región: Plattdeutsch.

Griego. Los griegos se consideraban a sí mismos divididos en tres estirpes: jonios, eolios y dorios. Ahora bien, los helenistas han señalado a partir de los años 50 que las diferencias entre los dialectos del griego antiguo (jónico-ático, dórico, eolio, arcadio-chipriota y panfilio) se han constituido en su mayor parte en épocas posteriores a la caída de Micenas. Los estudiosos han señalado cuatro sustratos prehelénicos que, si bien no se pueden argumentar sólidamente, sí dan idea de la multiplicidad de estratos y de que al menos uno de ellos es indoeuropeo: éstos son el anatolio, el pelásgico, el pelástico y el griego psi. Los rasgos dialectales del griego son más cercanos al indo-iranio, frigio y armenio que a las demás lenguas de Europa. Es difícil saber cuándo entraron “los griegos” en Grecia, pero entre el año 1900 y el 1600 se hablaba ya en la Hélade una lengua griega en el sentido estricto, con las características que son específicas y comunes a todos los dialectos griegos:

1. Resultado e, a, o de las tres laringales intervocálicas.
2. Aspiración de *i- inicial.
3. Labial + i > pt.
4. Dativo plural en -si.
5. Perfecto en -k, pasiva en -the.

En época micénica (1400) puede hablarse ya de dos dialectos griegos: a) el meridional (ti > si) y b) el septentrional (mantenimiento de ti). Conocemos la lengua de Micenas por un buen número de tablillas de arcilla escritas en Lineal B. Con el predominio cultural de Atenas y el posterior Helenismo, sobrevino un proceso de unificación lingüística

que dio lugar a la *koiné*, basada en el ático, que evolucionó hasta el griego medieval, la base del griego moderno.

Indo-iranio. Los indo-iranios parecen estar extendidos ya en el II milenio a. C. por el Oriente Medio en forma de restringidas castas militares que con la nueva técnica del carro de combate consigue dominar a otras poblaciones y ponerse al frente de varios imperios. A partir del milenio I los indo-iranios aparecen escindidos en dos ramas y establecidos en un *continuum* que abarca desde el Irán hasta la India, pasando por Afganistán y Pakistán. A partir de ese momento han de tratarse por separado. Señalaremos aquí las afinidades más notables entre los dos grupos lingüísticos:

1. Ambas son lenguas *satem* y de tipo /a/, con la peculiaridad de que sólo este grupo confunde /e/ con /a/.
2. Resultado /i/ de las laringales en función vocálica.

Además el grupo indio es el único que conserva las antiguas sonoras aspiradas indoeuropeas. En iranio, como en la mayoría de las lenguas, se transforman en sonoras.

Grupo indio. En conjunto se suele dividir la lengua india en tres grupos lingüísticos o estadios:

1. Indio antiguo: comprende el védico y el sánscrito. El primer documento específicamente indio es el libro sagrado de los Vedas, cuatro colecciones de himnos religiosos: Rig-veda, Sama-veda, Yajur-veda y Atharva-veda. Aunque fueron escritos mucho más tarde, su creación se remonta al milenio II. Los libros Vedas reflejan la

etapa en que los indios conquistaron el NO de la India (Penjab). La lengua védica, si bien se conservó en el contexto religioso, evolucionó y dio lugar a otra lengua, la cual, a su vez, nos ha legado una nueva variante literaria, el sánscrito (samskrta: “refinado, perfecto”), que hacia el siglo V a. C. era ya una lengua clásica con reglas rígidas establecidas. Destacan en esta lengua dos obras épicas, el *Mahabharata* (“Gran poema de los bharatas”) y el *Ramayana* (“Poema de Rama”).

2. Indio medio: en el siglo III a. C. aparecen unas inscripciones en Asoka que muestran un estadio lingüístico evolucionado. Pertenece a esta época el pali, lengua de los budistas de Ceilán, en que está redactado el Tipitaka. De esta época es también el prácrito literario, que varía según las regiones.

3. Indio nuevo: pertenecen a este estadio las lenguas habladas actualmente en la India, muy numerosas y muy diferentes entre sí según las zonas. Sus textos más antiguos pertenecen al dialecto bengalí (siglo VIII). Algunas de sus variedades más importantes son el penjadí, el hindi y el propio bengalí.

Grupo iranio. Encontramos asentamientos iranos en el primer milenio desde Mesopotamia hasta el valle del Indo. Más tarde, tras un período de cohesión entre las tribus iránias promovida por los medos, sobrevino la hegemonía persa, que llegó a su máximo esplendor con la dinastía Aqueménida. Hay muchas razones para pensar que los cimmericos mencionados en la Odisea eran indo-iranios, como también los escitas del siglo VIII a. C. (tal vez occidentales) y los sakkas (orientales). Tam-

bién se suelen dividir las lenguas iránias en tres grupos o estadios:

1. Iranio antiguo: el dominio escita de las estepas se prolongó durante siglos y llegó a su fin por obra de los sármatas, cuyo carácter indo-iranio no ofrece dudas. Actualmente hay en las estepas dos conjuntos lingüísticos de filiación irania: el oseta, en la vertiente norte del Cáucaso, y el caspiano, a orillas del mar Caspio. Del oseta, aparte de la épica popular anterior, no existió lengua literaria hasta el siglo XIX, gracias al poeta Kosta Khetagurov. Se conoce bien la lengua de los iraníes del sur del Cáucaso y del dialecto de los medos conocemos nombres de reyes, topónimos y varias glosas. Pero las lenguas más importantes para la lingüística histórico-comparativa son el avéstico y el persa antiguo. En avéstico está escrito el *Avesta*, libro sagrado del mazdeísmo, fijado por escrito en torno al siglo III d. C. En la primera parte del libro, los *Gathas*, redactado en un dialecto iranio oriental, Zaratustra desarrolla una idea más elevada de la divinidad. El persa antiguo es la lengua oficial de la Dinastía Aqueménida durante el Imperio Persa.

2. Iranio medio: con este nombre se designan los dialectos iraníes hablados a partir del siglo III. Existen dos variantes, una occidental, constituida por el arsácida, lengua oficial de los partos hasta el 226 a. C., y por el sasánida o lengua oficial de los Sasánidas, hablada hasta el 650. De la variante oriental se encontraron textos en el Turkestan oriental en varios dialectos: sogdiano, cotanés y coresmio.

3. Iranio moderno: los diferentes dialectos siguieron evolucionando hasta generar este estadio lingüísti-

co en el siglo X. Una obra literaria fundamental de esta época es el *Libro de los reyes*, obra de Firdausi, que vivió en torno al 1000 d. C. En la actualidad se siguen hablando numerosas variedades dialectales, entre las que destacaremos el persa (Irán), el kurdo (Siria, Turquía, Irán, Irak), los dialectos de Pamir (NO de Afganistán), el oseta y el caspiano (N del Cáucaso).

Grupo osco-umbro. El osco. El nombre de esta lengua se corresponde con un pueblo de la Campania, pero las inscripciones en esta lengua se extienden al S e incluso hasta el NE de Sicilia. Aparecen también en el Samnium, en el N de Apulia y en el territorio de los fren-tanos. Parece proceder de Italia central y haberse difun-dido con los samnitas a otras regiones. Hay inscripciones desde el siglo V a. C., y las paredes de Pompeya contie-nen las más recientes. Roma vio representar en osco las *fabulae Atellanae*. A juzgar por las huellas impresas en dialectos locales de la actualidad, el osco fue una lengua viva durante mucho tiempo. Al osco se vinculan los dia-lectos marrucino, peligno y sabino.

El umbro. Se habló en la zona de Umbría, en la ribera oriental del Tíber, limitando al S con el país de los sabinos. De las nueve *Tabulae Iguvinae* encontradas en el siglo XV, se conservan siete (dos se perdieron en el siglo XVI). Las más antiguas son del siglo V a. C. y las más recientes del siglo I. Es una lengua muy cercana al osco, pero presenta diferencias como:

1. Pérdida de -d final en el ablativo.
2. -s- intervocálica pasa a -r-.

3. -ns > -f y -d- > -r-.
4. Monoptongación de diptongos.

El masco y el volsco son dialectos emparentados con el umbro.

Véneto. Es la lengua de unas trescientas inscripciones halladas en el Véneto, datables en los últimos cinco siglos a. C. En los años 40, H. Krahe, que inicialmente había defendido su carácter ilirio, pasó a considerar el grupo como independiente, aunque presentaba vinculaciones dialectales con el germánico, el itálico y el ilirio. El último gran especialista y editor de los textos vénetos, A. L. Prosdocimi, se inclina por su filiación itálica y su vinculación con el latín, para lo que aduce los siguientes argumentos:

1. El véneto trata las antiguas aspiradas indoeuropeas de forma similar al latín: *bh, *dh > f/b.
2. Pasiva en -r.
3. l, r > ol, ur.
4. Dativo plural en -bos, genitivo singular temático en -i.

Pero, como en el caso de las restantes lenguas itálicas, se sigue discutiendo si son más antiguas las coincidencias o las discrepancias.

Latín. El latín, en su origen, no fue más que la lengua de una modestísima ciudad fundada en la ribera izquierda del Tíber. Con el paso de los siglos, sin embargo, serían decenas las lenguas erradicadas por el latín y cientos los pueblos que la adoptarían como lengua propia. Los testimonios más antiguos del latín podrían

remontarse al siglo VI a. C. Descartada como falsificación la fíbula de Preneste, tres pueden ser los documentos más vetustos: la inscripción de Duenos, el *lapis niger* y el *lapis satricanum*.

Tracio. Sólo se conserva una inscripción en tracio en un anillo de oro, que data del siglo V a. C., cuya lectura es dudosa. También hay algunos nombres de lugar y persona. Desapareció hacia el siglo IV d. C. pero esto también es dudoso.

Albanés. El albanés ha sido tradicionalmente una lengua incluida en el grupo ilirio, si bien la escasez documental de éste y la tardía aparición de los primeros documentos de aquél impiden encontrar argumentos a favor o en contra de un parentesco. Y es que el nombre de “albanés” no aparece mencionado hasta el siglo XI d. C. (en fuentes bizantinas) y sus primeros documentos escritos datan del siglo XV. Como alternativas se han planteado su adscripción al grupo tracio o al daco-misio. Tal como se nos presenta, el albanés es una lengua *satem* por el tratamiento de la velar sorda ($K > s/tb$) y de la labiovelar ($*kw > K$). Pero estos cambios fonéticos pueden haberse producido, como ha sucedido en otras lenguas, en época reciente, tal vez en la Edad Media.

En consecuencia prevalece actualmente la opinión de que el albanés es miembro único de un nuevo grupo. La historia de Albania es también muy reciente, ya que se ha constituido como estado tras la Primera Guerra Mundial. El río Skumbi marca la frontera entre los dos dialectos hablados hoy: el gego, al N, lengua oficial hasta

la Segunda Guerra Mundial, y el tosco, al S, oficial en nuestros días. El albanés se ha escrito sucesivamente en varios alfabetos, hasta que en 1909 se adoptó definitivamente el latino.

Anatolio. El hitita es, con mucho, la lengua indoeuropea con un testimonio documental más antiguo. El descubrimiento de las lenguas anatólicas ha causado una verdadera revolución en la ciencia indoeuropea, que hasta entonces seguía tendencias greco-sanscritistas. Por esta razón, merece la pena conocer mínimamente cómo se rescató la memoria de tan importante familia lingüística.

1. En 1834 Ch. Texier encuentra en Turquía, cerca de Bogazkoy, las ruinas de una antiquísima ciudad.

2. A partir de 1870 se multiplican los hallazgos de escritos jeroglíficos similares al que en 1813 descubriera Burckhardt inscrito en una piedra.

3. En 1880 A. Sayce insinúa que los *hittim* mencionados en la Biblia habían sido dueños de un imperio asentado en la zona, con centro en el norte de Siria. Poco después, las cartas entre el rey de Arzawa y Amenotep II confirman la existencia de este imperio en el siglo XIV a. C., pero con sede central en Turquía.

4. En 1906 el noruego J. A. Knudtzon sugiere que la lengua de este pueblo contiene elementos indoeuropeos. El alemán H. Winckler excava por este mismo tiempo las ruinas de Bogazkoy y descubre unos impresionantes archivos reales que confirman *in situ* su condición de capital hitita. El propio Winckler, a pesar de ser orientalista, descubre en los textos, la mayoría arcillas escritas en cuneiforme, nombres indoeuropeos.

5. En 1915 el arqueólogo checo Bedrich Hrozný, después de descifrar el hitita en cuneiforme de Capadocia, se halla en condiciones de afirmar que la lengua del pueblo que la Biblia llama *hittim* (cast. *Heteos*, ing. *Hittites*) y que floreció como imperio en el siglo XIV a. C. en el Asia Menor, es una lengua indoeuropea.

Los archivos reales de Bogazkoy proporcionaron textos en otras lenguas, una de ellas de origen desconocido, el *hati*, mencionada con el adverbio *hatili*; y dos más, *luvita* y *palaíta*, claramente indoeuropeas. Los hititas designaban con el adverbio *nesili* su propia lengua. Hitita, *luvita* y *palaíta*, estrechamente relacionadas entre sí, constituyen la familia anatolia.

El *palaíta*, hablado en Paflagonia (hoy Kisil Irmak), es la más arcaica de las tres lenguas y presenta más sustrato *hatita* que el hitita y el *luvita*, si bien carece de las influencias *hurritas* que tanto abundan en el hitita.

El *luvita* era la lengua de Arzawa, en el SO de Asia Menor.

El hitita se usaba principalmente en Capadocia, cerca de Hattusas (Khattusas), la capital del Imperio. Actualmente se considera razonable que, hacia el 2.300 a. C., los indoeuropeos anatolios debían ocupar ya la zona. No se sabe con seguridad su procedencia, tal vez del O del mar Negro; pero sí que su entrada no fue destructiva, sino gradual. Algunas tablillas de Bogazkoy son anteriores al siglo XVII, aunque algunos textos subsisten en copias de los siglos XIV y XIII. Uno de ellos habla de dos reyes semilegendarios de Kussara, Pitjanas y Anittas, que conquistaron gran número de ciudades, incluida Nesa (de donde viene *nesili*), primitiva capital, y Hattu-

sas, destruida por Anittas y que más tarde se convertiría en la capital del Imperio.

Pero, en torno al 1200, Asia sufrió la acometida de los pueblos de mar. Se menciona un personaje de esta época, Mitas de Pahhuvá. Hacia el 1180 los frigios invadieron Anatolia e incendiaron Hattusas. Mientras los frigios reindoeuropeizaban Capadocia, el territorio nuclear de Hatti quedaba sumido en las más profundas tinieblas.

Las regiones orientales del Imperio, en cambio, no sufrieron una sacudida tan violenta, por lo que pudieron conservar su identidad étnica y lingüística. Surgen nuevas ciudades-estado de las que proceden las inscripciones jeroglíficas luvitas.

Los pueblos de mar tampoco repercutieron en la región de Arzawa hasta el punto de erradicar las lenguas anatólicas. Se encuentran aquí inscripciones en licio, lengua de filiación claramente anatólica, más emparentada, eso sí, con el luvita que con el hitita. Licia aparece en *la Ilíada* como aliada de Troya. Ahora bien, las inscripciones conservadas, unas 150, datan de los siglos V y IV a. C. El francés E. Laroche demostró que el licio es la forma que adoptó en el primer milenio el luvita o un dialecto luvita. Es posible que existieran dos dialectos licios: el licio propiamente dicho, al que pertenecen la mayoría de las inscripciones, y el llamado a veces milio, del que sólo han llegado un par de inscripciones.

Algo más al Norte se encontraba la región de Lidia. Homero sitúa en aquella región al pueblo de los méones. Cuando las crónicas asirias proporcionan la primera mención histórica de este pueblo y de su rey Giges,

insinúan que se trataba de inmigrantes. El reino de Lidia surgió en el siglo VII a. C. en medio de los trastornos causados por la invasión de cimnerios y escitas. Mínermo cita a los lidios cuando hace referencia a la toma de su Colofón natal por Gíges, acontecida en el año 630. El monarca lidio más conocido es Creso, que conquistó Éfeso a mediados del siglo VI. Pero el reino de los inventores de la moneda (según la tradición griega) fue destruido y anexionado a Persia hacia el 540 a. C.

El nombre de lidios tiene etimología indoeuropea: < *leudh-, que significa “libre” (gr. *eleutherós*, lat. *liber*). Del lidio han llegado hasta nuestros días medio centenar de inscripciones datables en los siglos V-IV. En los años 30, P. Meriggi identificó en éstas una lengua indoeuropea del tipo anatolio. Más tarde A. Kammenhuber y O. Carruba la consideraron vinculada con el hitita. Ahora bien, su parentesco dialectal es menos estrecho que el del licio con el luvita y, si se admite, ha de ser con la condición de suponer influencias luvitas. Sufrió también, al parecer, influencias de otras lenguas indoeuropeas de la zona, como el frigio, el griego y el iranio.

En la región costera al norte de Licia se halla el territorio que en la antigüedad recibía el nombre de Caria. Del cario poseemos un centenar y medio de inscripciones descubiertas parte en Caria, parte en Egipto, generalmente muy breves y muchas de ellas en pésimo estado de conservación. V. Shevoroshkin encontró argumentos para considerarla lengua indoeuropea del grupo anatolio (heteroclisia r/n; acusativo en -n; ablativo en -oz).

Hacia el año 500 a.C. se seguían hablando lenguas anatólicas en Asia Menor, pero los avatares posteriores (los

persas, Alejandro Magno, los romanos) determinaron su desaparición. Se extinguieron, no sabemos cuándo, sin dejar documentación posterior y ninguna de ellas ha sobrevivido en tiempos modernos.

Macedonio y peonio. Los peonios habitaron la cuenca del río Axio, actual Vardar, en una región repartida hoy entre Macedonia, Grecia y Bulgaria. De su lengua sólo han quedado nombres como Pontos, ‘río’ < **ponktos*, ‘pantano’; *stobi*, ‘ciudad’, etc. En la medida en que tan exiguo material permite establecerlo, el peonio se diferencia del tracio y del ilirio en los siguientes aspectos:

1. Presenta a/o diferenciadas.
2. No existen indicios de palatalización *satem*.

Macedonia se encontraba al norte de Tesalia, separando la Hélade de Tracia. Entre las pocas palabras genuinamente macedónicas que se conservan, hay algunas con tratamientos fonéticos muy diferentes a los de la lengua griega:

1. *dh > d: *áde*, ‘cielo’, frente a griego *aíther*.
2. r final desaparece tras vocal larga.
3. s intervocálica probablemente > z: *áliza* es un nombre de árbol.
4. *a frente a griego /o/: *abroûwes/ophrýes*, ‘cejas’.

Todos estos fenómenos están atestiguados por una sola glosa. La impresión general es que se trata de una lengua diferente del griego, pero en qué grado lo sea es una cuestión aún sin respuesta.

Dacio. La antigua región de Dacia se encontraba

en la ribera norte del Danubio, delimitada al N y al NE por los Cárpatos orientales. Estaba separada de Tracia por la región de Moesia. Aún resulta hoy un enigma el hecho de que la moderna Rumania hable una lengua latina tras un período de ocupación romana tan breve. No se sabe qué fue de su lengua. El estudio onomástico y toponímico de la zona ha ayudado a perfilar dos áreas lingüísticas diferentes, la tracia y la dacia o daco-misia.

Dos interesantes topónimos son:

1. Cárpatos: procedente de *korpa, ‘peña’, ‘risco’ (albanés: *karpë*).
2. Odessa: *udesios, de la raíz *ud-/ued-, ‘agua’ (griego *hýdor*).

La toponimia propiamente dacia utiliza el elemento -dava < *dheua, de la raíz *dhe, ‘poner’, ‘colocar’ (griego *títhemi*).

El dacio se diferencia del tracio:

1. Por la alteración de *e larga en /ae/, transcrita como a, ia, que luego evoluciona a /i/.
2. En el paso de *u a /o/.
3. Para otros el tracio tiene una rotación consonántica inexistente en dacio.

Una y otra son lenguas /a/ y presentan como sonoras las antiguas aspiradas sonoras. La desinencia del genitivo singular temático resulta ser la del antiguo ablativo en *-od, igual que en balto, eslavo y celtibérico. Con todo, si el dacio o daco-misio es un grupo indoeuropeo independiente o no es una cuestión por resolver.

Eslavo. Jordanes, en el siglo VI, es el primero en mencionar a los “eslavos” con su nombre. Las hipótesis so-

bre su patria originaria se pueden resumir en la sudoriental (Polonia-Bielorrusia) y la occidental (Alemania-Polonia). Udolph ha propuesto más recientemente un área situada entre Ucrania occidental y Polonia meridional.

Los primeros documentos del eslavo datan del siglo IX, momento en que todos los eslavos hablaban sustancialmente la misma lengua. Los hermanos Cirilo y Metodio tradujeron entonces la Biblia, para lo cual tuvieron que crear un alfabeto (glagolítico). Las presiones germánicas determinaron que los eslavos occidentales asumiesen la liturgia latina y con ella el alfabeto latino, mientras que los orientales, bien acogidos en Bulgaria ellos y la liturgia ortodoxa, pudieron perfeccionar la escritura de sus maestros, hoy llamada cirílica en honor a Cirilo. El eslavo común, llamado antiguo búlgaro o antiguo eslavo eclesiástico, servía como lengua litúrgica para todos los eslavos, con un grado de homogeneidad sin parangón en otras familias. Entre los rasgos que caracterizan a esta lengua frente a las demás destacan:

1. Un sistema original de expresión del aspecto verbal. Cada acción dispone en eslavo de dos verbos completos, uno expresado con aspecto durativo y otro puntual.
2. Reorganización de los temas nominales: a, i para el femenino, o, u para el masculino.
3. El eslavo es lengua *satem* y también /a/, con una tardía y original diferenciación a/o.

En los siglos siguientes se produjo una diversificación, pero en realidad no hay fronteras entre los dialectos, sino transiciones graduales que configuran un verdadero *continuum*. Se perfilan tres conjuntos dialectales:

1. Grupo meridional: búlgaro (Bulgaria, pero se

extiende hasta Besarabia y Ucrania), macedonio (Macedonia), servo-cróata (mayoría de las repúblicas de la antigua Yugoslavia), esloveno (Eslovenia).

2. Grupo oriental: o grupo ruso, con tres variedades: gran ruso (Rusia), pequeño ruso o rutenio, llamado hoy ucraniano (Ucrania) y ruso blanco o bielorruso (Bielorrusia).

3. Grupo occidental: polaco (Polonia), checo (República checa), eslovaco (República eslovaca) y los dialectos lekhitas: alto y bajo sorabo (Lusacia), polabo (desaparecido en el siglo XVIII) y pomerano, del que sobreviven dos variedades amenazadas de extinción: eslovenio y kachubo.

Lenguas bálticas. Los baltos constituyen la stirpe indoeuropea que más tarde ha entrado en la historia (siglos XII-XIII). Baltos es un nombre propuesto por F. Nesselmann en 1845 sobre la base del emplazamiento contemporáneo de estas lenguas. Aun así, no todos los países de la ribera del Báltico hablan lenguas de este grupo. El carácter naturalista de la religión de los baltos da idea de un estadio muy antiguo que llega a nuestro conocimiento como una preciosísima reliquia del pasado. Presionados por la Orden Teutónica de E a O, los baltos tuvieron que organizarse en un estado poderoso. Eso no impidió que toda Prusia fuese conquistada en el siglo XIII, pero fue el límite del avance teutónico por el E. El mayor esplendor de Lituania coincidió con los miembros de la dinastía de los Gediminas, Algirdas y Vytautas. Pero, a partir de 1503, Lituania comenzó a perder terreno ante Rusia, hasta su completa anexión

en el siglo XVIII. Tras una efímera independencia entre las dos Guerras Mundiales, los Países Bálticos fueron anexionados a la URSS en 1940. Actualmente son dos estados: Letonia y Lituania.

Probablemente el báltico común no fue nunca una lengua tan homogénea como el eslavo, aunque el grueso de las diferencias dialectales debió de producirse bastante tarde. Se puede establecer como fundamento lingüístico una primera división entre Báltico oriental (prusianos y suduvios) y Báltico occidental (curonios, semigalios, selonios, lituanos y latgalios), éste con probables influencias célticas y germanas, aquél con posibles elementos indo-iranios (escitas y sármatas). El contacto con los eslavos fue común. Sólo sobreviven las lenguas de los lituanos y de los latgalios: lituano y letón. Nos queda aparte el testimonio escrito del antiguo prusiano, muy diferenciado del lituano.

1. Antiguo prusiano: se conservan dos vocabularios (siglos XIV y XVI) y tres catecismos de entre 1545 y 1561.

2. Lituano: sus documentos más antiguos (1515) son las traducciones desde el polaco de un *Padrenuestro* y un *Avemaría*. La lengua lituana aparece desde un principio dividida en dos dialectos fundamentales: el bajo lituano o zemaítico y el alto lituano o akstaítico, la lengua de su poeta nacional del siglo XVIII, K. Donelaitis. Como los lituanos no han sufrido oleadas de invasiones, su lengua ha evolucionado lentamente, sin sacudidas. Por eso, el lituano moderno es comparable en arcaísmo al hitita, al sánscrito o al griego.

3. Letón: es considerablemente más innovador. Su

primer texto es el *Catechismus Catholicorum*, de 1585. El poeta J. Alunan marca el comienzo de la literatura moderna a mediados del siglo XIX.

Las lenguas bálticas serían *satem* y de tipo /a/, con resultado sonoro de las antiguas aspiradas sonoras indoeuropeas.

Antología de textos

Texto I

BENVENISTE, Émile (1983). *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid: Taurus: 7.

El indoeuropeo se define como una familia de lenguas salidas de una lengua común y que se han diferenciado por separación gradual. Es, por tanto, un acontecimiento global e inmenso lo que captamos en su conjunto, dado que se descompone a lo largo de los siglos en una serie de historias distintas, cada una de las cuales es la historia de una lengua particular.

Mientras las fases de estas migraciones e implantaciones sigan siéndonos desconocidas, el milagro estriba en que podemos designar con total seguridad a los pueblos que formaron parte de la comunidad inicial y reconocerlos, con exclusión de todos los demás, como indoeuropeos. La razón de ello es la lengua, y sólo la lengua. La noción de indoeuropeo vale ante todo como noción lingüística, y si podemos ampliarla a otros aspectos de la cultura, será también a partir de la lengua. El concepto de parentesco genético no tiene en ningún otro dominio lingüístico un sentido tan preciso ni una justificación tan clara. En el indoeuropeo encontramos el modelo mismo de las relaciones de correspondencia que delimi-

tan una familia de lenguas y permiten reconstruir sus estados anteriores hasta la unidad primera.

Texto II

MARCOS MARÍN, FRANCISCO (1999). “Comunicación y biolingüística. Claves biológicas y arqueológicas de las lenguas”. *Revista Telos*. N° 33. Madrid: Fundesco. Consultado en su versión *on-line*: http://www.campusred.net/telos/anteriores/num_033/cuaderno_central.html

Un nuevo campo interdisciplinar se abre al futuro: la biolingüística. La vinculación de la arqueología con la lingüística y la genética abre perspectivas fantásticas. Nos caracterizamos como seres humanos porque podemos hablar lenguas naturales, conocemos el mundo a través de la lengua, que es más que un instrumento de comunicación: es un medio de organización de la experiencia. Puede ser una facultad innata específica o puede que sea consecuencia de un desarrollo social. Nos sentimos capacitados para opinar sobre ella por el mero hecho de hablarla y solemos ser impermeables a las opiniones de los técnicos. Cada hombre se siente dueño de su propia lengua, sin pararse a pensar que, como objeto, el idioma es un complejo tema de estudio, tanto considerado internamente, como las reglas y los elementos básicos que conforman su estructura y actividad, como considerado externamente, como un mecanismo que se presenta ante nosotros listo para el desguace y el examen.

En el conocimiento del hombre y en el de las lenguas hemos avanzado notablemente, si nos comparamos con el camino recorrido en los siglos anteriores. Si pensamos, en cambio, en los abismos de ignorancia que se abren ante nosotros y que la soberbia de las escuelas

lingüísticas no logra ocultar, estamos tan sólo a la puerta de una investigación fascinante; porque nada subyuga más al hombre que el conocimiento de sí mismo. Por eso todas las culturas tienen variantes de lo que expresamos en la bella lengua de Terencio: *homo sum et nihil humanum a me alienum puto* (“como soy hombre, nada humano me parece extraño a mí”).

El sendero que ponemos ahora ante el viajero no es el acostumbrado, aunque tampoco es del todo nuevo. Viene de los griegos la tradicional relación entre lenguaje y lógica, o filosofía y lenguaje. También tiene solera la relación entre las lenguas y la medicina (y no me refiero ahora al examen de este órgano para estudiar manifestaciones de trastornos del aparato digestivo, sino al más moderno de los trastornos del lenguaje). Viejas son las relaciones de historia y lingüística y algo menos las de ésta con la psicología, revolucionarias en los últimos años, de la mano de la semántica conceptual.

Tres ciencias pondremos en relación con la lingüística; pero no del mismo modo ni con igual valor jerárquico: antropología, arqueología, biología. La primera, realmente, sería una rama de la tercera, así que muy bien podríamos decir que vamos a ocuparnos del estudio de las lenguas desde el punto de vista del hombre como ser vivo, en la cadena animal, por un lado y del hombre como ser cultural, a través de los restos suyos de épocas remotas, anteriores a la escritura, por otro. El nombre de biolingüística nos parece breve y compendioso; pero no hace falta ir a Shakespeare para saber que, en el fondo, no hay en un nombre nada que no ponga el hombre que nombra.

[...] ¿A dónde nos conduce lo anterior [relativo a la teoría de la evolución genética], desde un planteamiento que arranca de la lingüística? Simplemente a hacernos ver que la biología puede ayudarnos a establecer la estructura de la célula que explica el cambio; pero no

está hoy todavía en condiciones de explicarnos el cambio mismo. No obstante, metodológicamente va más allá: nos muestra que hay tres tipos de explicaciones disponibles y señala su posible valor relativo.

Antropología biológica

El engarce entre el punto anterior y los dos siguientes corresponde a la antropología biológica: en un momento determinado y como consecuencia de una evolución, aparece la especie humana sobre la tierra. Como hemos visto, estudiando las alteraciones del genoma, leyendo el código comunicativo interior de la célula, podemos reconstruir con seguridad las alteraciones del código genético, dentro de márgenes amplios para la historia humana, que se mide por siglos, mínimos para la historia biológica, que se mide por milenios. El resultado parece llevar a una solución monogenética: en un momento determinado existió una pareja de la que descendemos los humanos. Nótese que no se discute la existencia de otras parejas y quizá lo más exacto fuera decir que existió una hembra, porque de otras parejas no hay descendencia conocida, luego son improbables. Al contrario de lo que podría pensarse, esta solución no simplifica las cosas. Las preguntas sobre la diversificación racial, el carácter innato o adquirido del lenguaje, la relación entre dispersión genética y dispersión lingüística siguen estando ahí. Podemos fechar el género *homo* hace dos millones de años; pero eso no nos resuelve el problema de cuándo empezó a hablar el hombre. La cadena evolutiva pasa del *homo habilis*, que fabrica instrumentos elementales, al *homo erectus*, hace entre un millón y medio y un millón setecientos cincuenta mil años, que ya camina erguido o puede hacerlo si quiere, al *homo sapiens* del Pleistoceno Superior, hace medio millón de años, que desemboca en el hombre de Neanderthal, en quien ya se manifiesta un compor-

tamiento inequívocamente humano, como el entierro de los muertos y las ofrendas fúnebres, que tenía un cerebro que le permitía, teóricamente, hablar, pero que no sabemos si hablaba, para llegar hace unos cuarenta y cinco mil años, al *homo sapiens sapiens*, contemporáneo del final de Neanderthal, al que acabó desplazando y que es nuestro antepasado inmediato, del que ya podemos suponer que hablaba y empezar a hacernos otras preguntas.

Del *homo erectus* conocemos ejemplares desde África Oriental a Marruecos, Pequín o Java; la dispersión se produce, pues, en ese período, a menos que supongamos que sólo una mutación de *homo erectus* dio lugar al *homo sapiens* y el resto continuó vagando hasta su desaparición. Los restos fósiles, la ayuda de la paleontología, son muy escasos, aunque el peor desastre para el investigador se produce cuando los hombres incineran a sus muertos, porque entonces nos privan de la posibilidad de investigar su historia genética, por falta de materia adecuada.

Desde lo que podría llamarse la formación biológica (no geológica) de la tierra hasta la aparición del homo transcurrieron unos seiscientos millones de años. El *homo* (contando como tal el grupo más antiguo posible antes del *habilis*) lleva sólo cuatro millones de años en el planeta. Los homínidos que podemos considerar, con un criterio muy amplio, como relacionados con nosotros, viven en él desde hace menos de medio millón de años. Nuestra madre común mitocondrial, nuestro antepasado genético continuado más antiguo, vivió hace ciento cincuenta o doscientos mil años. El hombre externamente como nosotros sólo lleva en la tierra unos cuarenta y cinco mil años. Nuestros registros históricos no van más lejos de unos seis mil años y eso con la mayor generosidad para el concepto de histórico y de registro.

Este es el gozne entre el planteamiento meramente celular y el estudio del hombre desde la información que nos proporciona de sí mismo por dos medios: sus propios restos, analizados arqueológicamente, y sus muestras sanguíneas, analizadas clínicamente. Estos factores son los que hay que poner en relación con el hecho de que las lenguas dispersas por el mundo, por muy distinto que sea el tipo al que pertenecen, son intertraducibles. El lenguaje, como fenómeno humano, es común a toda la especie. Queda por estudiar fundadamente si todas las lenguas descienden de una lengua antigua originaria o si se han ido formando por separado aprovechando esa característica humana específica de animal que habla.

Pueblos y lenguas

Antes de seguir, es preciso hacer notar desde este momento la falsedad del mito de la correspondencia entre pueblo y lengua, en todas las épocas históricas, al menos. Del mismo modo que los hombres se mezclan, se dominan, se matan, se conquistan, se esclavizan, se mueren, las lenguas sufren los avatares de sus hablantes y otro más, la contaminación, reducción al estado de lenguas mixtas, pidgines o criollos, incluida. Claro que la memoria humana es flaca e interesada. Si fuéramos a pedir responsabilidades por las alteraciones lingüísticas, no acabaríamos nunca.

La conquista romana es responsable de la desaparición de la lengua celta continental, hablada desde la actual Francia hasta Portugal, al igual que del ibérico, o del tartésico. Los germanos acabaron con lenguas eslavas, mientras que los eslavos, a su vez, barrieron lenguas latinas, como el dalmático de Croacia, entre otras. Los celtas habían eliminado lenguas y pueblos precedentes, especialmente en el norte de Italia, en época romana. Turcos, árabes, chinos, khmer, malayos, thais, miremos

donde miremos, incluyendo los más aislados aparentemente, como japoneses y vascos, llegaron alguna vez a tierras donde había otras gentes que hablaban otras lenguas e impusieron las suyas, o se dejaron asimilar por la de los conquistados, que también pasa, como ocurrió con los conquistadores griegos en Persia o la India, por ejemplo. Si he puesto ejemplos eurasiáticos no es porque América o África permanecieran al margen, sino simplemente por razones de familiaridad cultural y porque los argumentos arqueológicos de Colin Renfrew que desarrollaremos ahora se mueven, sobre todo, pero no únicamente, en el terreno de los pueblos indoeuropeos. Es fácil añadir las migraciones de bantúes alrededor de la cuenca Níger-Congo, hasta África del Sur, o la imposición del quechua como lengua del imperio incaico, para completar esta consideración general.

Otro punto previo que cumple explicar aquí es el de cómo se han concebido los estudios sobre el origen y evolución de las lenguas en los últimos dos siglos y algo más. El método desarrollado ha sido el histórico-comparativo y arranca de una célebre alocución presidencial a la *Asiatic Society* de Bengala por el juez Sir William Jones (1746-1794), del Tribunal Supremo de Calcuta, quien, en 1786, señaló explícitamente la riqueza estructural del sánscrito, la antigua lengua de la India, así como su afinidad con el latín y el griego, que no podía haberse producido accidentalmente, y las relaciones de las tres lenguas con el alto alemán antiguo, el celta y el persa antiguo. En 1788 se publicó la teoría en la nueva revista *Asiatic Researches* y en 1813 el investigador inglés Thomas Young bautizó a este grupo de lenguas como indo-europeas, aunque hasta hoy los investigadores de expresión alemana han impuesto también el término de indo-germánicas. El nombre buscaba expresar la amplitud de su territorio, que en

realidad era más extenso, pues se hablaron lenguas indoeuropeas en el mundo antiguo desde el occidente de la China actual hasta Irlanda y la Península Ibérica. Con el descubrimiento y civilización de América y la conquista y colonización de África, Asia y Oceanía las lenguas indoeuropeas, especialmente el español y el inglés, seguidos de portugués y francés, se convirtieron en lenguas universales.

Cómo surgen, cómo se dividen y cómo se expanden las lenguas es una pregunta que los pensadores se han hecho durante siglos. Por mucho tiempo se han manejado argumentos basados en una interpretación errónea de los textos religiosos, que acortaba tanto el lapso de vida en la tierra que no daba lugar a una explicación satisfactoria científicamente. Esto no ocurría precisamente en los países católicos, sino en los protestantes: el arzobispo James Ussher (1581-1656), experto semitista, calculó, en una serie de trabajos publicados en torno a 1650, a partir de la interpretación literal de la Biblia, que el mundo había sido creado el año 4004 antes de Jesucristo. Cuando Charles Darwin publicó en 1859 *El origen de las especies* se enfrentó a una crítica mundial, cuyos ecos todavía persisten.

Otro aspecto vinculado a errores de interpretación religiosa o, lo que es peor, a prejuicios racistas, es el que concierne a la lengua primigenia. La lista de las que se han postulado como tales sería ridícula si el fanatismo no la hiciera trágica: hebreo, árabe, latín, vasco y hasta el castellano han ascendido alguna vez a ese podio de la insensatez glotológica. Hoy ni siquiera podemos demostrar convincentemente que las lenguas actuales derivan de una lengua primigenia (tesis monogenética), frente a la tesis poligenética, cuya pretensión es que surgieron varias lenguas independientemente, de las que derivaron otras. A medida que conocemos mejor la estructura de las aproximadamente seis mil lenguas

censadas en el mundo, sin embargo, estamos más cerca de la tesis monogenética. Reconozco, sin embargo, que en esta conclusión puede haber unos gramos de preferencia personal, basada en mi radical convencimiento de que todos los hombres hemos sido creados iguales. Otra buena pregunta es por qué cambian las lenguas. Quizá podamos tomar como mejor explicación la que, a propósito de la evolución, llamábamos deriva neutral y, de hecho, el término deriva tiene una brillante tradición lingüística, desde su uso por el norteamericano Edward Sapir en los años veinte. En el seno de toda lengua hay multitud de elementos que son inestables, el precario equilibrio se rompe en favor de una nueva inestabilidad, pero en ésta los elementos inestables, que siguen existiendo, se distribuyen de otra manera. Estos elementos van desde clases de sonidos que pueden pronunciarse realmente en una banda amplia (la /s/ chicheante de los castellanos frente a la plana y espesa de andaluces, canarios o americanos, la /l/ muy posterior de los catalanes, sobre todo final de sílaba, entre muchos ejemplos), hasta formas verbales (preferencia por 'vino' frente a 'ha venido' en Hispanoamérica), pronominales ('vosotros' sustituido por 'ustedes', alteraciones castellanas de 'le', 'lo', 'la') o de derivación, entre muchísimas opciones posibles, que afectan también al léxico. Este último es el que se considera más, por ser el más aparente; pero no es muy significativo, porque admite con facilidad formas prestadas. El préstamo léxico es amplísimo y afecta a palabras que al común de los hablantes les parecen totalmente patrimoniales: ningún hispanohablante aceptaría sin argumentos que 'azúcar', 'monja' o 'jardín' son palabras tan extranjeras como *parking* y me pregunto si para muchas palabras como 'gol' han perdido ya del todo su marbete de extranjerismo.

La diferencia, por supuesto, es de tiempo y de uso.

‘Monja’ y ‘jardín’ llevan ochocientos años en el léxico español, ‘azúcar’ lleva todavía más. ‘Gol’ es un vocablo más general que *parking*, como demuestra su adaptación gráfica (<ing. *goal* ‘meta’). Ahora, estrictamente, todos ellos son préstamos.

Por esta razón los lingüistas que usan el método comparativo tienen que ser muy cautos y estudiar preferentemente las correspondencias en la estructura gramatical y luego las del léxico. En este caso se deben aplicar mecanismos rigurosos de correspondencia, que son las llamadas leyes fonéticas. Así, sabemos que una /e/ breve con acento del latín origina un diptongo /ie/ en español; pero no en francés o en italiano cuando la sílaba está trabada, cerrada, por una consonante y por ello sabemos que al latín *terra* corresponden el castellano ‘tierra’, con diptongo, y el francés *terre*, italiano *terra*, sin él.

Examinando estas cuatro palabras podemos llegar también a la conclusión de que castellano e italiano conservan la -a final átona, que en francés pasa a -e (conservada en la escritura y perdida en la pronunciación). Palabras como en latín *porta*, en castellano ‘puerta’, en francés *porte*, en italiano *porta*, nos confirman esta tesis de la vocal final y nos llevan a inferir que, del mismo modo que la /é/ originaba, en esas condiciones, /ié/ en español, pero no en francés e italiano, la /ó/ breve tónica origina /ué/. Así, de inferencia en inferencia, podemos reconstruir el complejo camino de la evolución lingüística.

Todas estas posibilidades de evolución, por supuesto en mayor y menor grado y mezcladas con muchísimos factores, constituyen una especie de magma inestable, del que algunos elementos sobresalen para imponerse a otros, que son eliminados. No es que los romanos lleguen a Hispania diciendo ‘porta’ y los carpetovetónicos al día siguiente digan ‘puerta’. Son procesos de siglos,

con inevitables avances, retrocesos e incluso evoluciones abortadas cuando parecían triunfar: en el siglo XVI parecía que el futuro de poner iba a ser ‘ponné’; pero ‘pondré’, otra forma posible y existente, acabó imponiéndose, al menos por unos siglos, hasta hoy.

Junto con el método histórico-comparativo los lingüistas desarrollaron otro, el tipológico, que, en principio muy simple, pues dividía las lenguas, atendiendo a sus características morfológicas en flexivas, aislantes, aglutinantes y polisintéticas, ha ido refinándose y completándose hasta abarcar hoy todos los aspectos de la estructura lingüística. Ahora no nos interesa sólo si una lengua tiene declinación y conjugación (flexiva) o si carece totalmente de ella (aislante), sino si el sujeto se coloca antes del verbo y éste antes del objeto (SVO, como el español) o si el verbo va tras sujeto y objeto (SOV, como el vasco), o antes de los dos (VSO, como el árabe), si el adjetivo va delante o detrás del sustantivo al que modifica, si hay o no voz pasiva, cómo se expresan el agente o la causa, si los numerales van acompañados de palabras clasificadoras y si el orden es numeral-clasificador-sustantivo, como en chino, o sustantivo-numeral-clasificador, como en thai, entre un vasto etcétera.

Un tercer factor que se añade al genético y al tipológico es el geográfico o areal. Las lenguas se hablan en áreas o territorios determinados. Es más, el factor territorial es mucho más constante que el racial o histórico. Una lengua puede estar más vinculada a un territorio que a unos hablantes, como vemos por la expansión de las lenguas indoeuropeas tras el Renacimiento o, antes, del árabe por el sur del Mediterráneo. Un hablante nativo de español hoy puede ser de cualquier raza: negro antillano o ecuatoguineano, filipino, indio americano, blanco caucásico o semita, por ejemplo. Ahora bien, en condiciones originales, sin actuación de fuerzas externas, las lenguas se distribuyen por áreas geográficas

coherentes, o sea, junto a una lengua esperamos que se hable otra próxima genéticamente a ella. Así, en principio, cuando nos encontramos con lenguas vecinas, lo primero que investigamos es si, además de estar una junto a otra geográficamente, se relacionan genética o tipológicamente.

Cuando, por ejemplo, el espacio lingüístico germánico se interrumpe en Hungría con una lengua no indoeuropea, el húngaro, urálica fino-ugra, podemos suponer que ha habido una acción histórica disgregadora: en efecto, se trata de la invasión y asentamiento de los magiares a finales del siglo IX d. J. C. En escala inversa es lo que ocurre con el español, inglés o portugués en América.

Metodológicamente, como señalaba Roman Jakobson, la clasificación lingüística opera, por tanto, con tres criterios, el de parentesco, para la genética del método histórico-comparativo, el de isomorfismo para el tipológico y el de afinidad para el geográfico-areal.

La conjunción de métodos permite lograr unos resultados que, sumados a los proporcionados por la biología y la arqueología, podrán cambiar en muy poco tiempo nuestras ideas sobre el desarrollo de las lenguas.

El método histórico-comparativo, en efecto, permitió llegar a notables resultados en el caso de las tres familias lingüísticas cuyos restos antiguos se remontan a muchos centenares de años antes de J. C., la indoeuropea, la afroasiática (o camito-semítica) y la sino-tibetana. Para la indoeuropea, el descubrimiento de las inscripciones hititas en Anatolia y su desciframiento posterior fue la clave para pasar al segundo milenio a. J. C. Las principales lenguas indoeuropeas ofrecían un material riquísimo, desde el Índico al Mediterráneo. Eslavos, baltos, celtas y germanos siguen siendo los menos favorecidos, por la falta de escrituras antiguas. Aunque no está claro que existiera lo que llamaríamos

un proto-indoeuropeo unificado, entre otras razones naturales, porque la fragmentación pudo haber comenzado en la lengua antecedente, sí es indudable que existen las lenguas indoeuropeas y que conocemos bastante bien sus características, posiblemente mejor que las de cualquier otra familia lingüística.

La conjunción entre método histórico-comparativo y tipología nos permite, como decíamos antes, avanzar un paso más. Los comparatistas nos autorizan a reducir esas seis mil lenguas a unas doscientas familias. Un número verdaderamente pequeño si se tiene en cuenta que hay lenguas como el japonés, el vasco y el ainu que, por sí solas, constituyen una familia y otras, como el coreano, que probablemente también. Si nos limitamos a los grandes bloques, las familias lingüísticas más relevantes hoy serían sólo éstas: afro-asiática (árabe, hebreo, etiópico y beréber), altaica (turco, mongol), amerindia, australo-aborigen, austronesia (malayo, indonesio, filipino, malgache), caucásica, dravídica (Sur de la India), esquimo-aleutiana, indoeuropea, indopacífica (Nueva Guinea), japonesa, khoisan (África del Sur), na-dene (indios del Canadá y N.O. de los EEUU), níger-congolesa (bantú, principales lenguas africanas), nilo-sahariana, paleo-siberiana, sino-tibetana (chino y, probablemente, el thai) y urálica (húngaro, finés, estonio). La clasificación no se agota, obviamente, y quedan problemas graves sin resolver, como la discusión sobre la clasificación del thai en un grupo austro-thai, con las lenguas austronésicas, o con el grupo sino-tibetano, como siempre han defendido los lingüistas chinos.

Cuando llegamos a este grado de simplificación, es obvio que lo que tenemos que preguntarnos es si podemos ir más lejos y cómo. En la década de los cincuenta, Vladislav M. Illich-Svitich y Aarón B. Dolgopolskii empezaron a responder a esta pregunta afirmativamente, comparando la familia indoeuropea con la altaica,

urálica, afroasiática, dravídica y caucásica. Joseph H. Greenberg, por su parte, trabajaba en los Estados Unidos sobre lenguas indoamericanas fundamentalmente. Los lingüistas soviéticos (Illich-Svitich murió y Dolgopolskii emigró a Israel) desarrollaron la hipótesis de una etapa lingüística anterior a las seis familias comparadas, el nostrático. Greenberg llegó a la conclusión, en 1987, de que las lenguas de América se podían reducir básicamente a tres grupos, una conclusión muy atrevida, si se tiene en cuenta que muchas de estas lenguas difieren entre sí superficialmente tanto como el español y el suahili, o el vasco y el chino.

Nostrático y amerindio se han convertido en banderas que se izan o arrían con un calor que nadie imaginaría en personas aparentemente tan provecas como sus propugnadores y debeladores. Dolgopolskii, al menos, respeta externamente las reglas del juego, o sea las leyes fonéticas, mientras que Greenberg, por su parte, juega una partida diferente. El intenso atractivo de sus propuestas es innegable, sobre todo para los especialistas que proceden de otros campos, y es aquí donde ya podemos entrar en la discusión arqueológica, en la que, por supuesto, es nuestro turno de ser acusados de preferir las soluciones simples.

Lingüística y arqueología

La reconstrucción de la vida de los indoeuropeos primitivos a partir del léxico se basa en una premisa aparentemente obvia: si tomamos las palabras comunes en las lenguas indoeuropeas, parece lógico inferir que los referidos por esas palabras eran conocidos por el indoeuropeo primitivo, lo que nos permitiría reconstruir el mundo indoeuropeo primigenio desde los nombres de los objetos comunes. No sólo de los objetos, se puede añadir, también de las instituciones. Gustav Kossinna, en 1902, fue el primero en intentar correlacionar sis-

temáticamente los datos arqueológicos y filológicos: los pueblos indoeuropeos se identificaban así con sus lenguas. Cuando los hallazgos arqueológicos implican que ciertos elementos culturales se van desplazando, se tiende a ver también un desplazamiento de los pueblos y, consecuentemente, de sus lenguas. Se desarrollan así esos típicos mapas llenos de flechas de un lado a otro, flechas que tienen nombres de lenguas, con lo que parece que éstas se desplazan por los continentes en un inestable y continuo bamboleo.

La arqueología refleja hoy un estado de cosas notablemente anterior a lo que se suponía y, en consecuencia, la pretensión de reconstruir la cultura madre de los indoeuropeos a partir del vocabulario común es ahora mucho más arriesgada y, posiblemente, inexacta. Hay que estar de acuerdo con Renfrew, en todo caso, cuando nos previene contra los riesgos de basar la interpretación arqueológica en los resultados de los análisis lingüísticos. Ambas disciplinas, sin ser interdependientes en el mismo grado, son complementarias: una empieza donde la otra acaba y se necesitan mutuamente para impulsar sus tesis privativas.

Lo primero que no queda tan claro es el concepto de pueblo y, evidentemente, no hay correspondencia biunívoca entre este concepto y el de lengua. Este dato, que se olvida frecuentemente por razones no siempre diáfanas, nos volverá a ser de utilidad cuando planteemos la cuestión genética. Por ejemplo, la aplicación del término celta lleva a mezclar inextricablemente cuatro conceptos distintos: 1) el pueblo así llamado por griegos y romanos, 2) un grupo de lenguas, 3) una cultura arqueológica y 4) un estilo artístico. La solución para ponerlo todo junto cuando era necesario se encontraba en la tesis de las “oleadas migratorias”. Otra solución era la difusión de ciertos objetos; llevados de un lado a otro por su utilidad o belleza, transportaban en sí

nuevas ideas o motivos que iban arraigando en zonas distantes.

Tendríamos así dos tipos de movimientos compensatorios: las oleadas, grandes masas que de pronto cambian el panorama completo, y la difusión, rápida y puntual: la ola y el relámpago.

En términos de historia humana, Europa, sin ir más lejos, es una realidad mucho más compleja.

Hace 850.000 años había ya homínidos en Europa. Hace 85.000 años tenemos ya útiles clasificables con seguridad como del *homo sapiens* neanderthalensis, tallador de piedras, y hace 35.000 años tenemos ya al *homo sapiens* y sus lascas de piedra cortantes. Estos últimos, cazadores recolectores, se extendieron por la mayoría de Europa, extendido el Sur de Gran Bretaña. Hace diez mil años acabó la última glaciación, la que abrió la gran masa centro-continental y nórdica a la migración humana, a la vez que redujo las masas glaciares alpinas, facilitando los pasos pirenaicos, alpinos, carpáticos y urálicos. Seis mil quinientos años a. J. C. tenemos ya asentamientos agrícolas en Grecia e inmediatamente después en Iberia. Cuatro mil años a. J. C. se trabaja el cobre y dos mil quinientos a. J. C. el estaño, que permite, en aleación con el cobre, fabricar bronce. Alrededor del 2000 a. J. C. surge la cultura cretense, la primera civilización europea con su escritura. También es una cultura crematoria, lo que nos priva de restos humanos que estudiar en términos bioquímicos. Hacia el 1000 a. J. C. estamos en la edad del hierro. Seiscientos años antes de J. C. se empiezan a extender las colonias griegas por el Mediterráneo y comienza una era de intercambios activos.

De esta situación general y de las observaciones apuntadas a propósito de la relación entre pueblos y lenguas puede irse deduciendo que debemos corregir la tendencia a suponer que había un pueblo indoeuropeo o ario

que hablaba una lengua indoeuropea. Lo adecuado es hablar de una cultura indoeuropea y discutir los métodos de esclarecimiento de sus características, incluidas las lingüísticas.

La aplicación del método del protoléxico, es decir, suponer que la existencia de palabras comunes en varias lenguas de una familia para objetos e instituciones comunes nos permite extrapolar los datos y reconstruir el paisaje físico o la estructura social es, como dijimos antes, un error, no porque no pueda llevar a resultados positivos, sino porque puede llevar a resultados erróneos. Es decir, no debe utilizarse si no se acompaña de otro tipo de datos y nunca debe ser la base principal de la demostración. No es sólo por el problema de la dificultad para reconocer los préstamos, sino porque el mundo reflejado puede deformarse también por defecto.

Los indoeuropeístas han señalado la comunidad terminológica para rebaño, vaca, oveja, cabra, cerdo, perro, caballo, lobo, oso, ganso, pato, abeja, roble, haya, sauce, grano y deducido que se trataba de nómadas. Se suma que no hay términos comunes, en general, para los metales y se llega a la conclusión de que la comunidad indoeuropea era un grupo del neolítico tardío establecido al norte del Mar Negro desde el quinto milenio antes de Jesucristo. A. B. Keith ya ha señalado que los datos lingüísticos coincidentes nos llevarían, por sí solos, a la conclusión de que los indoeuropeos primigenios conocían la mantequilla, pero no la leche, tenían pies, pero no manos y vivían en un mundo en el que nevaba pero no llovía.

Los arqueólogos están hoy más de acuerdo en que no se puede postular una etapa arqueológica intermedia entre el nomadeo del cazador-recolector y la agricultura. El pastoreo, que sería tal etapa, supone en realidad la existencia de contingentes de animales domésticos e

implica el establecimiento previo de la compleja estructura agrícola. Pastores y granjeros son interdependientes, porque la dieta del pastor contiene gran cantidad de ingredientes suministrados por el agricultor, no por la recolección. La domesticación de los animales es paralela a la de las plantas, por decirlo así.

¿Qué ocurriría si reconstruyéramos una parte, al menos, del mundo romano con esta metodología del vocabulario común? Siguiendo a Fraser, Pulgram y Renfrew obtendríamos este espléndido panorama, en el que ponemos entre paréntesis los términos comunes que permitirían la reconstrucción:

Este pueblo de guerreros (*guerra*) a caballo (*caballum*), dirigido por sus prestes (*presbiter*) y obispos (*episcopus*), a las órdenes de sus reyes (*rex*) que formaban un gobierno monárquico (*monarquicus*) con los emperadores (*imperatores*) pasaba el día en el café (*café*) mirando el humo del tabaco (*tabaco*). Si no fuera por las lenguas iberorrománicas podríamos añadir que bebiendo cerveza (*birra*).

Guerra, *caballo*, *presbiter*, *episcopus* y, por supuesto, *café*, *tabaco* y *birra* (o *tomate*, también común) no son palabras latinas ni usadas en latín con ese valor. República es también común (*res publica*) lo que pone en duda esa estructura monárquica; pero al menos ahí tendríamos un valor dudoso o discutible. En fin, el ejemplo no requiere mayores aclaraciones, es suficientemente explícito de los riesgos de la paleolingüística.

La teoría de las oleadas, por su parte, implica un grave riesgo, convertido desgraciadamente en realidad en la segunda guerra mundial. Esas masas humanas que, de pronto, se lanzan fuera de sus fronteras a la conquista de nuevos territorios y que se imponen, aparentemente con facilidad, a los pueblos que sustituyen, se explican mejor desde la creencia de que pertenecen a una raza superior. Es el mito ario.

Ahora bien, si es así, cabe preguntarse por qué esa su-

perioridad sólo se muestra en ciertos momentos y de golpe y cómo es que permanece acallada tanto tiempo, contenida en los límites del sur de Rusia. El argumento demográfico no parece tener sentido, el del control por una minoría requiere una sociedad jerarquizada que los datos arqueológicos no demuestran.

La discusión sobre el establecimiento, expansión y eventual fragmentación de una comunidad lingüística ha de basarse mejor en un conjunto de procesos. El cambio lingüístico en un área concreta requiere tres tipos de procesos, que Renfrew escalona así:

- 1) colonización inicial, referida a la ocupación de zonas previamente deshabitadas;
- 2) sustitución, que supone una o varias lenguas previas, desplazadas por los invasores, lo que suele implicar un período de adyacencia, y
- 3) desarrollo continuado, consecuencia de procesos educativos y culturales, mecanismos sociales que alternan entre arcaísmo e innovación, con los resultados de convergencia, divergencia e interacción.

Cuando el contacto entre pueblos con lenguas emparentadas es escaso, la interacción es baja y las fuerzas divergentes pueden actuar, aunque esa posibilidad no implica que la divergencia se tenga que producir: si las fuerzas conservadoras son fuertes, la lengua puede mantenerse estable incluso durante siglos, como testimonian el hebreo, el latín o el antiguo indio.

La sustitución de una lengua por otra sigue uno de los modelos posibles: espontáneamente nadie deja de hablar su lengua. El modelo I corresponde a la correlación entre demografía y subsistencia. La presión demográfica hace que la población vaya a zonas de más baja densidad, en una economía agrícola; pero no en una economía industrial, donde la tendencia se invierte. La introducción de la agricultura permite que subsista una población mayor en un territorio anteriormente de ca-

zadores-recolectores. La razón es de un cazador-recolector cada diez kilómetros cuadrados a cinco agricultores por kilómetro cuadrado, es decir, un 5000 por ciento más. El modelo II, por su parte, no tiene que ver con mejoras tecnológicas, sino que se vincula a la llegada de un grupo coherente y organizado, con una lengua distinta, que domina militarmente a la población original. El territorio pasa a ser bilingüe y puede seguir así, incluso con reinversión, al menos parcial, de la situación, como en Inglaterra tras la invasión normanda y la recuperación del inglés. La arqueología detecta bien la organización social que debe subyacer a este modelo.

El modelo III es el colapso del sistema. La inestabilidad de las sociedades primitivas puede llevar a una especialización unida a una gran complejidad social. Cuando se producen desastres naturales o se agota la fertilidad del suelo, la estructura social no tiene la flexibilidad necesaria para controlar la situación y reorganizarse. Se produce el caos y cada uno tiende a la autarquía; es lo que parece que sucedió a la civilización maya de las Tierras Bajas a partir del 890 d. J. C. Los movimientos posteriores al colapso tienden a ser del modelo II, con intentos de predominio elitista.

La movilidad, por supuesto, representa un papel notable en el proceso. El caballo, que amplía hasta seis veces el radio de acción de los grupos humanos, es el animal esencial, incluso sin estribos, desconocidos antes de los siglos IV-V d. J. C.; su domesticación está vinculada al movimiento de los pueblos indoeuropeos. El carro, junto al caballo, tiene un papel fundamental.

Los procesos sociales coadyuvantes al cambio lingüístico no se detienen en los modelos señalados. Podemos añadir el desplazamiento restringido de población, el caso de los refugiados, que puede afectar a millones de hablantes, la coexistencia de nómadas y sedentarios, imprescindible para entender el desarrollo de las len-

guas túrcicas y su coherencia desde Siberia al Mediterráneo, o el sistema económico de equilibrio entre donante y receptor en términos de población: los semitas de la Península Arábiga acuden a Mesopotamia desde el tercer milenio a. J. C.

La tesis de Renfrew para el crecimiento y dispersión de los indoeuropeos está vinculada al desarrollo de la agricultura. No fueron necesarias las migraciones organizadas: los individuos fueron ocupando tierra a un ritmo de cuarenta a sesenta kms. por vida. El 6500 a. J. C. llegó la agricultura organizada desde Anatolia a Grecia, en el 3500 a. J. C. se había extendido a toda Europa, según los análisis de radiocarbono. La combinación de crecimiento de la densidad de población (de 0'1 a 5-10 por km²) con movimientos de 20 o de 30 km. permite explicar la extensión de la población agrícola por toda Europa en este lapso. En algunos casos no habría población que sustituir, en otros, como en la costa portuguesa o bretona, se produjeron períodos bilingües prehistóricos, en otros, como el caso del vasco, o el etrusco, la lengua anterior pudo llegar a la época histórica. Esta tesis coincide en muchos aspectos con la de don Pedro Bosch Gimpera.

Desgraciadamente, los instrumentos lingüísticos que poseemos para medir el tiempo de diversificación de las lenguas son muy imperfectos. El primero de ellos fue la glotocronología, un método que se basaba en el principio del carbono 14: la velocidad constante de la alteración de un objeto, en este caso el léxico de la lengua, que se considera el sector de ésta que está más difícilmente sujeto a cambios globales. Se establece el léxico básico de varias lenguas y, según sus divergencias y similitudes, se va retrocediendo en el tiempo hasta calcular el período en el que se separaron. La lexicostatística es un avance sobre la glotocronología desde los mismos principios básicos: estabilidad general del léxi-

co, índice constante de mantenimiento del vocabulario básico, índice constante de pérdida del vocabulario básico en todas las lenguas, que permiten teóricamente establecer el lapso de tiempo transcurrido desde que dos lenguas compartían un vocabulario común hasta el momento en el que las lenguas se analizan. Pero el principio de construcción de tablas de elementos léxicos para el cálculo de su divergencia a través de los siglos se basa, todavía, en la elección de esos elementos para construir las tablas, lo que da márgenes amplios de error y produce furiosas reacciones en contra.

Lingüísticamente, la tesis de Renfrew exige que la lengua hitita de Anatolia, actual Turquía asiática, sea indígena de la región, desarrollada a partir de una base indoeuropea temprana. La arqueología no está todavía en condiciones de explicarnos cómo se habría producido la expansión hacia el Este, también de tipo agrícola. Las lenguas antiguas de Mesopotamia no tienen préstamos del indoeuropeo, lo que nos lleva a suponer que la expansión oriental de éste no se pudo producir antes de mediado el segundo milenio a. J. C. La opción alternativa sería no un movimiento agrícola, sino de nómadas en carros y caballos. Esta opción se basaría en el modelo de dominio elitista.

Los lingüistas soviéticos Gamkrelidze e Ivanov han apoyado la tesis de una muy temprana presencia indoeuropea en el este de Anatolia, que se remontaría al séptimo milenio a. J.C. La tesis, naturalmente, ha sido objeto de críticas, especialmente de I. Diakonov, no coincide con Renfrew en la parte arqueológica y en la tesis de las migraciones; pero es un buen argumento en favor de un establecimiento indoeuropeo temprano precisamente en la zona esperable.

La diferenciación lingüística, por otra parte, es un fenómeno que tiene un requisito previo: que exista una lengua que se pueda diferenciar. Llegamos así de nuevo

a la cuestión de la lengua originaria y nos aprestamos al retorno a las cuestiones de biología evolutiva. Una cosa es la capacidad lingüística y otra la existencia de lenguas concretas. Los datos que hemos manejado hasta aquí nos permiten llevar el antecedente de las lenguas indoeuropeas hasta ocho mil años antes de Jesucristo, basados en hipótesis coherentes, no en pruebas definitivas. La implicación lingüística de que la diferenciación dialectal del indoeuropeo pudo empezar hace diez mil años es apasionante, pero no imprescindible. Tampoco podemos dejar de preguntarnos qué ocurrió en los treinta mil años anteriores. Y todavía una pregunta más inquietante: ¿y antes?

Biolingüística

Las relaciones entre las lenguas, los restos arqueológicos, los datos histórico-culturales, la etnología y la sociología, en conjunto, nos permiten reconstruir una impresionante parcela de nuestro pasado. La biología puede llegar ahora para completar este esfuerzo, siguiendo un camino no exento de baches, como también señalaremos.

El análisis de la materia orgánica permite a los biólogos establecer relaciones genéticas. El código genético, como sabemos, lanza un mensaje que podemos interpretar. Se puede medir el parentesco entre las poblaciones humanas y reconstruir así el árbol genealógico genético de la humanidad. Es tentador poner en relación los genes, los pueblos que los poseen y las lenguas que estos pueblos hablan. Tentador y peligroso: todavía hoy no una realidad, pero sí una hipótesis esencial de trabajo. Los cálculos de Luigi Luca Cavalli-Sforza y su equipo son, a veces, de una simplicidad convincente; su correlación con los datos lingüísticos es ya menos segura.

Tomemos su ejemplo del factor Rhesus, el Rh negativo,

del que tenemos millones de datos de todo el mundo, como consecuencia de los avances de la ginecología. Si sabemos el porcentaje de individuos de una comunidad que poseen Rh negativo, podemos calcular su proximidad genética a otra comunidad, simplemente restando los porcentajes. Así entre ingleses (16 por ciento) y vascos (25 por ciento) hay nueve puntos, mientras que entre ingleses y asiáticos orientales (0 por ciento) hay dieciséis. Esto significa que primero se separó el antecesor de asiáticos orientales del común de vascos e ingleses y mucho después se separaron genéticamente estos dos últimos. La distancia genética aumenta con el tiempo.

En los últimos cincuenta años se ha acumulado información de más de cien caracteres hereditarios distintos de unas tres mil muestras, tomadas de mil ochocientas poblaciones. La masa es abrumadora y las conclusiones por ello se imponen, en lo que concierne a la biología. Como la separación genética entre africanos y no africanos es la mayor existente, se comprueba el origen africano de la especie humana. Los análisis de Allan C. Wilson y sus colegas de Berkeley sobre los genes presentes en el ADN de las mitocondrias, orgánulos celulares que metabolizan energía, permiten afirmar que existió una primera mujer, africana, hace unos 150.000 ó 200.000 años. Naturalmente, no tuvo que ser única; pero es la única cuyo linaje mitocondrial no se ha extinguido: es la Eva mitocondrial. Esto supone una fecha en el paso del *homo sapiens* al *homo sapiens sapiens* y un nuevo elemento añadido a lo que nos ofrecían los paleontólogos, un elemento anterior a los fósiles, por cierto. Si la población africana se separó de la asiática hace cien mil años, los asiáticos y los australianos lo hicieron hace cincuenta mil y los asiáticos y europeos hace treinta y cinco mil años, hemos de llegar a la conclusión natural de que los neanderthalenses hablaban,

entre otras posibles.

Cavalli-Sforza y el arqueólogo Albert Ammerman han propuesto un modelo de expansión de los pueblos coherente con la expansión genética, el de ola de avance. Hay movimientos de pueblos, pero sólo en distancias muy cortas. El establecimiento de la agricultura supone un incremento inmediato de la población. El primer movimiento incremental es muy rápido, luego hay un descenso hasta llegar al grado de saturación.

Los agricultores van cambiando la situación de sus granjas lentamente, posiblemente siguiendo el agotamiento del suelo. El movimiento no sigue una dirección determinada, es al azar, pero las propiedades matemáticas de la onda implican un crecimiento regular del radio, desde el centro de origen. La expansión es lenta y continua. Con una densidad de cinco habitantes por km² se alcanzan los tres mil kilómetros en otros tantos años. En la parte de crecimiento exponencial de la curva, la inicial, la población se dobla en dieciocho años. La actividad migratoria local alcanza dieciocho kms. en cada generación de veinticinco años, lo que resulta en ese índice global de 1 km. al año.

Se trata, por supuesto, de un modelo, sujeto a todas las alteraciones posibles por causas diversas: restricciones geográficas, alteraciones de población por guerras, calamidades y enfermedades, movimientos sociales, todo lo imaginable. Ahora bien, lo importante es que nos explica perfectamente la necesidad del movimiento de los grupos humanos. El modelo se reduce a la agricultura, aplicado a otras actividades daría radios diferentes, que habrían de combinarse con los agrícolas.

Aunque la combinación del modelo y los argumentos genéticos con la arqueología permite resultados aceptables, no ha ocurrido lo mismo con lo referido a los datos lingüísticos. La “sorprendente correlación entre distribución de genes y distribución de lenguas”, pre-

sentada por Cavalli-Sforza en un artículo divulgativo publicado en *Scientific American* en noviembre de 1991 y en *Investigación y Ciencia* en enero de 1992 ha producido airadas reacciones de los lingüistas.

Cavalli-Sforza dibuja en el lado izquierdo el impresionante árbol de la distribución por genes, hasta llegar a las poblaciones, con una escala de la distancia genética. A la derecha figuran las familias lingüísticas, unidas a las poblaciones. Las familias, a su vez, se colocan como ramas de las superfamilias (nostrática, euroasiática como alternativa y áustrica no “austríaca” como dice la versión española, bastante desafortunada).

Es lástima que el rigor del análisis genético no se haya mantenido en la parte lingüística: no hay una rama sarda del indoeuropeo, sí del latín, tampoco hay una rama europea. Sardo y europeo son grupos genéticos, no lingüísticos. Chinos y tibetanos, muy separados genéticamente, pertenecen a la misma familia lingüística, que aparece partida en dos, inexplicablemente desde este punto de vista, aunque la razón de la división es, evidentemente, la necesidad de ajustar el cuadro genético. Los tibetanos son genéticamente una subrama asiática del noreste, más próximos a los coreanos que a otro pueblo, mientras que los chinos (del sur, que son los únicos que aparecen, por cierto) son asiáticos del sureste continental e insular. Sería interesante saber con quién se relacionan genéticamente los del norte. Chinos del sur, vietnamitas, camboyanos, thais, indonesios, malayos y filipinos, aunque lingüísticamente diversificados, están muy próximos genéticamente.

Las poblaciones laponas y samoyedas hablan lenguas de la familia urálica; deberían aparecer fineses, estonios y húngaros (¿se suponen en los europeos?), que son urálicos lingüísticamente, no indoeuropeos. Es discutible la relación de ainu y coreano con el grupo lingüístico altaico y ya hemos dicho anteriormente que es excesivo

dar por segura la adscripción del thai al áustrico, con austronesio y mon-khmer (por cierto, ni “jmer”, ni “je-mer” ni “khemer”, es una k aspirada).

La versión española tiene una (otra) lamentable errata: los asiáticos del suroeste (no del sureste como se dice) están genéticamente emparentados con los beréberes, con los que componen el grupo lingüístico afro-asiático (o camino-semítico). En este grupo lingüístico también están integrados los etíopes, que, sin embargo, genéticamente, están emparentados con los bosquimanos, de la familia lingüística khoisan, muy alejada de la afroasiática.

La sorprendente correlación (dejamos otros detalles) no existe, o no existe como Cavalli-Sforza la presenta. El número de correlaciones fallidas es muy elevado. Salvo para el caso del grupo genético americano, que corresponde a los lingüísticos de amerindio y na-dene (si se aceptan estas tesis, claro), en todos los demás grupos y continentes hay graves excepciones. La tesis biogenética-lingüística, en su formulación actual, es rechazable. Sin embargo, el conjunto de hipótesis, pruebas, perspectivas y metodologías que hemos planteado hasta aquí es enormemente sugestivo. Es posible que la biología molecular y la genética estén experimentalmente más avanzadas que la lingüística. Es innegable que las lenguas pueden o no estar ligadas a genes, pues una población puede cambiar lingüística, pero no genéticamente. Una lengua es una opción no vinculante, los genes, en cambio, no se eligen.

El futuro nos ofrece, por tanto, un campo de trabajo sumamente atractivo. Un nuevo campo, el de la biolingüística, interdisciplinar, no sólo entre las disciplinas, sino en el interior de éstas. Nadie puede ser especialista en biología, arqueología, sociología y lingüística; pero tampoco en lingüística indoeuropea o afroasiática, ni casi sólo en una de ellas. La conjunción de esfuerzos

obliga a una metodología que evite generalizaciones prematuras y excesivamente optimistas, y que permita la redacción de proyectos de investigación que aseguren un peso equilibrado a las partes, para la obtención de resultados fiables.

En el dominio de la comunicación, la posibilidad de vincular las voces mudas del mensaje arqueológico con el mensaje lingüístico de las lenguas naturales y el código riguroso y complejo de los genes abre unas perspectivas, que no podemos por menos de calificar de fantásticas. La prudencia aconseja extremar el rigor y contener la imaginación.

Texto III

GARCÍA, Eduardo José Jacinto (2004). “El indoeuropeo y su relación con el estudio diacrónico del español”. *Res Diachronicae*. Nº 2: 196-197. Consultado en versión *on-line*: http://home.pages.al/resdi/Numeros/Numero2/Parte1_Art21

La herencia de los estudios clásicos de indoeuropeo es, [...], abundante y rica. Sin embargo, resulta innegable que en las últimas décadas la lingüística indoeuropea ha entrado en una profunda crisis. [...] Tanto ha cambiado la disciplina de un siglo para otro que la mayor parte de los presupuestos con los que trabajaron los primeros indoeuropeístas ha quedado completamente invalidados.

En esta comunicación queremos defender la actualidad del estudio del indoeuropeo, viendo lo útil que resulta tener nociones de esta secular disciplina para todos aquellos que estudian el lenguaje desde un punto de vista diacrónico, sin olvidar a los historiadores de la lengua española. Sólo cuando tengamos conciencia de que

el indoeuropeo ha dejado de ser patrimonio exclusivo de los que estudian lenguas clásicas, volverá a recobrar el prestigio que tuvo una vez.

Actividades

1. Señalar en un mapa la ubicación aproximada de cada una de las lenguas indoeuropeas estudiadas en este capítulo.

2. ¿Dónde radica la imposibilidad de encontrar la “lengua originaria” según Marcos Marín?

3. Explicar en forma somera cuáles serían los aportes y las limitaciones de la perspectiva biolingüística aplicada al estudio histórico del lenguaje.

Referencias bibliográficas

GAMKRELIDZE, Thomas y V. V. IVANOV (1990). “La proto-historia de las lenguas indoeuropeas”. *Investigación y Ciencia*, edición española de *Scientific American* (mayo): 80-87.

HJELMSLEV, Louis (1971). *El lenguaje*. Madrid: Gredos.

Capítulo V



Del latín a las lenguas romances

Como indicamos ya en el prólogo de este volumen, los estudiantes de la asignatura Lingüística Diacrónica de la Universidad Nacional de La Pampa tienen la posibilidad de estudiar la gramática histórica española en los importantes textos específicos con que cuenta su biblioteca. Desde la consulta del clásico *Manual de gramática histórica española* (1941) de Menéndez Pidal –que si bien no puede ser considerado como “la última palabra” en gramática histórica del español nunca perderá su valor– pasando por la *Gramática Histórica Española* (1951) de García de Diego hasta publicaciones más recientes, como la *Morfología histórica del español* (1983) de Alvar y Portier y *Del latín al español* (1993) de Lloyd, les es posible acceder a las investigaciones que han iluminado importantes zonas del desarrollo fonético y morfológico del español.

Por ello, no es mi intención aquí retomar esas ni otras obras ni ofrecer una apretada síntesis. He preferido, en este capítulo, citar algunas textos que considero relevantes respecto de la evolución del latín a las lenguas romances para favorecer las reflexiones de los estudiantes y dejar el estudio de gramática histórica española “en manos” del material bibliográfico específico del que dispone nuestra institución.

Como indicamos en el capítulo anterior, el latín es una lengua de la familia conocida con el nombre de indoeuropea.

Durante el segundo milenio antes del nacimiento de Cristo, la que podríamos denominar primera generación de las lenguas indoeuropeas aparece ya diferenciada en su mayor parte, y los pueblos que las hablaban se encuentran situados, o a punto de situarse, en sus territorios históricos. Unos pueblos lo hicieron en fecha más temprana, como los hititas de la Península de Anatolia (actual Turquía) o los aqueos, quienes protagonizaron a mediados del milenio la civilización minoica en la isla de Creta y la civilización micénica en la Grecia continental (el Peloponeso); otros pueblos lo hicieron en fecha más tardía como los portadores de la lengua latina, cuya entrada en la Península Italiana se supone no muy anterior al año 1000 a. C., coincidiendo más o menos con la invasión de los dorios en Grecia.

Algunas de estas lenguas resultantes presentan un mayor número de afinidades entre sí, lo que hace suponer que en un período intermedio los pueblos respectivos ocuparon un mismo territorio o territorios vecinos, y desarrollaron una parecida manera de hablar. De ahí que se distingan diferentes grupos de lenguas indoeuropeas, como las lenguas atestiguadas en la franja central de Italia —el latín, el osco y el umbro— o las atestiguadas en Asia —el llamado grupo indoiranio— o las distintas antiguas lenguas germánicas o eslavas.

Ya en época histórica, la mayoría de las lenguas indoeuropeas siguieron evolucionando lenta pero constantemente, transformándose y fragmentándose, y die-

ron lugar a las diferentes lenguas indoeuropeas modernas, que constituyen la segunda generación de la familia indoeuropea. Hubo, no obstante, algunas que no dejaron descendencia, al ser sustituidas por otras lenguas dominantes y luego olvidadas.

En algunos casos se conoce muy bien la lengua que ha dado origen a estas lenguas modernas, al conservarse su literatura (como en el caso del antiguo indio, del persa antiguo, del griego, del latín); en otros casos, como el de las lenguas germánicas o eslavas, no se conserva ningún testimonio escrito de la primitiva lengua madre común.

En suma, la comunidad lingüística europea tiene ya entre tres mil y cuatro mil años de historia; y su origen común, dos mil años más. El eslabón que une las lenguas románicas de España –castellano, catalán y gallego– entre sí y con el resto de esta vieja y gran comunidad es el latín.

El latín aparece hacia el año 1000 a. C. en el centro de Italia, al sur del río Tíber, entre los Apeninos y el mar Tirreno, en una región llamada *Latium* (Lacio), de donde proviene el nombre de la lengua y el de sus primeros habitantes, los latinos. Junto al latín aparecen las otras dos lenguas del grupo itálico: el osco, al sur del Lacio, y el umbro, al noreste.

De las varias formas dialectales del latín primitivo –pues cada ciudad del Lacio tenía la suya–, enseguida acabó imponiéndose la de Roma, a causa de su pronta hegemonía sobre toda la región.

Este latín “romano” se fue extendiendo a medida que lo hacía también el dominio de Roma, primero en Italia, más tarde en los países ribereños del Mediterráneo

occidental (incluida la Península Ibérica) hasta abarcar finalmente la Europa central, desde las Islas Británicas hasta Rumania. Tras la caída del Imperio Romano de Occidente, ocurrida en el siglo V, el latín continuó siendo la lengua común de gran parte de este territorio, hasta su fragmentación y transformación en las distintas lenguas románicas (siglos VIII-IX). Son, pues, dos mil años de uso ininterrumpido del latín, desde antes incluso de que Roma existiese hasta después de que dejara de ser la capital del Imperio¹.

Se conoce como latín vulgar al latín hablado, corriente y popular. Es una lengua en continua evolución y con diferencias dialectales entre las regiones de la misma Italia, y más aun entre las diferentes provincias del Imperio (así, por ejemplo, puede hablarse de la existencia de un latín “hispano”, “galo”, “africano”, etc.).

[...] suele ocurrir que el Latín Vulgar, con su nombre equívoco, se interpreta como el habla de las clases inferiores de la sociedad romana. Esto no deja de ser algo así como un nominalismo. En realidad, se llama Latín Vulgar a una serie de fenómenos que caen fuera del área del canon literario. Pero más bien habría que hablar del latín común, la verdadera lengua, que tanto está separada de la elaboración literaria como de los modismos del vulgo. Cada capa social no habla un idioma diferente, sino que tiene unos giros, unas costumbres, que la distinguen dentro de la máxima unidad de la lengua. Pretender que las lenguas romances son el total reflejo de la lengua común romana es un absurdo; pero tam-

¹ En lo que se refiere a la Península Ibérica, la presencia de la lengua latina duró alrededor de doce siglos (recordemos que la conquista romana se inicia en el siglo III a. C.).

poco lo son de la lengua literaria ni de los modismos o giros vulgares. (Díaz y Díaz 1968: 11)

La oposición entre lengua literaria y lengua vulgar existía en la Roma antigua, posiblemente desde la época de la República. Las obras de Plauto, por ejemplo, ilustran con claridad el inicio de ciertos cambios frente al latín literario, que era mucho más estable.

Las élites cultivadas de esa época, y sobre todo de las siguientes, tuvieron conciencia de los cambios a los que inducía el desarrollo del latín vulgar. Desde el siglo I a. de C., el gramático Varrón forjaba las normas del “buen uso”, mientras que César cincelaba una prosa lo más próxima posible al ideal clásico, y Cicerón, en su *Brutus*, echaba de menos la época en la que los habitantes nativos de Roma, no sometidos a “ninguna influencia bárbara en el seno de su familia, se expresaban como debía ser” y deploraba la alteración que producían en latín “las muchedumbres cosmopolitas que hablaban una lengua corrompida” [...]; un siglo más tarde, el retórico Quintiliano insistía en la elección de hablantes dignos para servir de modelos (Hagège 2002: 58-59).

Resulta evidente que el latín hablado se estaba imponiendo en el uso desde hacía mucho tiempo (principios del siglo IV), mientras que el poderío romano estaba en plena decadencia frente a la continua presión de los bárbaros. Cuando Constantino empezó a conceder a los cristianos una importancia real en la vida del Estado, el latín literario fue promovido por la Iglesia como instrumento de predicación cristiana y como lengua escrita de prestigio, mientras que la masa de fieles, a los que se diri-

gen los Padres de la Iglesia en su misión evangelizadora, hablan el latín vulgar. Según Hagège, se produciría la “muerte” del latín en el momento en que la comunicación vertical entre los doctos predicadores y los fieles se hiciera imposible, por el hecho de la distancia cada vez mayor y menos franqueable existente entre esta lengua y el latín vulgar, que evolucionaría para desembocar finalmente en varias lenguas romances distintas.

Se pueden distinguir tres etapas en la “muerte” del latín:

1) del año 400 al 650 aproximadamente, último siglo del Imperio romano a la mitad de la dinastía merovingia, los predicadores logran hacerse comprender por los fieles, aunque sus actitudes eran variables: por ejemplo, Gregorio el Grande y San Agustín apreciaban la latinidad rústica; por su parte, Isidoro de Sevilla o Gregorio de Tours lamentan la degradación del latín, aunque se adaptan a ella;

2) entre el año 650 y el 750 la comunicación funciona cada vez más unilateralmente, es decir entre iletrados de un lado y doctos de otro, tratando de buscar un medio de hacerse entender al precio, generalmente, de un latín vulgarizado; y

3) después del año 750, es decir en la clausura de la época merovingia, se produce una crisis lingüística de modo irreversible.

[...] la competencia pasiva de las masas en el Occidente cristiano, con respecto al latín, es decir, su capacidad de comprenderlo más o menos sin hablarlo, no dejó de decrecer. Pero consecuentemente, la competencia activa de los predicadores decrecía en razón misma de su

esfuerzo de adaptación a sus públicos. La romanía había dejado de ser latina para hacerse romance, del nombre que se ha dado a las nuevas lenguas. (Hagège: 60)

Como vemos, al descomponerse el Imperio y empezar la Edad Media, la evolución y fragmentación de la lengua se aceleran y acentúan hasta que el latín se convirtió en otra lengua, en parte igual y en parte distinta del latín tradicional, a la que ya en el siglo IX empezó a llamarse *lingua romana rustica*, de donde procede el nombre de lenguas románicas o romances para denominar a las diversas lenguas nacionales a que dio lugar. No obstante, muchas de las diferencias entre éstas y el latín literario ya se habían iniciado en el latín vulgar.

En síntesis, el origen de las lenguas románicas hay que buscarlo en ese latín “vulgar” tardío transformado y fragmentado, bautizado *lingua romana rustica* en un concilio del siglo IX (para diferenciarla de las lenguas “bárbaras”, por un lado, y del latín “culto”, por otro). Fue este un proceso que podría calificarse de metamorfosis. Una parte importante del sistema lingüístico latino permaneció en todas las lenguas románicas. Pero hubo cambios (innovaciones y pérdidas) muy sustanciales que afectaron a los distintos aspectos de la lengua: pronunciación, morfología, sintaxis, léxico. El sistema se convirtió en otro, con diferencias también sustanciales entre las lenguas de los distintos reinos medievales. Estas diferencias fueron aumentando con el paso del tiempo hasta la fijación definitiva de las distintas lenguas románicas.

Antología de textos

Texto I

HAGÈGE, Claude (2002). *No a la muerte de lenguas*. Barcelona: Paidós: 61.

Se advierte que las lenguas neolatinas [romances] no podían haber salido del latín literario. Sólo podían proceder de formas habladas del latín, por lo mismo que el griego moderno no ha salido del griego clásico (ático esencialmente) que escribían los autores antiguos en la época en que Atenas resplandecía, sino más bien de la *coíné* que se había desarrollado tras esta época, es decir, a partir del siglo IV antes de nuestra era. La promoción de los idiomas neolatinos como lenguas de pleno derecho se aseguró a partir del momento en que se comprobó que la escritura en latín se hizo inadecuada para transcribir las palabras de la masa.

Hay que subrayar, pues, que el latín era lengua escrita no sólo en el sentido de lengua literaria y de prestigio, sino también en la medida en que, para los letrados de la Alta Edad Media, en Occidente no se podía pensar en escribir en otra lengua que no fuera el latín. Es, pues, la necesidad de concebir una nueva *scripta* la que firma el acceso de las lenguas romances al reconocimiento. Aunque, por supuesto, se trataba todavía de lenguas nuevas sobre otro plan esencial, el de su forma interna: hay que recordar ese hecho tan conocido de que en todas las lenguas romances, desde esta época, se tienen en cuenta, para atenerse a otros campos distintos del vocabulario, los rasgos siguientes: no queda el neutro (el rumano es un caso particular [...]), las declinaciones están en vías de desaparición en beneficio de un crecimiento del número y del papel de las prepo-

siciones, una nueva categoría de artículos aparecerá, el futuro simple del latín es reemplazado por una forma compuesta, las desinencias de la media y de la pasiva se debilitan, el infinitivo de las proposiciones-complementos es reemplazado cada vez más por un modo personal y el sistema de las conjunciones es renovado.

Texto II

LÓPEZ SILVA, Xosé Antonio (2003). “El influjo del latín de los cristianos en la evolución general de la lengua latina”. *IANUA* 4. Consultado en su versión *on-line*: <http://www.romaniaminor.net/126/ianua>

En un principio, el cristianismo se expande por comunidades de habla griega, lengua empleada por los judíos de la diáspora y a lo largo de todo el Oriente y con una buena implantación en Occidente. Es por ello que tuvo que darse en el Oeste durante cierto tiempo un proceso de bilingüismo que pronto se vio superado con la adaptación del griego al latín de diferentes modos sobre todo en el plano del vocabulario. Es mucho más difícil hacer comprobaciones de usos específicos en el ámbito morfológico y menos aún sintáctico, nueva razón por tanto para no hablar de un latín cristiano² como hace la escuela de Nimega. Otra prueba de la no diferencia del latín de los cristianos como lengua propia individualizada consiste en la falta de testimonios sobre oposiciones entre aspectos de las dos lenguas. El único autor en el que parece documentarse con dificultad, eso sí, este hecho, es San Agustín, ya bastante tardío: [...].

Hay, pues, tres grandes vías lingüísticas que sirven para

² El autor prefiere la denominación de “latín de los cristianos” y no “latín cristiano”.

la formación del latín de los cristianos:

1. Préstamos (tomados sobre todo del griego): *Angelus*, *apostata*, *apostolus*, *baptisma*, *baptizo*, *blasphemare*, *catecumenus*, *charisma*, *diaconus*, *ecclesia*, *eleemosyne*, *episcopus*, *evangelium*, *martyr*, *presbyter*, *propheta*.

Estos préstamos se han usado sobre todo para designaciones concretas restringiendo su significado frente a la pluralidad posible de acepciones de la lengua originaria. Según C. Mohrmann, los préstamos designan, pues, exclusivamente instituciones y cosas concretas de la vida y de la ideología de los cristianos. Como es natural, siguen las tendencias generales de la lengua latina. Estos préstamos proceden en su mayoría de los primeros siglos del cristianismo y tendrán un carácter productivo. De *apostolus* se crea *apostolatus*, con sufijo latino productivo, al igual que *-tor* (*baptizator*), o *-izare*, calcado de *-ιζειν*.

Algunos autores buscaron emplear más el procedimiento del neologismo frente al préstamo: *lavacrum* por *baptisma*, pero apenas tuvo éxito este proceso en el cual serán claves las diferentes traducciones de la versión griega de los Setenta y del griego neotestamentario.

2. Neologismos. Las nociones abstractas en cambio parecen haber sido adaptadas a través del neologismo:

Camalis: σαρκικός

Spiritualis: πνευματικός

Salvator: Σωτήρ

Revelatio: Αποκαλύψις

Incarnari

Sanctificari

Vivificari

Glorificari

Dilectio: αγαπή

magnalis: μεγαλεια

regeneratio: παλιγγενεσια

3. Desplazamientos de sentido:

Fides, que recibe un nuevo sentido por influencia de πιστις

Lavacrum, por λουτρον

Caro: σαρξ

Spiritus: πνευμα

Ha habido un paso gradual hasta adoptar estos nuevos usos. Se hacen más frecuentes en los siglos IV y V d.C. y lo que es señalado por todos los autores es que, pese a adoptar ese sentido especial, no pierden por ello, al menos en un principio, los significados anteriores, y como muestra Mohrmann “Les chrétiens eux mêmes ont été conscients de cette polysémie” (“Los mismos cristianos fueron conscientes de esta polisemia”³); así se ve en el término *confessio* que traduce εξομολογησις

que según Díaz, puede significar *profesión cristiana*, *confesión de pecados*, *martirio* y *alabanza de Dios*, en el VI, además, *sepulcro de un mártir* y en el XI, en Cataluña, *cripta*.

Más a menudo el término busca el evitar la terminología religiosa pagana: así se usa *altare* en vez de *ara*, *basilica ecclesia* en vez de *templum*.

Refrigerari, que pasa de significar en los autores paganos *enfriar*, *a refresco*, o *vida eterna*, *everlasting blessedness*, pero también equivale a *ágape* y la comida dada a los mártires antes de la tortura, e incluso la comida en honor de ciertos mártires.

Pax, opuesto a *bellum* en latín pagano, designaría el antónimo de *persecutio*, es decir, la paz entre la Iglesia y el Estado. Luego *pax* en su aspecto más abstracto llega a significar la paz entre Dios y los hombres, como puede verse en el sintagma *Evangelium pacis*, lo que luego desemboca en expresiones del tipo *dormire in pace*. Otras acepciones son las de concordia entre los cristianos (*os-*

³ La traducción es mía.

culum pacis).

Parábola, cuyo significado llega en romance a *palabra*, parece proceder según Wackemagel de un desplazamiento de sentido dado en griego desde *comparación* a *palabra*, tal vez por influencia del hebreo *masal*, por lo que también llega a significar *proverbium*, como se ve en San Jerónimo.

Un caso más complejo es el de *paganus*, cuyo desplazamiento ha sido explicado de dos formas. Zeiller, en *Paganus. Étude de terminologie historique* (París, 1917), cree que lo deriva desde su acepción de rústico, desde *pagus*, por supuesto. Tras el dominio del cristianismo en los centros urbanos, los “paganos” estaban precisamente en los *pagi*. En cambio, Zahn, *Neue kirliche Zeitschrift* (1899), parte de una oposición de *paganus* significando *civil*, como opuesto a *miles*, habitual en ciertos pasajes de Tácito y Juvenal. En Tertuliano parece oponerse a *miles Christi*, como designación de cristiano, por lo que de ahí vendría su acepción de gentil.

Orare pasó a designar *rogar*, frente a *obsecro*, *precor* o *rogo*, al ser el menos popular y poder ofrecer un significante que lo opusiera a los que designaban la religión pagana. *Gentes*, a su vez, adquiere un valor similar al de *paganus* debido tal vez al valor peyorativo que ya poseía en latín (Cf. griego, βαρβαρος).

Igualmente en *sacramentum* se ha dado un desplazamiento de sentido desde el término militar al cristiano, pasando de designar la fórmula de compromiso indisoluble entre el soldado y el *dux*, a la fórmula de compromiso sagrado indisoluble entre el sacerdote administrador como intermediario de Dios y el administrado. Por supuesto, esta hipótesis apoyaría a su vez la explicación de Zahn sobre *paganus*.

El número de los desplazamientos semánticos es muy elevado: *appretiare*, *arrepticius*, *beatificari*, *beneplacitum*, *cervicatus*, *perpetratio*, *ploratio*, *responsatio*, *susurratio*... ver-

bos causativos en *-ficare...* formaciones todas ellas normales dentro de la evolución de la lengua. La escuela de Nimega ha realizado diversos estudios terminológicos en detalle y así como queda bastante claro el importante papel del cristianismo en el plano del vocabulario, sus intentos por individualizar expresiones propias de tipo morfológico-sintáctico son más difíciles de creer y aceptar, ya que irían en contra del principio de que las lenguas especiales solo presentan diferencias de léxico. La mayoría de los llamados neologismos sintácticos que se han querido ver pueden explicarse generalmente por la falta de instrucción de la norma latina, al igual que en todo el marco del latín tardío, por las influencias del hebreo en las más antiguas versiones bíblicas que, llegado un momento, pudieron influir literariamente en los grupos cristianos e incorporarse a su lengua literaria.

{...}

La siguiente es una enumeración sintética de los fenómenos sintácticos que la Escuela de Nimega ha reconocido como propios del latín de los cristianos.

1. Uso del singular colectivo: *gentibus*, los paganos.
2. Uso del nominativo *pendens*.
3. Uso especial del genitivo adnominal: *dies iudicii*.
4. Uso de elipsis y braquilogías: *accipere*, recibir el bautismo.
5. Uso del genitivo aislado como forma especial de elipsis: *ergo de Dei das Deo*.
6. Uso de verbos *dicendi* con *ad*: *dicere ad*.

Aparte se constatarían préstamos sintácticos del griego como:

1. Uso de perífrasis de futuro.
2. Uso del verbo *credidi* con matiz incoativo en el sentido de *hacerse creyente*.
3. Uso del infinitivo con valor final.
4. Uso del giro *nescio quia*.

Los puntos 1, 2, 3 y 4 pueden ser encontrados en el marco de los elementos vulgares y populares del latín, al igual que todos los factores del 1 al 6. Las ideas de una individualidad sintáctica del latín de los cristianos no se ven apoyadas por los hechos. [...]

Otro factor digno a tener en cuenta en la conformación del latín de los cristianos es la influencia semítica llegada a través de las versiones bíblicas, ya de modo directo como en el caso de la Vulgata de San Jerónimo —ya a través del griego, así como de ciertos autores tales como Filón de Alejandría y Flavio Josefo, sobre todo en los Padres Apostólicos y Apologistas—, así como indirectamente en las traducciones de los Setenta, que se consideraron desde muy pronto como tradicionales y, por tanto, con una carga elevada de influencia de semitismos fundamentalmente léxicos y muy lógicos en una labor de traducción como la reseñada.

Palabras como *gebena*, *amen*, *alleluia*, *kberubim*, *seraphim*, *pascha*, *sabbatum*, *satan*, *satanas*, *mesias*... poseían una importancia conceptual para el cristianismo enorme. En algunos casos se procedió a la sustitución por términos latinos: *gebenna* por *infernus*. En ciertos vocablos se da convivencia como en *satanas* y *diabolus*.

Caso distinto es la entrada de hebraísmos indirectos por el procedimiento de calco semántico como *lex*, traducción del griego *nomos*, que a su vez es adaptación de *iborab*. *Aggelos* es transposición de *maliak*. Los ejemplos, aunque no numerosos, son suficientemente representativos.

Algunos autores han querido probar la existencia a través de las traducciones de hebraísmos sintácticos, como el genitivo adnominal o de cualidad: *homo peccati*, hombre pecador, o el comparativo con *ab* o *prae*: *dulcior prae melle*, o el genitivo de intensidad del tipo *vanitas vanitatum*, así como el uso de *in* instrumental como *occidere in maxilla*: matar con una quijada. E. Lo-

fstedt cree que es más bien influencia griega, tal vez por un desplazamiento de un significado instrumental hacia una concepción local del tipo: *in vino diluere*, lo que fue ayudado por el *ái* griego y tal vez por la preposición hebrea *be*. Los giros del tipo *in nomine Dei* habrían contribuido a popularizar la expresión. Se hacen también usuales pleonasmos del tipo *ante praxit dicens*. Sin embargo, la mayoría de estos clichés proceden de tendencias naturales del latín al igual que la extensión de las oraciones subordinadas de *quod*, *quia* y *quoniam*. En lo que sí puede admitirse influencia hebrea, en todo caso, sería en la costumbre de traducir *palabra paralela a palabra*. En cualquier caso, el número de hebraísmos es considerable en el plano léxico, y es en este aspecto donde debe ser considerado como fenómeno de influjo en el latín de los cristianos, dentro del campo normal del préstamo lingüístico.

La escuela de Nimega ha insistido en que otro gran elemento conformador del latín de los cristianos es lo popular, el latín vulgar. En mi opinión, se ha procedido aquí a una simplificación. Se ha dado corta primacía al “latín cristiano” como elemento totalizador de la antigüedad tardía cuando lo cierto es que lo más acertado es lo contrario, como ha señalado E. Auerbach, quien pone de relieve cómo la mayor parte del estilo bíblico se definiría dentro de la categoría de *humilis*.

{...}

Como puede verse, el latín tardío queda configurado merced a estos elementos con un estatus especial, que irá pasando sin solución de continuidad a textos donde ya se llega más cerca de considerarse romance que latín. En cualquier caso, la lengua de grupo hablada por los cristianos contribuyó considerablemente a caracterizar el latín tardío y a hacer posibles muchos rasgos de evolución hacia las lenguas romances.

Resumiendo, podemos decir, por tanto, que no se da

una alteración de los caracteres lingüísticos básicos del sistema gramatical, tanto en el ámbito morfológico como sintáctico. De esta forma, teorías como la de García de la Fuente según la cual la existencia de los vulgarismos sería un hecho de admisión consciente con el fin de una mayor diferenciación con el latín pagano no parece adecuado, dada su existencia también en los autores paganos, puesto que no se puede negar el ideal retórico de que la doctrina pudiese ser comprendida por todos, como dice Auerbach hay retórica y eso se ve en la obra de San Agustín *De doctrina christiana*. No es adecuada la postura de Schrijnen de querer negar esta retórica para el latín cristiano. En el estilo *humilis* se busca precisamente el contacto con el público bajo y con búsqueda de la expresividad. La retórica clásica se adapta a una retórica cristiana. Como puede verse, el nexo de unión entre lo pagano y lo cristiano es mucho más fuerte de lo que parece. Por ello es mucho más adecuado, no sólo el ver al latín de los cristianos dentro del ámbito tardío sino además, la cultura cristiana como unida a la clásica en un proceso de adaptación similar a esos objetivos determinados.

La única parcela afectada, como era de esperar, se refiere al léxico. Tampoco parece haber habido conciencia de esa diferenciación lingüística, sino la oposición entre usos lingüísticos peculiares eclesiásticos y seculares. Por ello, el latín de los cristianos debe ser considerado como una lengua especial, una lengua de grupo que, dadas sus características expansivas, impregnará la generalidad de la lengua latina en la Antigüedad Tardía. Su importancia, además, se acentuará por la ya comentada difusión del kerigma cristiano y su literatura, que llega a ser la única productiva en el sistema literario latino tardío y medieval, lo que enlazaba con nuevas directrices retóricas que buscaban la diferenciación respecto del latín clásico remarcando precisamente la elevación

a rango literario de elementos populares diversos, lo que se unía además a la traducción al pie de la letra de los originales hebreos y arameos. Sin embargo, todo este proceso de diferenciación pronto se vio coartado por una sujeción cada vez mayor a la estructura lingüística general del latín tardío y su norma, aun teniendo en cuenta la afloración de elementos populares de diverso tipo debido a la decadencia del sistema educativo y cultural de la época.

Texto III

GUTIÉRREZ MATÉ, Miguel (2005). “El comienzo de las investigaciones sobre el nacimiento de las lenguas romances desde una perspectiva ‘sociofilológica’”. Texto consultado en su versión *on-line*: www.imaginando.com/lengu/archivos/000005.html.

Wright desarrolla en *Latín tardío y romance temprano* una tesis que invita a contemplar desde una perspectiva crítica y opuesta a los postulados tradicionalistas la transición entre el latín y las lenguas romances, partiendo de una abundante documentación y concluyendo que no podemos conocer la fonética de un estadio de lengua determinado sólo a partir de los testimonios escritos que a éste corresponden.

El objetivo de la tesis queda claro desde el principio: probar que la distinción entre latín y romance sólo se dio a partir del Renacimiento Carolingio, responsable de la invención del “latín medieval” y de su implantación para la reproducción oral de la liturgia romana, y que anteriormente existía una única norma de lengua hablada —un romance cada vez más evolucionado— que se reflejaba en los textos por medio del antiguo sistema de escritura latina. Este intento de escribir utilizando la

ortografía del latín clásico, pero siendo los textos leídos conforme a la pronunciación vernácula, se pudo conseguir con mayor o menor acierto en función del grado de cultura de las diversas comunidades en que se produjera, así como del grado de evolución de la lengua romance en el momento en que se diera dicho intento. Estos dos factores permiten ver, por ejemplo, por qué el latín escrito en España en tiempos de los visigodos era tan perfecto (hay que tener en cuenta que la España visigótica era el centro cultural más importante de Europa durante los siglos VI y VII) o por qué los documentos leoneses del siglo X estaban escritos en un latín plagado de incorrecciones (había pasado casi un milenio desde que en tiempos del llamado “latín clásico” empezaran a darse ciertos fenómenos lingüísticos “vulgares”, que podrían suponer el principio de la evolución romance, por lo que la lengua estaba entonces muy diferenciada del modelo latino, y, por otra parte, el ínfimo nivel cultural impedía la enseñanza de la ortografía latina).

A la vista está que una de las dificultades con que se encuentra el autor [Wright] para exponer su tesis es la elección de la terminología que emplea: así, pues, habla de “romance temprano” para designar lo que otros han llamado “proto-romance”, es decir, el estadio de lengua, anterior a las primeras manifestaciones escritas de las lenguas románicas, continuadora de las tendencias que presenta el llamado “latín vulgar”, muchas de las cuales se documentan desde el siglo I de nuestra era (en las *tabellae defixionum*, en los *graffiti* pompeyanos, etc.); no obstante, “latín vulgar” y “proto-romance” aparecen otras veces como sinónimos. Dado que no creo que este tipo de digresiones interesaran mucho al profesor Wright, no me detendré más en este punto y procederé a emplear el término “romance” (o “vernáculo”, si cabe hacer énfasis en el carácter diferenciado

de una variedad respecto de las otras) para referirme a cualquier variedad evolucionada a partir del latín, más o menos separada de éste, bien sea del siglo I, bien del VIII, teniendo presente que nunca hubo en este tiempo verdadera voluntad de escribir en romance.

La obra está estructurada en cinco capítulos: en los dos primeros está contenido el grueso de la tesis de Wright, el tercero trata de la formación del latín medieval en la Francia carolingia y la consiguiente separación en dos normas (latina y romance) y los dos últimos analizan el caso particular de España. Este mismo esquema lo seguiremos también para la presente reseña; además, añadiré unas conclusiones en que me refiero al concepto de “sociofilología” tal como lo entiende hoy día el autor.

Latín tardío, romance temprano y Lingüística Histórica

El punto de vista tradicional distinguía entre dos normas distintas (o incluso entre dos códigos) para referirse a la realidad lingüística de los siglos anteriores a las reformas carolingias; esta teoría suponía que las clases altas de la sociedad, las más cultas (y las que, por tanto, producían textos escritos), tenían el latín como lengua de comunicación, mientras que el resto de la población utilizaba el romance. También se ha dicho que el latín sobrevivió como *lingua franca* tras la caída del Imperio, en vista de que parece claro que durante este tiempo los habitantes de las antiguas provincias imperiales se entendían entre sí cuando era necesario (esta idea no es incompatible con la tesis de Wright, si consideramos que la diferenciación dialectal, aún no muy marcada, entre las diversas áreas románicas no constituye un obstáculo insalvable para un entendimiento mutuo).

La tesis tradicionalista sostenía que se dieron interferencias entre las dos normas, de modo que el romance

debió influir en el latín precarolingio y, por otra parte, el latín influyó en las hablas vernáculas, lo que explicaría la presencia en éstas de gran número de cultismos. Wright demuestra que la aparición de éstos no ha de tomarse como argumento a favor de la existencia de dos normas; para ello analiza, desde el punto de vista de la Lingüística Histórica, el concepto de cultismo.

Podemos decir que las palabras que no siguen los cambios regulares de la evolución fonética de una lengua son cultismos. La formulación de leyes fonéticas puede convertirse en una tarea ardua para el historiador de la lengua, si se tiene en cuenta que su labor hará que clasifiquemos una palabra de cultismo o no: por ejemplo, si tomamos como un cambio regular el paso de FL- a un sonido lateral palatal, diríamos que *llama* (cuyo étimo es FLAMMA), es una palabra patrimonial, que *flojo* (proveniente de FLUXUM) es un semicultismo y tendríamos problemas al analizar el caso excepcional de la palabra *lacio* (de FLACCIDU). Sin embargo, podríamos pensar respecto de las dos últimas palabras que siguen la evolución normal si consideramos leyes fonéticas, respectivamente, la conservación del grupo /fl/- y la pérdida de F inicial latina.

Por tanto, el concepto de cultismo es más problemático de lo que puede parecer; además, no siempre es fácil determinar en qué medida el cambio es regular.

Wright busca las causas que expliquen por qué una palabra puede no evolucionar y acude a la teoría de la difusión léxica, según la cual un cambio fónico no afecta al mismo tiempo a todas las palabras. Esto puede deberse a muchos factores, de los que algunos sólo deben admitirse con ciertos reparos, como el deseo de evitar la homonimia (cuando dos palabras distintas pueden sufrir procesos evolutivos tales que converjan en la misma forma, a veces una de ellas no evoluciona), el tabú (v. gr., *Mérida*, procedente de EMÉRITA, no ha sufrido

la diptongación de la /e/ breve tónica ni la síncope de vocal postónica por evitar toda asociación con *mierda*) y la formación de un doblete en que cada miembro adquiere uno de los significados de la palabra latina (v. gr., MUNDUS ‘limpio’, ‘universo’ > *mondo* ‘limpio’, *mundo* ‘universo’).

En suma, podemos decir, con Wright, que no existe una relación directa entre el grado de cultura y el grado de arcaísmo, por lo que el mantenimiento de una forma no evolucionada se puede deber a varios motivos, arriba indicados, y no al préstamo de una supuesta norma culta.

La pronunciación en las comunidades románicas precarolingias: pruebas textuales

Wright trata de demostrar que en los siglos anteriores al Renacimiento Carolingio los textos escritos en latín se leían con una pronunciación vernácula, de modo que no hay por qué suponer la existencia de dos códigos distintos en las comunidades románicas precarolingias. Este hecho no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que en la actualidad la ortografía es muy conservadora en el caso del francés y, en mayor medida, del inglés.

Como cabía esperar, en todo este proceso la educación juega un papel fundamental: cuando se enseña a alguien a escribir, también se le enseña ortografía y, por otra parte, quien aprende a escribir recuerda con mayor facilidad la ortografía tradicional de una palabra que la transcripción fonética de la misma. Esto explica que durante la Baja Edad Media las comunidades más desarrolladas culturalmente escribieran correctamente el latín (así ocurre en la España visigótica, la más prolífica en textos latinos —también de carácter metalingüístico—).

Los primeros testimonios se hallan en los gramáticos latinos. Quintiliano (siglo I) o Velio Longo (siglo II)

creen que en algunos casos se debe escribir de manera distinta a como se habla: recomiendan, por ejemplo, la notación de *h* o de *-m* final de palabra en casos en que ellos mismos no las pronunciaban; esto hace suponer que, si los propios gramáticos empleaban una pronunciación vernácula, ésta era la de todos los hablantes del área románica en los dos primeros siglos de nuestra era. La misma idea se halla recogida en gramáticos del siglo V, como Consencio, Pompeyo, Servio o Sergio, aunque éstos se refieren a otros fenómenos lingüísticos, relacionados principalmente con la desfonologización de la cantidad vocálica *o*, en el caso de Pompeyo, con los procesos de asibilación.

Otro testimonio es el de los documentos legales, que tenían una parte formularia, escrita en un latín más correcto (lo más probable es que estas fórmulas se aprendieran con el oficio de jurista), y una parte “libre”, que en la práctica había de ser la representación escrita de la lengua del depositario (era imprescindible que éste entendiera el documento), que intentaban escribir en un latín más o menos perfecto. Sin embargo, este prurito de redactar en buen latín llevó en ocasiones a la notación de grafías inversas o hipercorrecciones. Éstas tienen lugar cuando una palabra correcta se toma como incorrecta y afectada por un fenómeno lingüístico innovador, considerado a menudo vulgar, generalizado en otras palabras. Wright estudia documentos legales italianos de los años 760 y encuentra formas hipercorrectas como *octummio* (-*tt-* estaba generalizado en el italiano vernáculo (v. gr., *LACTE* > *latte*).

La poesía posclásica merovingia de tipo cualitativo o rítmico, escrita en latín, constituye otro importante testimonio al hacernos ver que, para mantener las asonancias o el número regular de sílabas por verso, la pronunciación tenía que ser romance.

Si en alguna parte de la Europa precarolingia hubiese

pruebas de una norma de pronunciación culta distinta de la vernácula, cabría esperar que se hallasen en la celebración de la liturgia visigótica; no obstante, dado que la escritura no está totalmente estandarizada, parece probable que la escritura de formas correctas, en latín, resulte de un aprendizaje y no de la transcripción fonética de la pronunciación arcaica. Así, pues, en los textos se advierten muchos rasgos de la lengua vernácula del siglo VII, tales como la sonorización de sordas intervocálicas o la prótesis vocálica en palabras que comienzan con s líquida (fenómeno atestiguado por la grafía inversa en *ste* —en vez del originario *ISTE*—). Asimismo, las gramáticas y comentarios que se usaban en la España visigoda señalan que pronunciación y escrituras son cosas diferentes (afirmación recogida también por Casiodoro, erudito italiano del siglo VI). La figura cultural más destacada entre los Imperios Romano y Carolingio es Isidoro de Sevilla, que en ningún momento condena el antiguo romance como pronunciación errónea, sino que, simplemente, ofrece al *vulgus* normas para su escritura (con *vulgus* parece referirse a todo el mundo, incluyéndose él mismo).

La pronunciación del latín en territorios de la “Romania submersa” o “Romania perdida” constituyó un caso muy diferente. En las Islas Británicas, para enseñar la pronunciación latina a los estudiantes anglosajones, eruditos como Beda siguieron una regla que se basaba en cierta clase de correspondencia entre las grafías y los sonidos subsiguientes. Esta tradición anglosajona de pronunciación latina llegó hasta Alcuino de York, el principal impulsor del latín medieval.

La Francia carolingia: la invención del latín medieval

La práctica litúrgica se hizo cada vez más variada en la Europa del siglo VIII, por lo que fue necesaria su unificación, llevada a cabo por Carlomagno con la im-

plantación del rito romano. Esta unificación nunca se habría consumado sin la existencia de textos litúrgicos oficiales y una misma norma para pronunciarlos. La tarea de elaborar dicha norma se encargó a Alcuino de York, quien, partiendo del sistema establecido por los eruditos anglosajones, elaboró entre los años 796 y 800 un exigente proyecto, materializado en su obra *De Orthographia*, en que estableció un método para la lectura en voz alta que consistía básicamente en atribuir un sonido a cada letra: es así como nace el latín medieval. Puede, no obstante, que algunos de sus estrictos preceptos no se siguieran siempre al pie de la letra: parece, por ejemplo, que lo más normal era pronunciar [tʃe] o [tse] y [tʃi] o [tʃi] o [tʃi] para ce y ci, respectivamente, en vez de [ke] y [ki], como proponía Alcuino.

Con la reforma tomaba importancia el hecho de que cada letra tenía que ser reconocible individualmente de una manera fácil. Es por esto por lo que se acelera el proceso de búsqueda de una letra ideal, iniciado hacía tiempo, que desemboca en la aparición de la minúscula carolina, una letra pequeña y clara, cuyo uso se difunde rápidamente y generaliza en todo el Imperio en apenas medio siglo.

Una vez introducida la nueva pronunciación, las ceremonias dejaron de ser inteligibles para los fieles; sin embargo, algunas obras escritas estaban destinadas a la reproducción oral de un modo no reformado, para que fueran entendidas por todo el mundo. Como estas obras no podían mantener la ortografía tradicional latina, que ya nunca más sería la representación de la lengua romance, se tuvo que inventar un tipo de escritura semifonética para reflejar las variedades vernáculas. Para los que habían aprendido a leer correctamente el latín, no había otro modo de hacer que lo leyeran con pronunciación vernácula a no ser adaptando las grafías normales de éste a la fonética de las palabras en lengua

romance.

Se suele reconocer que las primeras manifestaciones de escritura romance se localizan en la Francia del siglo IX: encontramos en una parte de los *Juramentos de Estrasburgo* cómo debieron pronunciarse éstos en la lengua romance; contamos, además, con el testimonio de la primera secuencia compuesta para ser cantada en romance, *La secuencia de Santa Eulalia*.

Así, pues, la distinción entre latín y romance se inició en la Francia carolingia; el latín reformado subsistió durante los siglos posteriores a Alcuino, al igual que la escritura vernácula (ya en el siglo X se dio una uniformización del francés escrito a cargo de la orden de Cluny).

España (711-1050)

En España el latín medieval no parece haber entrado hasta finales del siglo XI ni haberse aceptado de manera definitiva hasta el XIII. No es este el caso de Cataluña que adoptó la liturgia romana en el siglo X y tuvo en Ripoll un importante centro cultural que acogió y difundió las reformas carolingias; sin embargo, la escritura romance que desarrollaron no intentaba aproximarse a la del catalán, sino que tomó el sistema vernáculo del occitano. La situación de la España musulmana también fue diferente, ya que probablemente el latín medieval nunca penetró en ella; los testimonios de la poesía rítmica, entre otros, demuestran que sólo había una norma, al igual que en las comunidades pre-carolingias.

Antes de la llegada de las reformas, los documentos legales del reino de Asturias (posteriormente reino de León) estaban en un latín muy deformado, si lo comparamos con el que se escribía en época visigoda, puesto que la lengua vernácula estaba más evolucionada y el nivel cultural era mucho menor.

Un documento aparte es la lista de quesos hallada en un monasterio de Ardón del Esla (cerca de León), fechada en el siglo X, que, al no haberse escrito para su conservación, no intentaba reflejar la lengua oficial de las gramáticas. El texto no emplea una ortografía revolucionaria (al parecer, el monje sabía escribir) pero sí usa vocabulario, morfología y sintaxis romances.

Wright estudia en profundidad las glosas de San Millán y se ve forzado a revisar algunas valoraciones tradicionales acerca de las mismas; demuestra que no usaron como fuente glosarios latinos, como apuntaba Díaz y Díaz, ni glosarios latino-romances, como sugería Menéndez Pidal. Prueba de ello son las variaciones en la escritura de una misma palabra (v. gr., *uemne*, *uamne*, *buamne* < HOMINEM). Pese a que, en general, las glosas reflejan una ortografía latinizante (lo que provoca en ocasiones fenómenos de grafías inversas), hay muchas que deben de representar un intento de aproximarse al habla, a la fonética vernácula (así se aprecia, por ejemplo, en la representación de los diptongos romances).

Latín y romance en España (1050-1250)

En el Concilio de Burgos de 1080 se decreta la adopción de la liturgia romana, aunque debieron transcurrir dos siglos para que el nivel de latinidad mejorara. La orden de Cluny asumió esta tarea reformadora, convirtiendo Sahagún en su núcleo.

En 1086 Alfonso VI nombró Arzobispo de Toledo, conquistada el año anterior, a Bernard de Sédillac, hombre letrado y conocedor del latín medieval, seguramente de origen francés. De este modo se traslada a Toledo una comunidad de eruditos que conocía mejor la cultura europea que la española. La idea de la separación entre una elite latinizante y una masa de hablantes romances podría ser válida en el caso de Toledo bajo Bernard,

aunque los testimonios no permiten afirmarlo rotundamente. Lo que parece claro es que con anterioridad en la España musulmana nadie era consciente de una distinción entre latín y romance.

Con el tiempo se fue afianzando la distinción y surgieron obras en latín medieval —como la *Garcineida*— y en romance —como el *Auto de los Reyes Magos*, usado en principio para la liturgia de la Epifanía y escrito en ortografía vernácula para especificar en la iglesia una pronunciación romance para un texto escrito—.

El latín medieval llegó a Santiago de Compostela al mismo tiempo que los ritos romanos, poco después del Concilio de Burgos. En el siglo XII fue Palencia el centro principal de las letras castellanas y, debido a sus contactos con clérigos catalanes, el primer lugar en que se vino gestando el latín medieval. Las *Corónicas navarras* (1206-1209) constituyen el texto navarro más antiguo escrito totalmente en romance, con una ortografía que sigue el modelo occitano; el primer documento oficial en escritura vernácula en Castilla es el *Tratado de Cabrerros*, firmado en 1206, que podría intentar representar la variedad de Tierra de Campos. Los *Estudios Generales* de Palencia, la primera universidad de España, desempeñaron un papel fundamental en la implantación de un modelo de ortografía vernácula castellana y en la sustitución de la letra visigótica por la carolina; en realidad, se limitaron a normalizar el sistema de escritura romance que ya se veía en el *Tratado de Cabrerros*. Berceo usará un sistema parecido al castellano, aunque con algunas diferencias que lo aproximan al habla de La Rioja.

Llama la atención el hecho de que el *Tratado de Cabrerros*, así como el *Poema de Mío Çid* (de 1207, aunque lo conservamos en una copia del siglo XIV), no muestran gran inseguridad ortográfica, cuando deberían estar en un estado más balbuceante. Wright lo atribuye a un

cierto sistema de escritura vernácula, que se habría venido usando durante muchos años oculto bajo una capa latinizante. No obstante, hay que reconocer que es en este punto de su tesis donde Wright se muestra menos seguro en su argumentación.

En los años 1220 se inician una serie de reformas que desembocarán en la consolidación de un sistema ortográfico regular. Es en tiempos de Alfonso X cuando esto se consigue, época en que latín y romance constituyen dos normas lingüísticas claramente diferenciadas en España.

Conclusiones

Hay que tener en cuenta que la tesis de Wright gira en torno a una reforma ortográfica (llevada a cabo antes en Francia que en España) y que, como él mismo dice en un trabajo reciente, “el problema de la representación escrita de la lengua se convierte casi siempre en problema político”. Sigue el autor diciendo: “me parece probable que el uso de las nuevas formas escritas haya formado parte de las discusiones mucho más amplias que se veían en esa época entre los partidarios de costumbres tradicionales y los de las ideas modernas, tanto en Palencia y Toledo, como en París y en otros centros intelectuales. No se trataba, ni mucho menos, de una mera discusión lingüística”. De ahí que haya que atender al ambiente sociocultural de la época y a las motivaciones concretas que se dieron para emprender dicha reforma, así como analizar con gran rigor filológico los textos para saber cómo fueron leídos; por ello, Wright acuña el término de “sociofilología” para referirse a los estudios que combinan ambos enfoques y atienden, por así decir, a las interrelaciones entre sociedad, norma lingüística y producción textual.

Las razones que provocan la reforma de la escritura son claras para el caso de la Francia carolingia: el recién ins-

taurado Sacro Imperio Romano Germánico necesitaba no sólo una unidad político-administrativa y de fe, sino también una unidad de lengua –puerta de acceso a la cultura–, de ahí que durante el proceso de la llamada *Renovatio* carolingia, además de hacer reformas en el rito litúrgico y en la educación, se quisiera imponer el latín como lengua de cultura en el Imperio, un latín que debía ser pronunciado de una sola manera en el vasto territorio imperial, lo que obligó, finalmente, a reformar la ortografía de aquellos textos que debieran ser leídos en lengua vernácula. Para el caso de España el proceso de introducción –muy tardía– de las reformas carolingias es más difícil de seguir paso a paso, como hemos visto en el apartado anterior, por lo que la técnica sociofilológica que se emplea ha de ser más refinada y los resultados no son tan concluyentes como lo son para el caso francés.

En suma, *Latín tardío y romance temprano* nos muestra la historia de la disgregación entre dos normas escritas o, dicho de otro modo, la separación definitiva entre latín y romance, si es que en algún momento podemos entender por separado la historia del uno y la del otro.

Actividades

1. ¿En qué consiste el punto de vista “sociofilológico” (Wright 1989) aplicado al estudio del nacimiento de las lenguas romances? Complementar los datos aportados por la reseña de Gutiérrez Maté con la lectura de Wright 2002.

2. ¿Se relacionan los enfoques y reflexiones de los textos de la antología de este Capítulo con la perspectiva del cambio lingüístico propuesta por Coseriu (1978)?

¿En qué sentido? Puntualizar dichos aspectos.

Referencias bibliográficas

- DÍAZ Y DÍAZ, Manuel C. (1968) *Antología del latín vulgar*. Madrid: Gredos.
- HAGÈGE, Claude (2002). *No a la muerte de lenguas*. Barcelona: Paidós.
- WRIGHT, Roger (2002). “La sociolingüística y la sociofilología del siglo XII” en SÁEZ, Carlos (ed.). *Actas del VI Congreso Internacional de historia de la cultura escrita*. Vol. II. Madrid: Calambur: 15-38.



Bibliografía general

- AGUADO BLEYER, P. (1975). *Manual de Historia de España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- ALARCOS LLORACH, Emilio (1972). *Gramática estructural*. Madrid: Gredos.
- (1982). *Estudios de Gramática Funcional del Español*. Madrid: Gredos.
- ALCINA FRANCH, Juan y José Manuel BLECUA (1980). *Gramática Española*. Barcelona: Ariel.
- ALONSO, Amado (1967). *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. Madrid: Gredos.
- ALONSO, Amado y Pedro HENRÍQUEZ UREÑA (1969). *Gramática Castellana*. 2 v. Buenos Aires: Losada.
- ALONSO, Amado (1957). *Estudios lingüísticos. Temas españoles*. Madrid: Gredos.
- ALVAR, Manuel (1973). *Estructuralismo, Geografía Lingüística y Dialectología Actual*. Madrid: Gredos.
- ALVAR, Manuel y Bernad POTTIER (1983). *Morfología Histórica del Español*. Madrid: Gredos.
- ANASTASI, Atilio (1970). "El sustrato indígena en el español de la Argentina". *Cuadernos de Filología*, 4. Mendoza: 7-22.
- ASSÍS DE ROJO, Estela y José SÁNCHEZ TORANZO (2002). *Lengua latina. Estrategias de traducción*. San Mi-

- guel de Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras (UNT).
- BARRENECHEA, A. M. y otras (1979). *Estudios lingüísticos y dialectológicos. Temas hispánicos*. Buenos Aires: Hachette.
- BARROSO, I.; M. CARBONETTI; E. GARCÍA y R. MIRANDA (1998). “Funciones del PPC del Indicativo en la enunciación oral del hablante santarroseño. Análisis de cuatro casos” en ROJAS MAYER, Elena (ed.) *La Oralidad*, Tomo I. San Miguel de Tucumán: INSIL (UNT): 100-104.
- BARROSO, Ilda, Edit GARCÍA y L. Raquel MIRANDA (Dirs.) (2005). *Formas voseantes del subjuntivo en el habla del santarroseño*. Santa Rosa: UNLPam (formato CD).
- BARROSO, Ilda, Edit GARCÍA, L. R. MIRANDA, N. FORTE et al. (2003). *Estudios del uso de los tiempos verbales en la proposición subordinada en la lengua hablada por el santarroseño*. Santa Rosa: UNLPam (formato CD).
- BEINHAUER, Werner (1963). *El español coloquial*. Madrid: Gredos.
- BELLO, Andrés y José CUERVO (1970). *Gramática de la Lengua Castellana*. Buenos Aires.
- BENVENISTE, Emile (1981). *Problemas de lingüística general*. 2 v. México: Siglo XXI.
- BORRÁS CERVERA, Juan (s/d). “Ante el neologismo” consultado en la versión on-line de la *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12693854335605940765657/p0000001.htm>
- CARBONETTI, M. y L. Raquel MIRANDA (1999). “Hablar en futuro: la expresión prospectiva en la lengua

- oral de Santa Rosa”. *Anclajes*, 3. Santa Rosa (diciembre): 57-64.
- CARBONETTI, M., N. FORTE y R. MIRANDA (2001). “La sintaxis compleja del español: evaluación epistemológica de las teorías gramaticales y adecuación de los paradigmas al objeto de estudio”. *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas 2001*. Santa Rosa: UNLPam: 241-251.
- CIOPA, Mianda (2001). “Latinismo y creatividad léxica en textos manuscritos postalfonsíes. La *Estoria de Gerusalem Abreviada* de Jacques de Vitry”. *Estudios de Lingüística*. N° 15. Universidad de Alicante: 1-34.
- DONNI DE MIRANDE, Nélica (1977). *El español hablado en el litoral argentino*. Rosario.
- (1991). “Variación sincrónica e histórica del español en la Argentina”. *Actas del III Congreso Internacional sobre el Español de América*. Valladolid.
- (1991). “Cuestiones de historia lingüística y variación sincrónica”. *Anuario de Lingüística Hispánica*. México.
- ELVIRA, Javier (2001). “Intransitividad escindida en español: el uso auxiliar de *ser* en español medieval”. *Estudios de Lingüística*. N° 15. Universidad de Alicante: 1-105.
- FERNÁNDEZ GARAY, Ana, R. MIRANDA *et al.* (2001). “Estudio del uso de tiempos verbales en la proposición subordinada en la lengua hablada por el santarroseño”. *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas*. Santa Rosa: UNLPam: 285-291.
- FERNÁNDEZ LÁVAQUE, Ana María (2005). *Estudio socio-*

histórico de un proceso de cambio lingüístico. El sistema elocutivo en el Noroeste argentino (Siglos XIX-XX). Salta: UNSa-UBA.

FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ, Inés (2001). “Hacia una dialectología histórica. Reflexiones sobre la historia del leísmo, el láismo y el loísmo”. *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXI: 389-464.

FONTANELLA DE WEINBERG, M. Beatriz (1976). *La lengua española fuera de España*. Buenos Aires: Paidós.

----- (1970). “La evolución de los pronombres de tratamiento en el español bonaerense”. *Thesaurus*, XXV: 12-22.

----- (1977). “La constitución del paradigma pronominal del voseo”. *Thesaurus*, XXXII: 227-241.

----- (1979). “Algunos aspectos del voseo hispanoamericano”. *Homenaje al Dr. Fernando A. Martínez*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

----- (1987). *El español bonaerense. Cuatro siglos de evolución (entre 1580-1980)*. Buenos Aires: Hachette, 1987.

----- (1991). “La generalización del voseo y la estandarización policéntrica del español bonaerense en el siglo XX”. *Cuadernos del Sur*, N° 23/24, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.

----- (1993). “Estudios históricos sobre el español de América”. *Boletín de la AAL*, Tomo LVI: 587-596.

----- (2003-2005). “El español de América a partir de 1650” en *Centro Virtual Cervantes*, España: 2003-2005.

FONTANELLA DE WEINBERG, M. B. (Coord.) (2000) *El español de la Argentina y sus variedades regionales*. Bue-

- nos Aires: Edicial.
- GALMÉS DE FUENTES, Álvaro (1983). *Dialectología mozárabe*. Madrid: Gredos.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente (1970). *Gramática Histórica Española*. Madrid: Gredos.
- GARCÍA DE GRÉGOIRE, E., I. BARROSO, M. CARBONETTI, G. PÉREZ y R. MIRANDA (1999). “Futuro sintético y perifrástico en el hablar santarroseño (La Pampa – Argentina)”. *Anuario*, 1. Santa Rosa: Facultad de Ciencias Humanas: 285-291.
- HANSEN, Federico (1945). *Gramática Histórica de la Lengua Castellana*. Buenos Aires: El Ateneo.
- JORDAN, Iorgu y María MANOLIU (1972). *Manual de Lingüística Románica*. Madrid: Gredos.
- JUNYENT, C. (1993), *Las lenguas del mundo*. Barcelona: Octaedro.
- KABATEK, Johannes (1999). “Sobre el nacimiento del castellano desde el espíritu de la oralidad. (Apuntes acerca de los textos jurídicos castellanos de los siglos XII y XIII)” en COMPANY, Concepción, Aurelio GONZÁLEZ y Lilian VON DER WALDE MOHENO (Dir.): *Discursos y representaciones en la Edad Media (Actas de las VI Jornadas Medievales)*. México DF: UNAM-El Colegio de México: 169-187.
- KORNFELD, Laura e Inés KUGEL (1999). “Tratamiento de los indigenismos y representación de las lenguas indígenas en la lexicografía monolingüe argentina del siglo XIX”, en ARNOUX, Elvira y R. BEIN (Coords.), *Prácticas y representaciones del lenguaje*. Buenos Aires. EUDEBA: 65-73.
- LAPESA, Rafael (1964). *Crestomatía del español medieval*.

- Madrid: Gredos.
- (1980). *Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos.
- LAPESA, Rafael (Coord.). (1977) *Comunicación y Lenguaje*. Madrid: Karpos.
- LAVANDERA, Beatriz (1984). *Variación y significado*. Buenos Aires: Hachette.
- LUIS, Carlos Rafael (2001). “Relatos del origen: las historias del español” en N. DE ARNOUX, Elvira y Ángela DI TULLIO (eds.) *Homenaje a Ofelia Kovacci*. Buenos Aires: EUDEBA: 323-330.
- LLOYD, Paul M. (1987). *Del latín al español. Fonología y morfología históricas de la lengua española*. Madrid: Gredos.
- MALBERG, Bertil (1974). *La América hispanohablante. Unidad y diferenciación del castellano*. Madrid: Istmo.
- MANACORDA DE ROSETTI, Mabel (1965). “Andrés Bello en la educación argentina y la trascendencia de su renovación gramatical”. *Boletín de la Academia Nacional de Educación*. N° 20. Buenos Aires (octubre): 3-10.
- MARTORELL DE LACONI, Susana (1990). *Gramática Histórica Castellana*. Salta: ISID.
- (2001). *Algunos aspectos sintácticos y morfosintácticos del español hablado culto de la ciudad de Salta*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- MEJÍAS, Hugo (1980). *Préstamos de lenguas Indígenas en el Español americano del siglo XVII*. México: Universidad Autónoma de México.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1943). *El idioma español en sus primeros tiempos*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.

- (1968). *Manual de Gramática Histórica*. Madrid: Espasa-Calpe.
- MICHELENA, Luis (1985). *Lengua e historia*. Madrid: Paraninfo.
- MIRANDA, Raquel (2002). “Los lugares de la memoria: el caso de las subordinadas adjetivas en la lengua oral del santarroseño”. En QUIROGA SALCEDO, César *et al.* (eds.) *Hispanismo en la Argentina en los portales del siglo XXI*. Cap. XL. Tomo V. San Juan: Universidad Nacional de San Juan: 359-366.
- (2002). “Tiempos y modos verbales en la proposición subordinada del habla de Santa Rosa. Entre la gramaticalidad y la evidencia discursiva”. *Actas del XIII Congreso Internacional de la ALFAL*. San José de Costa Rica (formato CD).
- MORENO DE ALBA, José (1988). *El español de América. México*.
- MORÍNIGO, Marcos (1963). “La penetración de los indigenismos americanos en el español”, ponencia presentada en el Congreso de Instituciones Hispánicas, Madrid (junio).
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1973). *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- RIGATUSO, E. y otros (1996). *Estudios sobre el español de la Argentina*. Tomo IV. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.
- RIGATUSO, Elizabeth (1994). *Fórmulas de tratamiento y familia en el español bonaerense actual*. Bahía Blanca: UNS, Departamento de Humanidades.
- RODRÍGUEZ MARÍN, R. (1995). “El diccionario de la Real Academia Española y su proyección americana”

- en *Voces*, N° 10, Buenos Aires.
- ROHLES, Gerhard (1957). *Manual de Filología Hispánica*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- ROJAS, Elena (1996). *Interacción y cambio en la lengua española*. Tucumán: INSIL, UNT.
- (1998) *Estudios sobre la Historia del Español de América*. Tucumán: INSIL, UNT.
- ROJAS, Elena (Coord.) (1999). *Actas de la Asociación de Lingüística y Filología de América latina*. San Miguel de Tucumán, INSIL Universidad Nacional de Tucumán.
- ROMERO CAMBRÓN, Ángeles (2006). “Cambio sintáctico y unidad sintáctica diacrónica: claves de metodología”. *CÍRCULO de Lingüística Aplicada a la Comunicación (clac)* 25, Universidad Complutense de Madrid: 31-44 (<http://www.ucm.es/info/circulo/>).
- RONA, Pedro. (1961). “El uso del futuro en el voseo americano”. *Filología*, Año VII, BDH: 121-142.
- (1963). “El problema de la división del español americano en zonas dialectales”, ponencia presentada en el Congreso de Instituciones Hispánicas, Madrid (junio).
- (1967). *Geografía y morfología del voseo*. Porto Alegre: Pontificia Universidad Católica de Rio Grande do Sul.
- SECO, Manuel (1972). *Gramática esencial del español*. Madrid.
- TOVAR, Antonio (1963). “Español y lengua indígenas”, ponencia presentada en el Congreso de Instituciones Hispánicas. Madrid (junio).

- VAQUERO DE RAMÍREZ, M. (1996). *El español de América*. Tomo I y II. Madrid: Arco/Libros.
- VIDAL DE BATTINI, Berta (1966). *El español de la Argentina*. Buenos Aires: Consejo Nacional de Educación.
- WRIGHT, Roger (1989). *Latín tardío y romance temprano*. Madrid: Gredos.
- (2002). “La sociolingüística y la sociofilología del siglo XII” en SÁEZ, Carlos (ed.). *Actas del VI Congreso Internacional de historia de la cultura escrita*. Vol. II. Madrid: Calambur: 15-38.
- ZAMORA VICENTE, Alonso (1970). *Dialectología Española*. Madrid: Gredos.



UNLPam

Se terminaron de imprimir 300 ejemplares en la
Imprenta de la UNLPam, dependiente de la
Scretaría de Cultura y Extensión Universitaria.

Santa Rosa, La Pampa / Febrero de 2007

La asignatura Lingüística Diacrónica resulta una suerte de cruce en la carrera de los estudiantes de Letras de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa, donde ellos relacionan, por un lado, el estudio de la lengua desde la perspectiva sincrónica y, por otro, las materias de la formación clásica. El centro de interés primordial de la materia lo constituyen las reflexiones sobre las instancias de desarrollo y características del español desde sus orígenes como lengua romance hasta sus manifestaciones actuales, tanto en España como en Hispanoamérica y, en particular, en la Argentina, unidades del programa cuyo tratamiento ocupan el mayor tiempo de la carga horaria y son revisadas a través de la abundante bibliografía con que contamos, no sólo de orden internacional y nacional sino también regional y local. Precisamente por ello y no a pesar de ello es que este sencillo libro se ocupa de otras de las problemáticas del programa, muchas veces desatendidas en nuestras clases por razones de tiempo, con la intención de ofrecer a los estudiantes una síntesis de la bibliografía y una serie de textos para reflexionar sobre los aspectos de corte histórico y cultural, siempre ubicados en el nodo central que significa el problema del cambio lingüístico, y a partir de un contacto inicial con la bibliografía específica del área disciplinar.



UNLPam
Universidad Nacional de La Pampa



REUN
RED DE EDITORIALES
DE UNIVERSIDADES
NACIONALES

ISBN 978-950-853-087-2



9 789508 630872